

# BACKSTAGE

Fernando Otero



Image not found.

# Capítulo 1

## ADVERTENCIA

Si tienes más de veinticinco años, sugiero que leas el glosario. Te ayudará a comprender el significado de ciertas expresiones rioplatenses que utilizan algunos personajes de esta novela.

*«La jerga juvenil está formada en cada generación por una lista muy limitada de palabras que, además, se pierde casi íntegramente cuando esta generación se hace adulta»*

Eso dicen los lingüistas y tienen razón.

Quizás, en un primer momento, te resulten un tanto toscas y groseras, aunque me atrevo a sugerirte que no te conformes, únicamente, con la primera impresión. Profundiza en su contenido y hallarás sentimientos finos y delicados.

La intimidad solamente se regala a quien se la merece.

El autor

## GLOSARIO

- Que no se relaciona de un modo convencional. Ridículo.
- Tonto, ridículo, tarado. Tranquilo. De uso muy frecuente.
- Enojarse. Molestarse
- Expresión despectiva para referirse a una chica.
- Se cree más de lo que es. Engreído.
- Persona desequilibrada. Loco
- Persona desequilibrada. Loco
- Buena presencia. De aspecto agradable. Que se viste bien
- Mirar con interés. También se dice "relojeando".
- Para referirse a un chica o chico de su edad. "Chabón".
- Chica con ropa y/o actitud provocativa.
- Enojarse.
- Imbécil. De uso frecuente.
- Se usa como estúpido.
- Adolescente cualquiera.
- Metrosexual.
- Chica. Mujer.
- No me molestes.
- No te enojés. No te preocupes
- Que no se esfuerza. De comportamiento ingenuo.
- Mucha cantidad.
- Difícil, fuerte, musculoso. En Argentina: groso, calero.
- Se equivocó.
- Chica fácil. De mala fama.

- Que miente. Que trata de darse importancia. Exagerado

## Un mail inesperado

El boliche está a full. Las chicas y los chicos se chocan continuamente, pero a ninguno le molesta. La fiesta es un éxito. La música suena a todo volumen; la batería marca el ritmo y el bajo hace temblar los enormes parlantes.

Cada uno baila a su estilo sin preocuparse de los demás. El movimiento de la pista resulta parecido a los muñecos que adornan los coches viejos sacudiéndose al frenar.

Las luces se reflejan en la ropa y en el pelo creando un ambiente multicolor. El laser lanza sus rayos blancos e intermitentes como relámpagos explosivos que ayudan, por momentos, a reconocerse entre la multitud.

Sebastián intenta seguir el ritmo aunque solo consigue sacudirse de una manera brutal. Se está divirtiendo sin importarle con quién baila. Si un médico lo viera así, trataría de darle medicamentos para las convulsiones nerviosas, pero él está en el boliche y actúa de la misma manera que los demás.

Nicolás, que está cerca de su amigo, también lo está pasando bien. Aunque sus movimientos no son muy coordinados, trata de seguir el ritmo pero con menos entusiasmo.

Nicolás sonríe cuando ve a Ignacio a pocos metros de distancia. Sabe perfectamente lo que está pensando, y por su actitud, se da cuenta que aún no ha conseguido su objetivo.

Antes de entrar al boliche, se habían reunido para hacer un poco de tiempo y tomar algunos tragos. Debían ponerse a tono para disfrutar de la fiesta. Nicolás había tomado un poco, más para seguir la costumbre que por necesidad. En realidad, hubiera preferido tomar agua o refresco porque cuando baila entra en calor inmediatamente y eso le da una sed tremenda, pero él "no es un imbécil ni un ingenuo". De todos modos, un poco de alcohol siempre lo hace sentirse más cómodo.

Ignacio sí que tenía aguante. Mezclaba el alcohol con refresco porque acostumbraba a tomar grandes cantidades, además, combinado con algo dulce, no le hacía picar la garganta. Se había tomado tres vasos y esa era la medida exacta para prenderse en el baile.

Mientras hacían la previa, Ignacio les estuvo contando sus planes para esa noche: *buscar alguna flaca que estuviera buena y luego trabajarla para*

*ver qué pasa...*

Sebastián también, había escuchado mil veces esa misma historia. Aunque nunca le llevara la contraria, sabía que terminaría llevándolo a la casa totalmente mareado; aguantando sus quejas y soportando sus lamentos por no haber podido conseguir a ninguna chica de su agrado.

Nicolás no necesita hacer planes. Siempre se divierte en las fiestas y saca ventaja de la situación. No le gusta llevar la cuenta de sus triunfos; sencillamente tiene más facilidad. Así había sucedido hasta ese momento. Esa misma mañana, en el colegio, varias chicas se aseguraron de que fuera a la fiesta, incluso unas horas antes, había recibido varios SMS diciéndole que lo esperaban con ansiedad.

Sabe que lo van a estar buscando y que más de una se va a acercar. A pesar de sus triunfos, en los últimos tiempos, se siente un poco diferente. Trata de no dejarse llevar por sus caprichos pero no siempre tiene éxito con sus buenas intenciones.

No necesita que Sebastián lo lleve a su casa, invariablemente tropieza con algún amigo que lo acompaña a cualquier lado y lo sigue a donde él quiera ir.

Ignacio, como es habitual, intenta llamar la atención. Está bailando en el medio de un grupo de chicas, *ha fichado* a tres y no quiere perder la oportunidad: se las está *trabajando*. Cuando una le da la espalda sigue intentando con otra. La luz del laser hace que todo se vea en cámara lenta pero la mente de Ignacio gira a toda velocidad desplegando sus recursos para llegar a la meta.

De pronto, Nicolás se da cuenta que una chica lo está mirando fijamente. Los ojos de ella brillan con interés mientras acerca el vaso a la boca. Nicolás le sonríe como está acostumbrado; su sonrisa es un imán que no falla. A través de las luces y de los flashes, ve cómo se le arrima siguiendo el movimiento de los demás.

Sin decir una palabra, se coloca en frente de Nicolás. Le pasa el vaso y él lo vacía de un solo trago. Como es una bebida fuerte, enseguida siente los efectos. La chica le sonríe con complicidad, coloca sus brazos sobre sus hombros y mientras sigue moviendo su cuerpo, no deja de mirarlo directamente a los ojos.

Nicolás siente que sus defensas se pierden a toda velocidad; sabe lo que va a suceder.

La chica lo besa y él corresponde con energía para sacarse las ganas. Inmediatamente le toma de la mano y se la lleva para afuera. En el

boliche los empujan y el ruido es ensordecedor.

Cuando Sebastián los ve caminar hacia la salida, le pregunta si lo espera para irse juntos.

-No, dejá... vos llevá a Ignacio... -le responde mientras la chica lo empuja impaciente.

Sebastián lo mira serio pero no dice nada. Se da vuelta y se pone a buscar a Ignacio que a esas alturas de la noche, está bailando solo, con un vaso en la mano.

Cuando se oyó el timbre, los alumnos guardaron sus útiles y salieron del salón. Había terminado otro día de clases y sus cabezas estaban cansadas. Llegaba la hora de olvidarse del estudio y divertirse con los amigos. A la salida del colegio, varios grupos de chicos y chicas discutían qué planes hacer o a dónde ir.

A Nicolás siempre le daba trabajo colocar sus cuadernos en su enorme mochila. Cuando terminó de ordenarlos, se acercó a Sebastián e Ignacio.

-¿Qué van a hacer? -les preguntó. Sebastián le respondió que no tenía nada especial en su mente. Ignacio estaba distraído tratando de que alguna chica lo mirara; sonreía haciéndose el importante. Nicolás también miró al grupo de chicas, más para imitar a su amigo que por interés personal. Él tenía muchos planes para la tarde y el problema estaba en elegir el mejor.

Ignacio comenzó a hablar en voz alta para que los demás lo escucharan. Que iría a no sé qué partido de fútbol... que tal película era buenísima, pero necesitaba ir acompañado. Sebastián se rió con ganas; conocía la costumbre de su amigo de llamar la atención, cuando quería hacer algo intentaba cualquier medio para salirse con la suya. Pero en este caso, a pesar de su *actuación* dramática nadie lo miró.

-Después que termine lo de literatura me voy al gimnasio, pero de tarde los espero -dijo Nicolás, colocándose la mochila.

-Dale, voy -contestó Ignacio.

Caminaban los tres juntos, cada uno con su estilo. Sebastián, como tenía hechos los deberes del colegio se dedicaría a su hobby preferido, la lectura. Había conseguido una novela policial que lo tenía totalmente atrapado.

Ignacio llamó a otros compañeros para jugar al fútbol. Caminaba mirando de vez en cuando para atrás pero las chicas estaban en sus cosas y no le prestaban atención. Nicolás miraba a las chicas sin entusiasmo. Sabía que Lucía había faltado al colegio y cuando ella no estaba, lo demás no le interesaba demasiado.

Era una alumna nueva en el colegio que se acababa de mudar. Como era bastante callada, Nicolás no se atrevía a enfrentarla; había conseguido por otras compañeras su número de celular y su dirección de correo electrónico pero hasta ese momento no la había llamado.

Desde que la vio por primera vez le agradó su discreción. A simple vista parecía tímida y un poco hosca pero por su mirada entendía que era una chica inteligente. Tenía una belleza delicada y tranquila; transmitía seguridad. Con sus ojos oscuros y su largo cabello lo atraía profundamente.

Lucía se vestía de forma normal; usaba ropa de colores neutros y jeans rasgados. Intentaba transmitir una imagen de chica tranquila aunque le gustaba llamar la atención.

Ignacio dijo de pronto:

-¿A quién mirás, Nicolás?... si sabés bien que Lucía no vino al colegio.

-Apenas la conozco -respondió, tratando de disimular.

-No me rompas... ya es hora de que la encares -le contestó su amigo.

- Es una flaca interesante -respondió Nicolás.

-“Interesante...interesante” -dijo Ignacio con ironía-. ¡Estás hablando como un pelotudo! Lo que pasa que la flaca es nueva. A las otras las tenemos refichadas. ¿Te acordás la mina de la semana pasada?... ¡vos sí que tenés suerte!

-Esta loca, me cae bien -le contestó, convencido.

-¡Pero si es una aburrida! -le contestó su amigo-. La invité a un boliche y dijo que no le divertía... ¡Qué te vas a preocupar de lo que piensa!... si todas piensan lo mismo. Se hacen las maduras pero en el fondo sabemos muy bien lo que les gusta.

Nicolás se rió cuando vio el gesto que hacía su amigo. No necesitó más explicaciones. Conocía sus historias y compartía sus gustos, salvo que ahora trataba de buscar otra cosa.

-Hay que tener equilibrio -intervino Sebastián-. Un buen contenido necesita un envase apropiado... Por algo las joyas se guardan en estuches valiosos.

-¡Vos, porque sos un pelotudo! A mí dejame el estuche para disfrutarlo -le contestó sarcásticamente Ignacio-. ¿Querés que te cuente cómo era la mina que conocí en el baile?

-¡No, dejá!... Boludo, sino se le calienta la cabeza y después se pasa horas frente a la computadora -lo frenó Nicolás.

-Yo me meto en la compu para leer -aclaró inmediatamente Sebastián.

-Dale, loco... a mí no me vendés humo -le contestó Ignacio.

Los tres se rieron a carcajadas. Habían repetido miles de veces las mismas frases y nunca se habían puesto de acuerdo. Eran temas sin solución. Se divertían filosofando sobre cómo debía de ser la vida pero sólo les interesaba disfrutarla sin muchas complicaciones. La seriedad podía esperar, mientras tanto, había que exprimir el tiempo y aprovechar cada instante.

Nicolás abrió el portón del jardín de su casa mientras saludaba a la vecina que estaba regando.

-¡Buen día, María!... ¿cómo estás? -le dijo a la anciana señora.

-Con este sol, mis plantas y yo disfrutamos mucho -contestó la vecina.

Sabía que María hablaba demasiado. La conocía desde que era un niño. Por eso, caminó rápido hacia la puerta de su casa. Tenía mucha hambre y mil cosas para hacer.

Mientras abría la puerta vio en el jardín de al lado a una chica tomando sol en una reposer. Tenía puestos lentes oscuros y escuchaba música con los auriculares. Su figura era atractiva. Pensó que era la nueva vecina; esa casa estaba en alquiler y unos días antes había visto la mudanza. No se le pasó por la cabeza pararse a conversar con ella, simplemente la miró y entró en su casa.

Después de saludar a su madre se fue a su habitación. Tiró, como siempre, la mochila en un rincón y puso la música a todo volumen. Desde la cocina llegaba un aroma que despertaba la imaginación. Mientras se lavaba, miró su imagen reflejada en el espejo. El sol hacía brillar su abundante pelo rubio. Salpicando agua por todos lados, se rió satisfecho de sí mismo. Sus ojos azules llamaban la atención. Cientos de veces se lo habían dicho. No podía pasar inadvertido; las personas mayores le sonreían, las chicas se sentían atraídas y sus compañeros de clase lo

adulaban. ¡Cuántas veces se había aprovechado de eso para darse sus gustos!

Escuchó el grito de su madre llamándolo para almorzar y rápidamente se acomodó el pelo para que quedara prolijamente desordenado.

-Andá a llamar a la abuela para almorzar -le dijo la madre, que estaba colocando los platos en la mesa. Nicolás salió al jardín por la puerta de la cocina hacia el atelier de su abuela. Ella se pasaba horas enteras pintando en esa habitación de grandes ventanales, rodeada de plantas y de flores.

-¡Abuelaaa! ... es la hora de comer -le gritó, esperando que saliera.

-En unos minutos voy. Me lavo las manos y estoy enseguida -contestó ella desde atrás de su atril de artista.

-No demores que estoy muerto de hambre -le dijo con cierto apuro.

En la mesa estaban los tres: la madre, la abuela y Nicolás.

-Hoy el pastel te quedó mejor que nunca -exclamó la abuela, sirviéndose otra porción. Él no sabía si estaba mejor o peor, simplemente comía mientras su madre le volvía a servir, sin que precisara pedirlo.

-Abuela, tenés un dedo manchado de azul. ¿No será que querés pintarte las uñas como las chicas? -le dijo bromeando.

-¡Nico!... ¡Nico! -respondió la abuela sonriendo-. No te das cuenta de que es una mancha de pintura. Estoy pintando una marina, ¿te gusta este azul?

-Yo que sé... -contestó-. Es azul. Y si estás pintando el mar, tiene que ser azul.

-No voy a discutir contigo el arte de los colores - bromeó la abuela-. Este es un azul especial... Para buscar este tono me inspiré en el color de tus ojos, los que heredaste de tu abuelo Juan.

-¡No empecés con la misma historia de siempre! -protestó-. Los ojos de mi abuelo, el pelo de mi madre, la altura de mi tío, la inteligencia y la sonrisa de mi padre... al final... ¿yo no tengo nada mío?

-Las calificaciones, la música y los amigos son sólo tuyos y nosotros tenemos que aguantarlos -intervino la madre bromeando.

-¡Hoy estamos con chispa! -se quejó mientras tomaba del vaso.

-No te preocupés querido -le aclaró la abuela tratando de hacerle entender la idea-. Aunque hayas recibido diferentes cualidades, en tu caso, se armonizan perfectamente, como en una pintura.

-¡Abuela!, te quiero mucho y sos rebuena, pero, ¡por favor... no me compares con un cuadro! -contestó él, mientras se levantaba de la mesa para abrazarla y subir a su habitación.

Comenzó el trabajo de literatura para sacárselo de encima lo más pronto posible. Odiaba esa asignatura; siempre le había costado y apenas lograba notas aceptables a pesar del esfuerzo que le suponía. Amontó las cosas que tenía sobre el escritorio y se sentó a trabajar. La música sonaba fuerte, pero bajó el volumen, para que su abuela pudiera dormir tranquilamente la siesta. Quería a su abuela, reconocía su talento artístico, pero que lo comparara con un cuadro era demasiado. Se rió de sus ideas y se concentró en el libro.

Al hojearlo se cayó un pequeño papel. Cuando lo recogió para tirarlo en la papelería, lo reconoció. Allí estaba escrito el número de celular y el mail de Lucía. Se lo habían pasado en clase y lo había escondido en ese libro. Lo guardó con cuidado en un cajón de su escritorio.

Mientras trataba de realizar la tarea su vista se iba hacia el cajón. Le venía a la mente la cara de la profesora y la cara de Lucía. Al compararlas no encontraba palabras para insultar a una y describir a la otra. Eran como el día y la noche.

A medida que iba terminando, su imaginación cambiaba. Ahora veía el rostro de la profesora que lo felicitaba y las buenas calificaciones en su boletín.

Tirado encima de la cama, con el papel en sus manos, comenzó a pensar en Lucía. Quería llamarla para escuchar su voz pero no se atrevía. Le podría mandar un SMS pero le resultaba algo artificial; con otras le hubiera dado resultado, pero con ella pensaba que no. Después de darle vueltas a las ideas, se le ocurrió preguntarle simplemente, por qué había faltado al colegio.

Para darse ánimo se miró en el espejo. Se acomodó el pelo y trató de ver el azul del mar en sus ojos, pero solamente encontró inseguridad y miedo infantil. Miró el afiche de su banda preferida y lo imitó. Con dos o tres golpes a las cuerdas de la guitarra imaginaria, se encontró frente a un auditorio repleto de gente que lo ovacionaba.

Con el teclado en sus rodillas escribió la dirección de Lucía. El texto fue muy concreto: *Lu, ¿qué hacés? Soy Nicolás, tu compañero de clase. Como*

*no viniste hoy al colegio, quería saber si estás enferma. Chau, Nico.*

Apretó *enter* con los ojos cerrados, como quien tira una piedra al agua; esperó diez minutos por si llegaba alguna respuesta y se preparó para ir al gimnasio.

Disfrutaba yendo al gimnasio. Le gustaba tener su cuerpo en buenas condiciones, se sentía feliz gastando energía y le agradaba encontrarse con amigos y conocidos. No era de esos que tomaban aminoácidos ni le preocupaba mucho la dieta proteica. No le interesaba aprender técnicas de fisiculturismo para visualizar su musculatura. Cuando manejaba los distintos aparatos del gimnasio y transpiraba a chorros, su mente descansaba llena de fantasías. Levantando las pesas y las barras era capaz de enfrentarse a cualquier cosa.

En el gimnasio era conocido por todos. Apreciaban su perfecto estado atlético.

-¡Hola, Nicolás! -lo saludó uno desde la cinta caminadora-. ¿Cómo se encuentra hoy ese muñeco?

-¿Por qué no cerrás la boca?- le contestó.

Su entrenador, que lo estaba esperando, lo mandó a la cinta caminadora para que calentara. Tenía pensado que ese día trabajara la espalda y los brazos. Después de realizar un pequeño estiramiento, le indicó una rutina dividida: diez series de diez repeticiones de bíceps y diez series de diez repeticiones de tríceps.

-¿Cuánto tiempo, profe? -le preguntó Nicolás.

-Como siempre... tenés que trabajar dos horas y luego no te olvides de estirar -le contestó desde una esquina del gimnasio.

Comenzó los ejercicios con mucho entusiasmo. Las clases de la mañana estuvieron agotadoras, el trabajo de literatura lo encontraba sin sentido y además estaba molesto consigo mismo. Se preguntaba por qué había mandado el mail a Lucía, iba a quedar como un idiota, y eso lo hacía rabiar. Se quitaba la bronca moviendo los aparatos con todas sus fuerzas hasta sentir dolor en los músculos. La transpiración corría por todo su cuerpo, pero no por eso dejó de hacer la intensa rutina.

Cuando se dirigía al vestuario para ducharse, miró las fotos de las revistas del gimnasio con personajes en posiciones atléticas mostrando sus músculos. Al pasar frente a un espejo, comprendió que era muy parecido a esas personas: dobló el brazo para resaltar sus bíceps y respiró profundamente para ensanchar su pecho. Al final largó una carcajada. No le gustaban esas fotos; no le interesaban las exhibiciones. Él iba al

gimnasio porque se sentía bien con el ejercicio. No se identificaba para nada con esas fotografías aunque su apariencia externa fuera similar.

Al salir del gimnasio se sentía renovado. Llegó rápido a su casa para encontrarse con sus amigos. Su abuela, que estaba pintando en el taller, no lo oyó entrar. Su madre había salido y su padre se encontraba trabajando. Al pasar por la cocina encontró una bandeja de sandwiches preparada por su abuela.

-¡Cuánto la quiero! -exclamó, mientras daba un primer mordisco.

Subió el volumen de la música y su abuela se enteró de que su nieto había llegado.

Volvió a pensar en Lucía: si ella estaba enferma no lo iba a responder. Era un compañero más de su clase y ni siquiera se podían considerar amigos pero aunque no la conociera a fondo le resultaba atrayente: "un buen estuche, pero con una joya en su interior" recordó la frase de Sebastián. No se aguantó más y se acercó a su computadora. Miró con atención y vio que ella le había respondido:

Gracias Nico, por preocuparte por mí. Estoy enferma con un poco de fiebre. Por eso no fui al colegio. Yo también me acordé de vos. Mirá este link que te va a interesar.

Lucía

Sin pensar, hizo clic sobre el *link* del mensaje. Era la página web de una empresa de publicidad:

*Estamos realizando un casting para seleccionar chicos entre 15 y 17 años para eventos publicitarios de una importante marca internacional. Somos una empresa seria de gran prestigio. Buscamos chicos con una imagen atractiva, seductora y deportiva para relacionarse con el mundo de la moda. Envía una breve historia personal y fotos actuales.*

*¡Sí deseas ser un modelo profesional, no dudes en inscribirte!*

Apenas leyó el anuncio le escribió: ¿Por qué pensás que esto me va a interesar?

A los dos minutos llegó la respuesta: Porque vos sos la persona perfecta para ese trabajo.

Abrió los ojos al leer la respuesta. Se quedó sin palabras. Para no tener que responderle, se desconectó de la web.

Cinco minutos más tarde llegaron Ignacio y Sebastián. Como siempre, se desparramaron en el suelo de la habitación.

-Perdimos el partido, pero me saqué las ganas pateando a uno -dijo Ignacio, convencido-. El loco me había hecho un terrible foul que no lo cobraron pero cuando vino de vuelta, lo reventé.

-iSiempre hacés lo mismo! -contestó Sebastián-. Te calentás y reventás a cualquiera.

-A cualquiera no, boludo..., ese se lo tenía merecido -le aclaró.

-¿Y cómo te fue en el gimnasio? -le preguntó a Nicolás para cambiar la conversación.

-Bien..., quedé muerto -le respondió con mirada aburrida.

-Eso está bueno para la salud -dijo Sebastián tranquilamente.

-¿Vos te crees que este loco lo hace porque es sano? A Nico sólo le interesa estar salado -dijo Ignacio, tratando de hacer enojar a su amigo.

-iPor qué decís boludeces! -le contestó, mirándolo serio-. Yo voy al gimnasio porque me gusta.

-iNo te pongas así!... Nacho es un envidioso -respondió Sebastián.

-Por envidia no, boludo -contestó Ignacio con tono sincero-, isomos amigos! pero vos llamás la atención. A mí no me vendés humo; siempre te aprovechaste de eso y ahora no pretendas ser diferente.

-No sé... a lo mejor estoy cambiando. A veces me gustaría que me valoren por lo que soy y no por mis músculos -contestó Nicolás como quien pide un deseo.

-iNo compliques la vida! sos un buen flaco. Dejá lo serio para más adelante -le aconsejó su amigo-. Si a las locas les gusta... metele para adelante.

-Una joya en un buen estuche...-dijo Sebastián, tratando de terminar con el tema.

-Nunca les niego mis talentos -se rió Nicolás, mientras rebotaba una pelota contra la pared-. Sé que se quedan contentas... aunque después, alguna se haga la ofendida.

-Hablando de minas... ¿supieron algo de Lucía? -les preguntó Ignacio.

-No -respondió rápidamente Sebastián-. Si no tengo ni su número.

Nicolás se puso serio; no quería hablar del tema pero no podía mentirles.

-Está enferma -les dijo a sus amigos.

-¿Y cómo sabés? -le preguntó Ignacio, intrigado.

-Le mandé un mail y me contestó -respondió haciéndose el distraído.

-iEn serio! -Exclamó Sebastián-. ¿Y qué te dijo?

-Eso... que tenía fiebre -contestó sin darle mucha importancia.

-iDale, loco!, no te hagas el pelotudo -le insistió Sebastián-. Estás escondiendo algo.

-Miren lo que me escribió - dijo, acercándose a la computadora-. A mí me parece un poco raro.

Los tres leyeron el mail y al instante, Ignacio abrió el link.

-Dale, boludo... la loca está agrandada -exclamó Ignacio como quien hace un diagnóstico- Esta flaca está contigo.

-iSe está tirando al agua! Va más rápido de lo pensado -dijo Sebastián.

-¿Qué les parece? -les preguntó, con ansiedad.

-iQue sos la persona perfecta para ese tipo de trabajo! -le dijo bromeando Ignacio.

-No seas pelotudo... pregunto por Lucía -le aclaró con seriedad. No estaba para bromas.

-Ya te lo dije, todas piensan lo mismo. Para que te vas a preocupar.

-Lo del casting está salado -afirmó Sebastián-. Además, podés ganar mucho dinero.

-Seguro que te contratan, loco. ¡Esto se va a poner bueno! -continuó gritando Ignacio-. Te imaginás tener un amigo modelo...

-iEstás totalmente pirado! Esto no es para mí -les aclaró Nicolás

convencido.

-Si te interesa esa loca, hacéle caso y anotate -le aconsejó Sebastián-. Con probar no perdés nada.

-No te olvides de que tenés una imagen atractiva y seductora... -bromeó Ignacio.

Trató de mirarlo con rabia pero terminó riéndose de sus comentarios. Se acomodaron alrededor de la televisión y se pusieron a ver un video de un concierto de rock.

Aún era temprano para la cena. Después de que se fueron, apagó la televisión. Tenía la cabeza llena de dudas. Le había alegrado que ella le hubiera respondido pero el asunto del casting lo dejó confundido. ¿Por qué le había enviado ese anuncio?... ¿Realmente pensaba que él podía ser modelo?... si nunca habían hablado personalmente...

Ya era bastante complicado con llamar la atención y ahora cabía la posibilidad de que saliera en las revistas. Que una chica lo considerara atractivo estimulaba su vanidad pero no le gustaba la manera como ella lo planteaba. Por otro lado, con probar no perdía nada, le habían dicho sus amigos. Era una forma de darle el gusto a Lucía. La idea del casting se fue abriendo en su mente.

Fue al taller de su abuela; se sentía cómodo sentado en el sillón mirando cómo pintaba. Mantenía largas charlas con ella y bromeaba por la música clásica que debía soportar.

-Recién venís a saludarme -protestó la abuela con una sonrisa-. ¿Así tratás a los viejos?

-Abue, gracias por los sandwiches... sos una fenómeno -le respondió mientras la besaba y abrazaba con cariño. Luego de sentarse, le dijo con picardía:

-Y esas manchas... ¿qué son, Abue?

-Nicolás querido, icuándo aprenderás a contemplar la belleza! -suspiró con impaciencia-. No son manchas. Esto es una marina que me está dando mucho trabajo. Se ve que hoy no estoy inspirada.

Y así, como siempre, comenzó a explicarle cómo nacía una obra de arte. Se tiene un diseño en la mente: las grandes líneas, espacios y formas. Cada color debe ser distinto al otro. El sentido de cada pincelada tiene mucha importancia, debe lograr la armonía de la pintura. Cada matiz aporta una idea y cuando el artista es bueno, logra transmitir un mensaje

para que lo disfruten todos.

-Por eso pienso mucho cada color –siguió explicando la abuela-. Cuando está en su lugar, enriquece al conjunto. Quizás esa pincelada pase inadvertida, pero ayuda a la belleza de toda la obra.

Nicolás había escuchado esa historia pero le gustaba la fuerza con que se expresaba. Sus palabras eran firmes y claras. Aún faltaba el final:

-En resumen, un cuadro es armonía. Se realiza con cosas chiquitas adecuadamente colocadas que dan origen a un diseño único. Así somos las personas –siguió diciendo- vamos construyendo nuestra historia personal con pequeños detalles y logramos que nuestra vida tenga sentido y puedan disfrutarla los demás.

-¡Sos una verdadera artista! -exclamó finalmente Nicolás.

-Y vos estás lleno de hermosos colores aunque tendrás que ir colocándolos poco a poco en su lugar -le contestó con firmeza y cariño-. ¡Sólo así serás feliz!

Había recibido otra lección. Valoraba su coherencia y le agradaba la tranquilidad que transmitía. Le dio otro abrazo fuerte y se dirigió hacia el comedor. El olor que salía de la cocina le hizo olvidar la importancia de los colores.

Durante la comida, su mente estaba en otro lugar. Respondía con pocas palabras aunque no quería ser grosero. Últimamente su padre era amable con él y hacía bastante tiempo que no discutían. Cuando debía pedirle permiso para algo, siempre le mencionaba la responsabilidad. Era su slogan preferido: "Nicolás tenés que asumir la responsabilidad"... "Nicolás no fuiste responsable"... Estaba convencido que su padre era un aburrido que no sabía disfrutar de la vida. A menudo lo engañaba simulando interés por cosas serias, aunque de un año a esta parte, se sentía más libre y le preocupaba menos lo que él pensara. Como abogado de prestigio, hablaba con mucha seguridad. Siempre tenía una respuesta correcta para todo, y eso le daba rabia, aunque reconocía que era una persona recta y que defendía a sus clientes con competencia profesional. Por momentos lo envidiaba, había formado una buena familia, trabajaba con energía y sus colegas lo apreciaban. Su padre nunca gritaba. Cuando discutían daba argumentos como si estuviera en un tribunal. Sin embargo, cuando se enojaba de verdad, se callaba. Sus silencios eran importantes. Sin hablar podía decir muchas cosas.

Nicolás medía el estado de ánimo de su padre por la cantidad de palabras. En esos momentos debía sentirse muy feliz. Llevaba veinte minutos contando su intervención en un juicio. Se trataba de un caso jurídico con pocas oportunidades de triunfar, pero como supo manejarlo con acierto,

los jueces le dieron la razón. Habían despedido en forma arbitraria a un operario de una fábrica. Se había hecho justicia y como buen abogado que era lo llenaba de orgullo y satisfacción.

Sonreía para demostrarle interés pero el tema del casting no lo dejaba tranquilo. Realmente no sabía qué decisión tomar. Se fue para su habitación para estar solo con sus pensamientos.

Recostado encima de su cama, seguía dando vueltas sobre lo mismo. Nunca le había pasado por la cabeza ese tipo de trabajo. A sus amigos no les resultaba ridículo. Podía contar con ellos, pero era él quien debía inscribirse.

Siempre le habían molestado las personas que trataban de llamar la atención para darse importancia. Prefería que lo conocieran simplemente como era: con sus ideas y su manera tranquila de ser. Ser modelo le resultaba algo totalmente artificial y sin sentido pero era la única forma de conquistarla.

Y en ese caso valía todo... -"¡Bueno, casi todo!" -exclamó en voz alta.

Se acercó a la computadora y volvió a leer despacio el anuncio de la agencia de publicidad. Sin mucho entusiasmo, decidió inscribirse.

En su descripción personal escribió que era un chico como cualquier otro, alumno de bachillerato, que tenía muchos amigos y que le gustaba hacer deporte. Contó que vivía con sus padres y que su abuela pintaba cuadros. Que le gustaba el rock y que los veranos los pasaba en una casa cercana a la playa. El anuncio le había llegado por una amiga llamada Lucía.

Luego mandó una única fotografía. Se la habían sacado en la fiesta de fin de curso del año pasado. Aparecían Sebastián, Ignacio y él abrazados. Para terminar, escribió: el del medio soy yo. Apretó *enviar* y cerró la página de la agencia. Inmediatamente le mandó un mail a Lucía diciendo que se había inscrito en el casting.

Se desconectó de la web. No sabía si estaba alegre o enojado. Simplemente estaba más aliviado. Ella quedaría contenta y los de la agencia se olvidarían de él.

## **Bookers improvisados**

La profesora de matemáticas no podía pasar desapercibida. Medía menos de un metro cincuenta de altura y su ancho era similar. En el colegio la conocían como "el cubo" y aunque siempre era motivo de risa, le tenían miedo porque disfrutaba poniendo bajas calificaciones. Se vestía con colores llamativos; ropa con flecos y bordados de flores, mariposas y campanitas. Su enorme variedad de zapatos y bolsos eran de colores

extravagantes, las chicas comentaban que en su casa tendría una habitación especial para guardarlos. Algunos alumnos le decían "arbolito de Navidad" pero la mayoría prefería llamarla "el cubo".

Mientras escribía fórmulas y números en el pizarrón, los alumnos copiaban a toda velocidad tratando de no equivocarse. No pretendían entender mucho, sólo copiar sin errores. Luego, en sus casas, verían la forma de comprender esas condenadas cifras y ecuaciones.

No se sabía si "el cubo" había dejado de escribir porque la demostración del teorema estaba terminada o porque no había más lugar en el pizarrón. Todos apartaron el lápiz del cuaderno y se produjo un murmullo de distracción. La profesora comenzó a borrar frenéticamente el pizarrón y los alumnos pensaron que debían seguir copiando pero se equivocaron.

Se puso a hacer ruiditos con sus zapatos color verde agua mientras pasaba su vista con desgano por el grupo de alumnos, finalmente dijo:

-Vamos a ver... levanten las manos los que hicieron los ejercicios.

Muy pocos extendieron las suyas. Nicolás lo hizo tímidamente: odiaba pasar al frente de todos. La profesora se fijó inmediatamente en él. Lo consideraba un chico especial y atractivo, poseía una ingenuidad transparente que le agradaba. Pensó en la diferencia de edad y se lo imaginó con veinte años más, como ella tenía. Sacudió su cabeza para alejar ese tipo de pensamiento pero lo llamó para que pasara adelante.

Nicolás iba escribiendo con dudas e inseguridad las soluciones de los ejercicios. Se dio cuenta de que se estaba equivocando pero la profesora lo miraba complacida sin fijarse mucho en el pizarrón. Cuando ya no pudo continuar, puso cara de inocente y entonces la profesora le dijo:

-Me doy cuenta de que has hecho un gran esfuerzo. Siéntate que yo lo termino.

Él le hizo una de esas sonrisas compradoras, como le hacía a su abuela cuando necesitaba dinero, y se fue a su pupitre. Ella lo siguió con la vista mientras intentaba controlar su imaginación. Con rostro serio, se dio vuelta, y comenzó a escribir en el pizarrón a toda velocidad. Muchos tuvieron que estirarse y levantar la cabeza; el volumen "del cubo" les tapaba la visión. Cuando se oyó el timbre, les dio permiso para retirarse del salón.

Nicolás trató de encontrar a Lucía en el recreo pero se fue con sus amigos que lo llamaban desde el otro lado del patio.

-¡Qué suerte que tenés! -le dijo Sebastián-. El cubo te perdona todo.

-Esa vieja tiene fantasías contigo -dijo Ignacio con ironía.

-¡Me inscribí en el casting!-dijo para cambiar la conversación.

-¡En serio! -exclamó Ignacio-. ¿Y qué fotos mandaste?

-Esa... en la que estamos los tres en la fiesta de fin de curso- le respondió con seguridad.

-¡Mirá que sos pelotudo!... nunca te van a llamar -le contestó haciéndose el entendido.

-A mí me da lo mismo -le aclaró él-. Lo hice para que Lucía se quede contenta.

-¿Ella lo sabe? -le preguntó Sebastián.

-Sí, le mandé un mail ayer de noche -le contestó.

Un grupo de alumnas de la clase inferior se acercó a donde estaban ellos. Una le entregó un sobre a Nicolás.

-Es una invitación para mi cumpleaños... espero que vayas -le dijo la chica.

-Y a nosotros... ¿no nos invitás? -le preguntó Ignacio con cara seria. La chica lo quedó mirando pero no contestó.

-Si ellos no van, olvidate que yo vaya -le dijo Nicolás para presionarla.

-Bueno, mañana les traigo las invitaciones -respondió tímidamente.

Ignacio la miró para calibrar su figura pero no le dirigió la palabra. Ellas se fueron riendo satisfechas por haber cumplido una tarea difícil.

-¡Genial! -exclamó-. Una fiesta más gracias a vos. ¿Viste loco que la facha tiene sus ventajas?

-¡Dejate de decir boludeces! -se quejó Nicolás-. No sé si voy a ir.

-¡Cómo que no vas a ir! -protestó, mirándolo a la cara-. A esa loca le tenés que alegrar la fiesta.

Se dirigieron hacia la cantina del colegio. Los alumnos se amontonaban comprando refrescos y sandwiches para calmar el hambre de media

mañana. Encontró a Lucía sentada junto a una mesa, tomando un yogur.

-Hola -le dijo él, tímidamente.

-Hola -le contestó ella, llevándose una cucharada a la boca.

-¡Me inscribí en el casting! -le dijo sin que se le ocurriera nada más original.

-Eso ya lo sé -le contestó ella-. Estaba segura de que te iba a interesar.

-A mí no me interesa -respondió rápidamente, sintiendo que se le trababa la lengua-. Lo hice porque te gusta.

-Sos la persona para ese trabajo -le contestó ella, aparentando no haberlo escuchado.

-¿Y vos cómo te das cuenta? -le preguntó él-. Si no me conocés.

-Mirá, Nico... tengo experiencia.... Sé que vas a ganar.

-Pero ellos no saben cómo pienso, -trató de explicarle-. Además, la ropa no me importa mucho, yo me visto de cualquier manera.

-¡A la agencia no le interesa lo que piensan los modelos! -le aclaró Lucía-. Ellos buscan solamente tu imagen. El anuncio lo deja bien claro. Además, me parece que te estás engañando -siguió diciendo ella con picardía-. En realidad, te gusta que te admiren. Todo el mundo lo hace; las chicas, tus amigos, incluso "el arbolito de navidad" te mira. Si fueras veinte años más grande, te encararía.

-Yo no soy así -le contestó molesto-. ¿Vos te crees que soy un loco superficial?

Ella se dio cuenta de que había hablado demasiado. Para disculparse dijo:

-No, seguro que no..., yo sólo lo digo para que triunfes.

-Escuchá Lucía, es evidente que me miran -le dijo con calma -. Estoy acostumbrado a que me digan de todo pero quiero demostrar que no soy el típico flaco fachero.

-Claro, claro, te entiendo perfectamente -le dijo mirándolo a los ojos. Nicolás era un ingenuo aunque estaba diciendo la verdad; era sincero y decía lo que pensaba. Era inocente como un niño. Eso era lo que más la atraía. Desde que lo vio por primera vez, comenzaron sus fantasías. Ella se divertía saliendo con chicos ganadores. En el colegio anterior era la envidia de las demás compañeras, y ahora, no podía ser menos. Había

pensado que el tema del casting lo iba a entusiasmar; con otros chicos le había dado resultado. Nicolás no podía ser distinto. Le atraía tanto...

-Te repito –siguió diciéndole con sinceridad-. Me inscribí en el casting porque a vos te interesa.

-Eso es lo que me gusta. Sos mucho más maduro que los otros chicos que conozco -le contestó ella, tratando de que no se notara su sonrisa irónica.

Ignacio y Sebastián se acercaron.

-¡Hola! –dijo Sebastián, sin preocuparse por interrumpir la conversación.

-Hola –contestó ella con cierta molestia.

-¿Así que tenías fiebre? –le preguntó Ignacio con curiosidad.

-Sí, pero ahora estoy bien –contestó ella mirando a Nicolás-. Ustedes se cuentan todo.

-Es que les dije que te había mandado un mail –aclaró para disculparse.

-A mí no me importa –respondió ella, mientras se levantaba para tirar el envase de yogur en la papelera.

Durante el resto de la mañana estuvo pensando en Lucía. Apenas escuchó lo que decían los profesores. Cada vez la consideraba más atractiva; demostraba ser muy segura de sí misma. No era una chica superficial. Lo que más le agradó fue que lo considerara maduro.

Como acostumbraban, al terminar las clases, los tres amigos salieron juntos. Ignacio quería averiguar, de cualquier manera, qué le había dicho ella. Sebastián trataba de no demostrar interés. Por lo general, no le importaba la forma de pensar de los demás, sin embargo, esa chica no le había caído bien; tenía algo extraño en su mirada que le daba desconfianza. No intentó decirle nada a su amigo ya era bastante grande para darse cuenta de las cosas.

Después de almorzar con su madre y su abuela se puso a terminar las tareas del colegio: no le gustaba atrasarse.

-No todos son como el cubo –dijo en voz alta cuando terminó los deberes.

Desde el sillón de su cuarto, prendió la televisión. Como no había nada especial, se pasó haciendo *zapping* a toda velocidad.

De los parlantes de su computadora salió el clásico sonido de "mensaje

recibido". Era de la agencia de publicidad. Lo abrió y lo leyó:

Estimado Nicolás:

Hemos recibido tu inscripción para el casting. Tus datos se adecúan a la persona que estamos buscando, pero la fotografía que enviaste no es suficiente para poder seleccionarte. Necesitamos fotos individuales de tu cuerpo y de tu cara para incluirte en la selección de los candidatos. Si continúas interesado en participar en el casting de nuestra agencia, es necesario que demuestres todo tu potencial.

No tenía muchas fotos actuales en su PC. En las que tenía guardadas, aparecía siempre rodeado de sus compañeros, con sus padres o cuando era más niño. Necesitaba la ayuda de sus amigos.

Les mandó un SMS: me piden + fotos pueden venir? Inmediatamente, le respondieron: dale, vamos para ahí.

Al cabo de quince minutos llegaron sus amigos. Dejaron las bicicletas en el jardín y entraron riéndose a la habitación. Ignacio había conseguido una buena cámara fotográfica prestada por su hermana.

-¿Qué te dijeron? -le preguntó Sebastián. Les mostró la respuesta de la agencia y esperó que ellos opinaran. Ignacio comentó indignado:

-¡Te dije que esa foto no te iba a servir! Por suerte no te descartaron de entrada. Ahora es nuestra oportunidad.

-Dejá todo en nuestras manos -le dijo Sebastián con total seguridad mientras iba pensando el plan de acción. Abrió las puertas del armario y comenzó a elegir la ropa. Ignacio le explicaba lo de "todo tu potencial". Debían ser fotos atrevidas: era la única manera de llamar la atención de la agencia.

Mientras Sebastián le hacía ponerse una camiseta ajustada, le dijo que de esa manera se iban a notar más sus músculos. Ignacio disparaba la cámara: primeros planos de la cara y de cuerpo entero. Le pidió que pusiera mirada de conquista y cara de inocente; que se riera, que mirara con furia, etc. Lo hicieron salir al jardín para que el sol se reflejara en su pelo. Le pidieron que se tirara en el pasto. Sentado en una reposer. Acostado entre almohadones. Recostado a una pared... Que se sacara la camiseta y que pusiera las manos en los bolsillos.

Viendo la seriedad con que asumían la tarea, se divertía. Por último, Ignacio le pidió que se pusiera un traje de baño y le tomó fotografías como si estuviera en la playa, en todo tipo de posiciones.

Ignacio y Sebastián estaban satisfechos de la "sesión fotográfica", habían sacado una enorme cantidad de fotos.

-¡Con éstas te van a seleccionar, loco –le dijo Ignacio con absoluta convicción-. Van a querer verte de cerca.

Mientras comían los sandwiches preparados por la abuela, comenzaron a seleccionar las imágenes. Él dejaba que sus amigos tomaran las decisiones. Tenía una sensación extraña; las poses eran artificiales y no se identificaba con ninguna de ellas.

-Te armamos un book espectacular –le dijo Ignacio.

Habían elegido las diez mejores fotografías. En todas resaltaba su cabello rubio, sus ojos de un azul especial y su figura atlética. Algunas sugerían algo más que simple elegancia, eran totalmente provocativas, pero estaban convencidos que de esa manera su amigo sería seleccionado.

Las guardaron en una carpeta de la computadora y borraron todas las demás.

Cuando sus amigos se fueron, comenzó a acomodar su habitación. No es que fuera fanático del orden pero había quedado todo tirado por cualquier lado y no podía caminar sin pisar la ropa. Metió todo en el armario y empujó las puertas.

Se sentó frente a la pantalla para mirar despacio las fotografías. Su pelo brillaba con intensidad y sus ojos resaltaban por el contraste. Si los viera su abuela diría "que eran los ojos de su marido". Las horas en el gimnasio habían formado sus músculos y, al verse en traje de baño, recordó sus aventuras del verano. Se acordó, en ese momento, de una chica extranjera que había conocido durante las vacaciones. Se había divertido. Incluso, recordó el llanto de ella cuando terminó el verano y debieron separarse. Durante semanas, habían estado chateando, pero después, él se cansó y las cosas pasaron al olvido como tantas otras.

Luego abrió la carpeta de "fotos antiguas". Se sonrió al verse con nueve años menos, disfrazado de príncipe. Aunque siempre odió los disfraces, su madre se había empeñado en vestirlo así para una fiesta de niños. Había causado sensación y aún recordaba cuando su madre, exultante, le había tomado esa fotografía.

Miró otra de un afiche del colegio. Lo habían elegido para promocionar la institución. En su momento había pensado que se debía a sus calificaciones y a su comportamiento pero con los años cayó en la cuenta de que esos motivos no tenían fundamento.

Se tiró encima de la cama para pensar. Tenía dudas, pero no podía defraudar a sus amigos y, además, estaba Lucía. Se acercó a la computadora y le respondió a la agencia:

Les mando unas fotografías como pedían. Sigo interesado en el casting.

Adjuntó las diez fotos y apretó *enviar*.

-Bueno, ya está –exclamó-. Espero que con esto alcance. Se desconectó y prendió la tele. Comenzaba la transmisión del partido de fútbol que realmente le importaba.

Ese sábado, se levantó tarde. Le dolía un poco la cabeza. Quizás fuera por el alcohol –pensó- pero en realidad no había tomado tanto. Aunque a veces se dejaba llevar por el ambiente, había aprendido a controlarse.

Mientras se duchaba, recordó la fiesta del día anterior. Había bailado toda la noche. No se acordaba del nombre de la chica del cumpleaños pero recordó a Ignacio tratando de conquistar a todas. Casi al final, su amigo pudo conseguir a una. Le había hecho un gesto de triunfo, cuando salió con la chica a la terraza. Había sido una fiesta entretenida, aunque ya sabía antes de ir que Lucía no estaría. Sin mucho esfuerzo, había conseguido los números de tres chicas para llamarlas. Ya vería que hacer con ellas, ahora le interesaba sólo una.

Su abuela estaba en plena tarea creativa. La saludó y se sentó como siempre en el sillón. Pretendía conocer su opinión sobre el casting, aunque no se le ocurría cómo comenzar la conversación. Estaba convencido de que se pondría en contra.

-Nico, ¿cómo estás? –le preguntó ella sin apartar sus ojos de la tela.

-Bien... La fiesta estuvo divertida pero nada especial -le contestó con tranquilidad.

Ella estaba concentrada en su obra y pintaba en silencio, con cuidado y delicadeza, acostumbrada a la compañía de su nieto.

-Abuela... la imagen de una persona ¿es importante? -le preguntó, pensando que así introducía el tema.

-¿Y qué es para vos la imagen? -le preguntó ella, algo sorprendida.

-¡Yo qué sé! –le respondió con desconcierto lo primero que se le ocurrió-. La apariencia exterior, lo que sos, el pelo... la cara... el cuerpo... Eso que miran todos.

-Me parece que estás mezclando todo. Una cosa es lo que ven los demás y otra cosa es lo que realmente sos –le dijo la abuela, lentamente para que entendiera-. Ustedes los jóvenes confunden las apariencias con la realidad. Enjuician solamente por lo que ven.

-¿Sólo los jóvenes? –le dijo para defenderse-. Hay gente grande que sólo le interesa la imagen.

Como se sintió satisfecho del rumbo que llevaba la conversación, trató de contarle a la abuela historias succulentas que le habían contado sus amigos y otras que había visto en películas de cine.

La abuela lo dejó que se despachara a gusto y no lo interrumpió.

Sin dejar de pintar, comenzó a hablarle con calma. Le aclaró que, evidentemente, la imagen juega un papel importante en la opinión de los demás como primera impresión. Las emociones nacen de ese primer contacto con la realidad y después surgen los sentimientos pero no podía quedarse estancado en ese nivel. Los sentimientos son valiosos pero son muy cambiantes. Las personas tienen una manera de pensar; una forma de enfocar la vida y una historia individual de valores y convicciones. Poseen un mundo interior escondido que da sentido a su vida. Si se quedan únicamente con la simple imagen, conocen solamente una parte de la realidad.

Dejó los pinceles sobre la mesa y mientras se limpiaba las manos, le siguió explicando:

-Lamentablemente, hay personas que se frenan a medio camino. Son incapaces de ver la riqueza completa. Es lógico que a tu edad te llamen la atención las apariencias, ¡por eso vas al gimnasio!, pero no debés confundirte. Cada ser humano es una obra de arte... ¡lástima que muchas veces aparezca llena de polvo y suciedad!

-Oíme bien –le siguió diciendo-. No sos un niño como para no darte cuenta de que tu apariencia exterior es agradable y atractiva. Tendrás que enfrentarte a situaciones nuevas en las que deberás decidir por tu cuenta. Aunque te cueste esfuerzo y tengas dudas, nunca dejes de escuchar tu voz interior. Ya sabés manejar tu cuerpo y ya aprendiste cómo son tus amigos, pero aún te falta descubrir tu corazón y esto no es una tarea fácil.

-¿Te crees que vivo en una burbuja? –le contestó con seriedad.

-¡Por supuesto que no! –le respondió con absoluta seguridad-. No te olvides que soy tu abuela y te conozco muy bien, pero los demás no... Yo también tuve tu edad. En mi época no había internet ni tantos aparatos modernos, pero el corazón de las personas no cambia con la tecnología.

Aunque ahora parezca que todo son apariencias, las personas con contenido siguen siendo valiosas. Algún día te contaré historias de tu abuelo. Ese hombre tenía un corazón enorme, eso hizo que me enamorara de él.

Nicolás aprovechó ese momento para contarle sobre el casting. Le dijo que se había inscrito y le preguntó su opinión.

-¿Por qué te inscribiste? -le preguntó, mirándolo a los ojos.

-Bueno, no sé... a mí mucho no me interesa... lo hice para darle gusto a una chica -respondió-. ¿Te parece bien?

-Lo importante sos vos -le contestó-. Ese tipo de trabajo no me gusta mucho, aunque debo de ser sincera contigo. Tengo la impresión que te van a elegir para esa campaña y es evidente que ese trabajo no va con tu forma de ser.

Nicolás se quedó serio. No esperaba una respuesta tan rápida y segura.

La abuela, tomándole las manos entre las suyas, le dijo:

-Allí buscan la imagen que vos tenés. Vas a enfrentarte a un mundo que no conocés todavía. Reconozco que no sos ingenuo ni tonto, aunque es obvio que te falta adquirir experiencia. Vas a hacer un excelente trabajo pero tengo miedo de que te entreveres y al final salgas lastimado. Acordate Nicolás -terminó diciéndole con cariño- que lo más valioso de tu persona no está a la vista de los demás.

-Pero ese trabajo no tiene nada de malo -le dijo para buscar argumentos.

-No... no tiene nada de malo -le repitió con comprensión-. Es un trabajo como cualquier otro. Lo que me preocupa es que vos no estás convencido y que solamente te inscribiste para quedar bien con esa chica.

Se quedó callado mirando a su abuela.

-Te apoyaré siempre, soy tu abuela! -le siguió diciendo-. Pero no podés hacer las cosas para que los demás te acepten, sino por estar realmente convencido. Si la chica te quiere de verdad, comprenderá que ser modelo no va con tu personalidad.

Se calló por un momento y lo miró con afecto.

-De todos modos, me parece que estoy exagerando -le dijo con ternura.- A veces, los viejos pensamos demasiado las cosas y no nos atrevemos a

las aventuras... ¡estoy contenta con tu decisión!

Nicolás se levantó y la abrazó con fuerza.

-Cuando te seleccionen, quiero ser la primera persona en enterarme- le dijo con una sonrisa.

-¿Estás tan segura de que me van a elegir? -preguntó.

-De eso... no tengo la menor duda.

Estaba eufórico. Necesitaba encontrarse con Lucía. Su abuela le había transmitido la seguridad que no tenía y aunque la consideraba anticuada y con demasiado lenguaje artístico, en su mente quedaron grabadas sus palabras.

Pensó llevarla a tomar un helado, pero en la heladería se iba a encontrar con mucha gente. Podría invitarla a bailar, aunque para eso, tenía que esperar hasta la noche y además, en la discoteca no tenía sentido hablar. Como le gustaba hacer ejercicio y el día estaba soleado, se le ocurrió andar en bicicleta. La llamó para pasear por el parque. Era un lugar perfecto; agradable y tranquilo, que ella aún no conocía. Lucía aceptó inmediatamente y quedó en que la pasaría a recoger por su casa.

No era la primera vez que salía a solas con una chica pero este caso era algo especial. Se vistió con ropa cómoda. Se puso la camiseta que Sebastián le había sugerido para las fotos pero enseguida se la quitó.

Una cosa es una foto y otra cosa es mi vida –pensó- mientras la tiraba al fondo de su armario.

Cuando llegó a la casa, ella lo estaba esperando en el jardín. Se había recogido el cabello con una cinta azul y vestía colores llamativos. Él no le prestó atención a la ropa, sólo veía su radiante sonrisa. No pudo darse cuenta de la mirada de triunfo en los ojos de ella.

Recorrieron juntos las calles tranquilas. Como pedaleaba con fuerza, debía frenar de vez en cuando para esperarla. En una esquina, apareció un perro negro y lanudo que corrió directamente hacia Lucía. Él se dio cuenta que no tenía intención de morder pero ella se asustó y estuvo a punto de caerse de la bicicleta. Nicolás giró rápidamente y lo enfrentó para alejarlo. El perro se lo quedó mirando con las orejas levantadas. Movía la cola y jadeaba con la lengua afuera buscando divertirse pero se dio media vuelta cuando Nicolás gritó con fuerza para impresionar a Lucía.

Al llegar, dejaron las bicicletas en el pasto y se sentaron en un banco de

madera.

Nicolás le contó que cuando él era pequeño, sus padres lo traían al parque para jugar en las hamacas. Conocía perfectamente ese lugar.

-Me imagino que habrás venido con muchas chicas –le dijo ella con una pícaro sonrisa.

-Sí, claro –respondió él con naturalidad-. Ya te imaginás... con los amigos y amigas venimos a escuchar música... tomar alguna cosa... ¡la pasamos bien!

Comenzó a contarle historias de sus amigos. Le habló de sus compañeros de clase; como ella era nueva en el colegio, no tenía mucha idea de quién era quién. Le contó también su afición al gimnasio, y les describió a sus padres y a su abuela pintora; a ella le había parecido bien el asunto del casting.

-Pensé que te habías olvidado de eso –le dijo ella, haciéndose la distraída.

-No, que va –exclamó-. ¡Todo lo contrario! Le explicó que en la agencia le habían pedido fotos y que sus amigos lo habían ayudado; ahora había que esperar, la suerte ya estaba echada.

Ella lo miraba directamente a los ojos; esos ojos especiales que tanto la cautivaban. El sol se reflejaba en los cabellos rubios de Nicolás y en su sonrisa transparente. Le atraía tanto su inocencia, que debía hacer un esfuerzo para controlarse y no besarlo. Mientras se acomodaba el pelo con la cinta, le dijo tranquilamente:

-Me gustaría que me mandaras el book. Quiero asegurarme de que sea bueno.

-No, no –le contestó riéndose-. Son fotos ridículas. ¿Para qué las querés? Sólo le interesan a la agencia.

Lucía no sabía cómo continuar la conversación. No estaba siguiendo la dirección que pretendía, por eso cambió de táctica. Comenzó a contarle detalles de su vida. Sus padres habían decidido mudarse y esa era la razón del cambio de colegio. Se estaba adaptando a esa nueva situación, pero apenas conocía gente. Le dijo también que no le gustaba salir mucho. Le fue insinuando, con sus palabras, la imagen de niña indefensa y tímida, necesitada de protección y ayuda. Esto lo había visto en una película y se le ocurrió que daría resultado.

Él la miraba con cariño. Quería protegerla y ayudarla. Deseaba besarla pero no lo intentó. Con otras chicas se había comportado diferente;

arremetía de primera y disfrutaba del momento: experiencias de pasiones pasajeras que se olvidaban fácilmente. Pero con ella era distinto. Sentía algo más fuerte y verdadero. Como tenía miedo de defraudarla, quería ir despacio; conocerla de verdad y que ella lo conociera realmente; tenía tantas cosas buenas para decirle. Esta era su primera salida y no quería estropearla. Sabía que cuando el león que llevaba adentro se despertaba, no había manera de calmarlo.

Lucía comprendió por su mirada, que lo había conmovido y se quedó esperando que tomara la iniciativa pero él la seguía mirando con ternura sin hacer nada. Con cierta desilusión le dijo:

-Ésta es mi historia. Soy una chica simple que no tiene mucho que contar.

-No digas eso –contestó él, abriendo mucho sus ojos azules-. Me gustaría seguir saliendo contigo.

-Como quieras –le respondió ella, simulando interés-. Así podremos conocernos más.

-Vení, vamos a recorrer el parque –le dijo entusiasmado-. Te mostraré los lugares donde nos reunimos.

-Dale... sigamos andando en bicicleta... –contestó, con tono irónico sin que él llegara a comprender.

-Esa cinta te queda bien –le dijo, mientras se acercaban al camino.

-Gracias –le sonrió ella-. El azul es mi color favorito.

-Ah, ¡qué bueno! –le dijo, mientras se subía a su bicicleta.

Inmediatamente después de acompañarla hasta su casa, les mandó un SMS a sus amigos: vénganse a casa.

Recorría las calles a toda velocidad. Iba cantando en voz alta su canción preferida. Estaba feliz.

Mientras guardaba la bicicleta vio a través de la ventana a la nueva vecinita. Estaba de espaldas frente a la computadora. Se fijó que tenía el pelo atado con una cinta azul.

Igual que Lucía –pensó-. Algún día de estos tendré que conocerla.

Los amigos llegaron y se pusieron a comentar la fiesta pasada.

-¡Me llevó toda la noche, enganchar a la flaca! -se quejó Ignacio mientras se levantaba para ir al baño-. Se la tiran de interesantes, pero al final, siempre hay alguna que te sigue.

-Sí, ¡hay que tener paciencia! -le contestó Sebastián que se puso a abrir un paquete de papas fritas.

-Pareces un boludo con eso de la paciencia, Seba -le contestó Nacho, mientras se acomodaba la ropa-. Me la fui trabajando durante toda la fiesta y al final me la llevé para la terraza.

-¿Y, cómo te fue? -le preguntó Nicolás, aunque ya se imaginaba la respuesta.

-Nada especial. Me hice el cariñoso y ella respondió bien -le dijo tranquilamente-. Quería hablar demasiado y eso a mí, me las rompe. Después aflojó y me pude sacar las ganas con unos besos, pero cuando quise más, la loca se hizo la interesante y dijo que quería entrar, porque tenía frío. ¡Son todas iguales! Te hacen entrar y cuando estás arrancando, te ponen el freno de mano. La próxima vez, me tiro de cabeza y que revienta.

Sus amigos se miraron divertidos, imaginándose la desilusión de Ignacio.

-¿Cuándo vas a encontrar a la chica perfecta? -le preguntó Sebastián para tomarle el pelo.

-No sé si quiero encontrarla -respondió Ignacio, como quien dice algo importante-. Así, me divierto... Además... chica perfecta... perfecta... no sé si la voy a encontrar.

Sebastián les sirvió bebida a sus amigos, Ignacio arrugó el paquete vacío de papas fritas y Nicolás trajo una enorme cantidad de sandwiches de la cocina.

-¡Tu abuela es una genia! -exclamó Sebastián con la boca llena.

-¿Saben que hoy salí con Lucía? -dijo, esperando la reacción de sus amigos.

-Eh?... ¡contá rápido! -se rió Sebastián- que Nacho se va a atragantar con la comida.

-¿Qué te dijo?... ¿Te la comiste? -le preguntó su amigo, con interés.

-¡Callate, imbécil...no, todavía no -le contestó un poco cansado. Se descalzó para estar más cómodo y les contó que habían ido al parque en bicicleta; le había mostrado los lugares favoritos y se habían sentado en el

banco de madera. Para hacer más interesante la historia les dijo que habían conversado sobre el casting y sobre las fotos que ellos le habían sacado.

-Me pidió que le mandara el book –les informó.

-Esa loca está perdida contigo –dijo Ignacio, como quien sabe del tema.

-Me imagino que no se las vas a mandar –aclaró rápidamente Sebastián.

-No... ¿estás pirado? –contestó.

-Seguro que le gustaría que le hagas cualquier cosa... –dijo su amigo con total convencimiento.

-iAflojale, Nacho! –exclamó para defenderse-. Me gusta... En realidad, me gusta en serio; la tenía conmigo y la podía haber besado, pero me frené para no desilusionarla... Ella no es como las otras.

-iNo seas pelotudo! –Le dijo Ignacio-. ¿No te das cuenta de que te mira como para comerte?

-Ella es diferente –dijo tratando de que lo entendieran.

-Vos pensás que es distinta, pero ella te mandó el aviso del casting –le siguió diciendo Ignacio, procurando que se diera cuenta.

-iVos no podés pensar bien de nadie! –protestó, enojado.

-Me parece que te estás volviendo un pelotudo que no quiere divertirse –le contestó Nacho para calmarlo.

-A mí tampoco me gusta –intervino Sebastián- aunque no es problema mío. Conocela mejor y no le mandes las fotos.

No se imaginaba ese tipo de comentarios. Cientos de veces habían hablado de otras chicas y siempre habían coincidido en sus opiniones o, al menos, nunca habían sido tan duros con ninguna. Para terminar la conversación prendió la televisión; colocó el DVD y apagó las luces del cuarto. Apretó el control remoto con rabia y se tiró en la cama.

Ellos no sabían realmente cómo era Lucía.

## **El casting**

A la semana siguiente, Nicolás recibió un correo electrónico de la agencia de publicidad. Con pocas palabras le informaban que había sido

preseleccionado y que debía presentarse para una sesión de prueba.

Desde que fue al parque, no había podido estar a solas con Lucía. Aunque él procuraba que los demás la aceptaran en el grupo, tenía la impresión de que sus compañeros en cierta forma la rechazaban.

¡Es tan tímida! –dijo como pensando en voz alta- tengo que ser comprensivo.

Con sus amigos no había vuelto a hablar sobre Lucía; no le interesaba provocar una nueva discusión. Prefirió no contarle a nadie el mensaje de la agencia.

El día previsto se presentó en la agencia. Estuvo dudando mucho sobre qué ropa ponerse. Si estuviera Sebastián, seguro que le facilitaría las cosas. Revisó con cuidado todo el armario, pero decidió vestirse como siempre: ropa cómoda como la que usaba habitualmente para ir al colegio.

Lo recibió una recepcionista joven y atractiva y lo hizo pasar a una sala donde esperaban los demás chicos preseleccionados. Pensó encontrarse con una larga cola de gente, pero sólo vio a dos chicas y un chico.

Se acercó para saludar a cada uno. Las chicas estaban vestidas como para una fiesta: se notaba que habían pasado horas arreglándose y cada detalle de su ropa estaba pensado para resaltar sus encantos. Se imaginó a Ignacio diciendo que con esos estuches la joya sería lo de menos.

Como no sabía qué hacer, se acercó para conversar con el chico. Estaba vestido con ropa costosa de última moda. Parecía ser un chico muy seguro de sí mismo, y apenas demostró interés cuando trató de saludarlo.

Inmediatamente llegaron dos empleadas de la agencia, elegantemente vestidas. Saludaron a cada uno por su nombre y los invitaron a sentarse. Una de ellas, que tendría unos pocos años más que él, se le acercó y le dijo en voz baja:

-Hola, Nico, ¡qué buenas fotos mandaste!-. Me llamo Sofía y te voy a ayudar en esto.

Durante la reunión les explicaron que el objetivo de la agencia era seleccionar a un chico y una chica para una campaña publicitaria de ropa de una marca internacional. Esa empresa producía tres líneas de prendas: formal, informal y deportiva. La agencia había sido contratada para promocionar la nueva temporada y por esa razón buscaban nuevas figuras. Les dijeron que era una gran oportunidad para comenzar una

excelente carrera profesional como modelos juveniles.

La sesión de prueba consistía en realizar alguna toma fotográfica, vestidos con los diferentes estilos de ropa.

Una asistente se llevó a las chicas a una sala y Sofía acompañó a los chicos a otra.

Entraron en una habitación alfombrada con estantes repletos de ropa. Había dos grandes espejos en una pared. Sofía les pidió que se desvistieran mientras ella les entregaba las prendas. Nicolás se sintió confundido y preguntó dónde estaba el vestuario.

-¿Qué vestuario? -le dijo ella sorprendida-. ¡Esto no es un club! Esto es una agencia de publicidad con mucho prestigio.

Miró a su alrededor y encontró un armario en un rincón. Lo abrió y tapándose con la puerta, comenzó a desvestirse. El otro chico estaba parado en medio de la sala en ropa interior, mirándose frente a un espejo. Sofía les entregó ropa informal: una camiseta, jeans y calzado deportivo. Mientras se vestía, se dio cuenta de que la camiseta era parecida a la que había elegido Sebastián, salvo que ésta era de buena marca.

Cuando estuvieron listos, la empleada de la agencia los observó con mirada experta. Se acercó sonriente a Nicolás y le acomodó el pelo. Pasaron a otra área donde se encontraba el estudio fotográfico.

En el estudio, había una zona bien iluminada donde cuatro fotógrafos conversaban mientras preparaban sus equipos. Comenzaron con la toma individual. Pasaron primero las chicas y luego los chicos. Les pidieron que caminaran con normalidad, como si estuvieran paseando. Que pensarán en algo alegre para que sus rostros sonrieran. Nicolás se acordó de Lucía. Los reflectores de luz eran intensos. Sólo se oían los clic, clic de las cámaras tomando fotografías.

La siguiente prueba fue con ropa formal. Nunca había usado ese tipo de prendas. Le dieron un traje similar a un smoking de excelente calidad; incluso los zapatos eran carísimos y brillantes. Sofía le acomodó la moña; él solamente la había visto en las películas.

Cuando pasaron al estudio fotográfico las chicas estaban muy llamativas. Sus vestidos y peinados las hacían parecer mayores, aunque él se daba cuenta que eran de su misma edad. Los hicieron formar en parejas y les pidieron que se miraran fijamente. Que se tomaran de las manos y caminaran de un lado para otro en la zona iluminada.

Por último, les dieron ropa de playa. Tuvo que esconderse detrás de la puerta del armario para ponerse el traje de baño de diseño exclusivo.

Cuando Sofía miró su cuerpo, esbozó una sonrisa. Su figura era igual a las fotos que había enviado, salvo que ahora al verlo de cerca, resultaba más atractivo. Por eso lo había seleccionado; quería confirmar lo que ella había intuido.

Notó con asombro que las miradas se fijaban especialmente en él. Le hicieron tomas individuales, de frente, de atrás y de cada costado. Debía acercarse a las chicas y hablar con ellas como si se conocieran. El zoom hizo primeros planos y planos generales. La chica que le asignaron, actuaba con absoluta seguridad. A él no se le ocurría decirle nada, sólo sonreía un poco nervioso. El calor de los focos era tan fuerte que lo hacía transpirar a chorros. Daba la impresión de haber salido del agua.

Por fin pudo ir a vestirse. Después de llenar unos formularios con sus datos personales, lo acompañaron hacia la salida. En el momento de despedirse, se acercó la empleada y le dijo:

-Nicolás, estoy convencida de que este trabajo es para vos.

Él la miró sonriente, pero no dijo nada. Salió al exterior y pudo refrescarse con el aire de la calle. Estaba cansado por la tensión que había sentido en el estudio de fotografía. Lo habían mirado de una manera especial que le resultaba extraña. Mientras andaba en su bicicleta, le vinieron a la mente algunos comentarios de su abuela sobre los colores, la gente y la armonía.

Pedaleó con toda velocidad. No quería perderse el resto de las clases. Ya era suficiente haber faltado tres horas al colegio sin decirle a nadie donde estaba.

Llegó para la última clase de la mañana. Abrió la mochila para sacar sus cuadernos y tranquilizarse. Sebastián, con disimulo, le mandó un SMS: le preguntó dónde había estado. Con el celular escondido, le respondió: en el casting. Su amigo lo miró y escribió: cómo te fue? Él le contestó: igual a tus fotos! La respuesta fue simplemente :)

Durante el almuerzo no habló casi nada. Comió rápido y se fue a su habitación para copiar los apuntes de las clases. Mientras escribía, recordaba la ropa, las luces y las miradas. El otro chico le había resultado un imbécil. Apenas le prestó atención cuando quiso saludarlo. Le parecía desubicado que se quedara casi desnudo en el medio de la sala. Por suerte, él se las había arreglado con las puertas del armario.

Terminó de copiar las tareas y se preparó para ir al gimnasio. Dos horas de intensa rutina lo ayudarían a descargar su energía. Y en ese momento era justo lo que necesitaba.

El ejecutivo de cuenta de la agencia estaba preocupado. El representante de la marca de ropa lo había presionado con los plazos y le había exigido que le mostrara algo de la campaña. Era un cliente fuerte y no podía ignorarlo. Si bien la agencia tenía prestigio, hacía tiempo que no conseguía una cuenta tan importante. El empresario le había dicho que estaban perdiendo frente a la competencia pero no podían bajar los costos; la marca era la marca y el producto era de excelente calidad.

La empresa de ropa se jugaba mucho en esta nueva temporada y habían apostado fuerte en creatividad. Los diseños y colores resultaban atrevidos y novedosos, sin embargo los diseñadores confiaban en su éxito. Sólo hacía falta una campaña de calidad para liderar el mercado. Por eso habían seleccionado a esa agencia. Se encargaría de todo, desde el casting de los modelos hasta la producción de la publicidad. El staff tenía prestigio y al equipo técnico se le reconocía por su sólida trayectoria profesional.

El ejecutivo de cuenta la había mandado llamar. Ella llevaba muchos años trabajando en la agencia y conocía a todo el personal.

-Sentate Carlota, tenemos que hablar –le indicó con preocupación mientras le señalaba la silla frente a su escritorio.

-¿Qué te pasa que tenés esa cara? –le preguntó con interés. Trabajaban juntos desde hacía bastante tiempo y lo apreciaba como profesional a pesar de considerarlo demasiado ansioso. Cada nuevo cliente era para él un desafío personal y además era impaciente.

-¡Tenés que esforzarte al máximo! –exclamó casi gritando-. Vas a ser la jefa de toda la campaña y no me podés fallar.

-Hay muchos empleados nuevos que no saben nada –se quejó-. Los creativos son buenos, pero no los puedo dejar solos. ¡A veces hacen cada estupidez!

-Vos tenés experiencia y te movés bien en este ambiente –le dijo el responsable del cliente-. No compliques la situación. Cuando estás inspirada... sabés hacer las cosas perfectamente.

-¡Lo difícil son los modelos! –protestaba-. Cuando das con uno que vale la pena, después se vuelve insoportable. Se creen estrellas y hay que estar adulándolos todo el tiempo.

-Eso a mí no me importa. Vos encargate de todo y no te olvides de los plazos. Yo soy el que tengo que dar la cara –le aclaró con seriedad.

-Bueno, dale, confía en mí –le contestó para tranquilizarlo.

-Voy a estar controlándote. El cliente es importante y no tenemos mucho tiempo –le dijo mientras se levantaba.

-¿Alguna vez te defraudé? –le preguntó para defenderse.

-No, hasta ahora no.

-Entonces, dejame hacer mi trabajo tranquila –le dijo convencida.

-Perdoná, pero es que nos jugamos mucho con este cliente –le contestó para disculparse.

-Eso ya lo sé, llevo años en esto.

-Por eso quiero que te encargues de todo –le contestó tratando de transmitirle confianza.

-Gracias, cuando tenga algo, te aviso –le dijo mientras se levantaba para irse.

Cuando Carlota llegó a su oficina, se acercó a una bandeja y se sirvió una generosa cantidad de whisky. Le ayudaba a pensar la estrategia y de paso, calmar la tensión que sentía. Para colmo los modelos debían ser teens.

Si consigo al chico que tengo en la cabeza, todo lo demás estaría resuelto –pensaba mientras revolvía el hielo-. El asunto era conseguirlo. Se terminó la bebida de un sólo trago y salió para controlar a los demás empleados de la agencia.

Sofía estaba mirando en la computadora las fotos que le habían tomado a Nicolás. Las iba pasando despacio, calibrando los detalles y haciéndole comentarios a la otra asistente.

-¿Y ese quién es? –preguntó la jefa que en ese momento entraba al estudio.

-Un chico que vino hoy –le contestó Sofía-. Lo seleccioné porque me gusta.

-A ver, dejame sentar –le ordenó la jefa comenzando a pasar las fotos.

¡Es éste! –Pensó- ¡esta es la imagen que estaba buscando! Fue pasando lentamente las imágenes, ampliando los planos medios y observando con

atención.

-¡LO QUIERO YA! –le gritó a las asistentes-. ¿Por qué no me avisaron antes? ¡Basta de casting!... El será la cara de la campaña.

-Se llama Nicolás –le dijo Sofía sonriendo-. Aquí tengo las fotos que él mandó.

-¡Qué me importa cómo se llama! Hay que decirle que está contratado –dijo excitada.

-¿Estás contenta? –le preguntó satisfecha.

-Obvio querida. Nos va a salvar la campaña. Vos vas a ser la coach y tendrás que esforzarte... Esta joyita no debe saber absolutamente nada de modelaje.

- Mañana mismo lo llamo -le contestó.

-Andá a la oficina y traeme un whisky doble... y si querés, servite otro para vos –le ordenó.

-Abuela..., y ahora ¿qué estás pintando? –le preguntó, mientras se tiraba en el sillón.

Había tenido un día lleno de nuevas sensaciones. Estaba inquieto; necesitaba unos momentos de tranquilidad y su abuela le transmitía paz. Aunque jamás se lo dijera, valoraba las lecciones de su abuela. Era consciente de que gran parte de sus caprichos y sus equivocaciones nacían de sus impulsos juveniles y su abuela le ayudaba a pensar.

Ella nunca le decía cómo debía comportarse; simplemente, contaba sus historias y decía lo que pensaba. Eso era lo que más le agradaba; que lo trataba con confianza y lo dejaba libre. Tenía la convicción de que lo conocía mejor de lo que él se conocía a sí mismo.

-Sigo luchando con esta marina. No termina de convencerme –le contestó contrariada-. La retoqué tantas veces que no sé si borrarla y empezar de nuevo. ¡No encuentro el azul adecuado!

-Pero abuela, ¿qué estás buscando? –le preguntó sin entender mucho el problema.

-¡Busco el azul de los ojos de tu abuelo! –respondió, como quien revela un misterio-. Muchas veces ha sido mi fuente de inspiración. Lo usé como color del cielo al atardecer y otras veces como color del mar iluminado por

el sol, pero hoy no logro dar con el tono.

Él la miraba con cariño, sin entender mucho de pintura y menos de matices. Para él, el rojo era rojo y el amarillo era amarillo. Eso de las tonalidades, no le entraba en la cabeza.

La pintura no va conmigo –pensó, mientras miraba los cuadros.

-¿Cómo era el abuelo? –le preguntó de improviso.

La abuela dejó la paleta sobre la mesa y se sentó al lado de su nieto. En su rostro apareció una expresión de nostalgia y comenzó a hablar lentamente.

-Era una persona extraordinaria. Nos queríamos mucho. Cuando nació tu madre, me regaló este anillo. Nunca me lo quitó. Si te fijás, vas a ver que tiene una piedra azul: es lapislázuli. No es una piedra muy valiosa, pero un día yo le dije que ese era el color de sus ojos y por eso me lo regaló.

Se recostó en el sillón y siguió contando:

-Cuando viajaba por negocios, me escribía cartas cariñosas. Por supuesto que hablábamos mucho por teléfono, pero las cartas eran algo personal. Él sabía que me encantaban los paisajes y por eso describía con detalles los lugares por donde pasaba. Escribía tan bien que para mí, cada carta era como una pintura. Las tengo guardadas como un tesoro. Aunque no lo creas, muchos cuadros salieron de las cartas de tu abuelo. A veces pienso que deberíamos firmarlos juntos. Pero eso no puede ser...

-Nunca me leíste ninguna –le dijo tratando de alegrarla.

-¿Realmente te interesa? –le respondió con entusiasmo.

-Sí, dale.

La abuela rápidamente se limpió con un trapo las manchas azules de sus manos. Se acercó a una cajonera que tenía en el taller y sacó un pequeño cofre de madera lustrada. Nicolás nunca lo había visto. Lo abrió con cuidado y sacó un paquete de sobres con hojas amarillentas atadas con una cinta. Lo desató y muy lentamente fue pasando los sobres hasta que eligió uno.

Comenzó a desdoblar la carta con cuidado mientras le decía:

-Esta es muy especial. La escribió durante un largo viaje. Escuchá.

Dejó el cofre sobre el mueble y comenzó a leerle algunos párrafos.

*Estoy agotado. Las reuniones de trabajo se volvieron insoportables porque el cliente pretende subir los precios. En eso estamos. Por suerte hoy terminé temprano y pude salir a pasear un rato.*

*Los paisajes de esta zona son magníficos. ¡Tú sí que los disfrutarías! Salí del hotel y estuve recorriendo la pequeña ciudad. Las casas de tejas rojas y paredes blancas están muy bien cuidadas. Los jardines tienen canteros con flores de todos colores. Los habitantes se dedican a la agricultura; hay mucha tranquilidad y apenas se ven autos a esta hora de la tarde.*

*Fui caminando por la calle principal hasta un camino secundario. La gente es muy amable; cuando vuelven del campo, te saludan sonrientes. Llegué a una pendiente del camino donde se extendía el terreno hasta una sierra lejana. Las parcelas están sembradas de diferentes cultivos; zonas violetas de alfalfa florecida junto a superficies amarillas de lotus. Me senté en una roca al costado del camino, imaginando que te tenía junto a mí. El verde intenso combina con el dorado del trigo; la tierra rojiza parece brillar al atardecer. Cuando me acerqué a un alambrado, una bandada de tordos negros levantó vuelo. Pero inmediatamente volvieron para llenarse de granos.*

*Estuve caminando durante dos horas disfrutando el paisaje. Cuando el sol se ocultó, comenzaron a prenderse las luces de las casas lejanas.*

*¡Cuánto te extraño!*

La abuela dejó de leer y con voz dulce le preguntó.

-¿Te gusta?

-Sí, abue –le contestó.

Cuando hablaba de su esposo, el tiempo no importaba.

-Era un caballero. Yo tenía un grupo de amigas que salíamos juntas. Todas estaban enloquecidas por él. Se notaba enseguida su delicadeza y sobre todo, su sencillez. Era una persona transparente; muy coherente con su manera de pensar: respetuoso y trabajador. A mis amigas les gustaba salir con él simplemente para que las demás las vieran. Yo pensaba igual, pero nunca fui tan atrevida. Se parecía a una estrella del cine, pero su interior era lo más valioso. Comenzó a fijarse en mí. Salimos varias veces hasta que un día se me declaró.

-¿Qué quiere decir que se te declaró? – le preguntó, ingenuamente.

-Ay, nieto querido, ¡qué ignorante sos! –Dijo entre suspiros-. Declararse significa que me quería..., que quería que yo fuera su novia y con el tiempo formar una familia.

-Ah –exclamó como disculpándose-. Y luego, ¿qué pasó?

-El resto pienso que ya lo conocés –le respondió con picardía-. Después de un tiempo como novios nos casamos en la catedral. Al año siguiente nació tu madre.

Se hizo un largo silencio. Se le llenaron los ojos de lágrimas y con disimulo se pasó la mano por la cara. Mirándolo con cariño le dijo:

-Este anillo, lleva en mis manos cuarenta y dos años. Como te habrás dado cuenta, la piedra tiene el mismo color de tus ojos.

No quería seguir conversando. Se levantó y abrazó fuertemente a su nieto. Luego dobló la carta y la ató a las demás guardándola en el cofre.

Sintió pena por su abuela. Conocía la continuación de su historia. El abuelo había fallecido cuando su madre tenía tres años de edad, en un accidente de tránsito por culpa de un conductor borracho. La abuela había sufrido una barbaridad. Había quedado viuda, con una niña pequeña. La pintura fue un desahogo para su tristeza y como una medicina para su melancolía. Se fue haciendo un nombre en el mundo de la plástica, y con la venta de los cuadros pudo sacar adelante su modesto presupuesto familiar. Ahora estaba rodeada de sus seres queridos; tenía un cómodo un lugar para pintar y podía ver reflejado en su nieto, el color de los ojos de su marido.

En plena clase de literatura comenzó a vibrar su celular. Lo miró con disimulo porque lo tenía escondido. Era un número desconocido. Al cabo de dos minutos se encendió la pantalla con un SMS: Soy Sofía de la agencia. Cuando puedas, llamame. Él se imaginó el motivo de ese mensaje. Habían pasado apenas unos días desde la sesión de prueba y estaba esperando con cierto temor esa llamada. Quizás, al responderla su vida cambiaría de rumbo, pero trató de no dramatizar; solamente se había inscrito para darle un gusto a Lucía.

Cuando terminó la clase, desde un rincón del patio, llamó a la agencia.

-Hola Nicolás, ¡qué alegría escuchar tu voz! –Le contestó Sofía.- ¿Por qué tardaste tanto en llamarme?

-Porque estaba en clase –le respondió.

-Si claro, comprendo... qué tonta soy –contestó ella como si no lo escuchara-. ¡Tengo una gran noticia! ¡SOS EL GANADOR! ... Serás famoso.

Estoy tan emocionada que no puedo ni pensar... Yo te lo había dicho, ¿te acordás?

-Ah, ¡qué bueno! –dijo, sintiéndose nervioso.

-¡No te hagas el humilde!... ¡es espectacular! –Exclamó ella, tratando de que se diera cuenta-. ¡A tu edad vas a ser modelo! Los chicos van a tenerte envidia y además podrás comprarte lo que quieras. Necesitamos que vengas por la agencia para hablar del contrato, –terminó diciéndole en un tono más profesional.

-Pero ahora estoy en clase –le dijo tono inseguro.

-No te preocupes, te esperamos a las cinco de la tarde.

-Dale, voy –contestó secamente y apagó su celular

Se sentó en un banco del patio. Había recibido la llamada esperada y ahora se sentía incómodo. No quería decirle a nadie que había ganado el casting: ¡cómo si eso fuera posible! Se levantó y le dio una patada a una piedra. Quería estar solo, pero a lo lejos, vio que Lucía le sonreía.

Dejó de lado sus tontas preocupaciones y fue corriendo hacia donde estaba ella.

-Me eligieron –le dijo con una sonrisa.

-Ay, Nico, te felicito –le dijo ella dándole un cariñoso beso-. Estaba tan segura... ¿Estás contento?

-Sí, claro, lo hice por vos.

-Gracias –le dijo mirándolo con interés-. Voy a estar siempre contigo.

Como se oyó el timbre de entrada, se separaron. Ella fue a contarles a un grupo de compañeras y Nicolás comenzó a caminar lentamente.

Sus dudas comenzaron de nuevo.

Soy un idiota que se complica mal –pensó para sí mismo-. Otros en mi lugar estarían festejando y alardeando con los demás, sin embargo, yo me preocupo. ¿Será que estoy cambiando?...

Volvió al salón de clases un poco más tranquilo, pero se sentó en el fondo para no hablar con nadie.

Cuando llegó a la agencia, la coach lo recibió con expresión triunfante; lo

besó y lo abrazó con confianza.

-¡Miren a mi nuevo modelo! –exclamó, exultante-. En poco tiempo será famoso y su imagen recorrerá el mundo.

Lo acompañó a una oficina donde lo esperaban un hombre y una mujer. Lo saludaron amablemente y le ofrecieron algo para tomar. De una mesa repleta de sandwiches, refrescos y café, se sirvió con cierta timidez.

Cuando la mujer lo vio entrar se le iluminaron los ojos. Tuvo que controlarse para no gritar; su actitud profesional lo exigía, pero comprendió inmediatamente que tenía la jugada ganada.

Se presentó como la jefa de la campaña publicitaria. Comenzó diciendo que la elección había sido una decisión acertada. Estaba convencida de que su imagen se adaptaba perfectamente a los objetivos propuestos. Sacó varias fotos de una carpeta. El reflejo de su pelo rubio resaltaba sobre el fondo oscuro. En las que aparecía en traje de baño, daba la sensación de haber salido recientemente del mar. Su sonrisa era cautivadora y su figura transmitía energía juvenil.

Nicolás escuchaba asombrado. Los comentarios que hacían le resultaban extraños y exagerados.

Con el photoshop se hace cualquier cosa –pensó.

La jefa siguió explicando, a grandes rasgos, las tareas que debían realizar: tomas de estudio para preparar la primera etapa. Una vez que los representantes de la marca de ropa dieran el OK, se comenzaría con la campaña masiva en los medios: revistas, televisión, desfiles, etc.

Le dijo que no se preocupara por el horario; trabajarían por la tarde y en el caso que debieran realizar tareas por la mañana, buscarían la forma para que no interfiriera con su colegio.

Le recordó que muchos chicos ambicionaban ese trabajo, pero que él había sido el elegido; que a partir de ahora no se cortara el pelo y que continuara yendo al gimnasio. Terminó dándole la bienvenida a la agencia y lo felicitó con una sonrisa.

El hombre que estaba sentado junto a la jefa se encargaba de los aspectos legales y administrativos.

Este era un caso en que, por ser menor de edad –tenía menos de dieciocho años- para trabajar, se necesitaba la autorización firmada de los padres. Le explicó detalles de su contrato laboral y le confirmó el salario

que recibiría.

Cuando escuchó hablar de la autorización de sus padres, se movió inquieto en la silla, pero cuando supo la cifra del sueldo, se animó. Nunca había tenido tanto dinero en sus manos.

El encargado de personal le entregó unos papeles para que los llevara y los leyera tranquilamente. Allí estaban aclaradas las condiciones laborales y la autorización para que firmaran sus padres. Le volvió a dar la bienvenida a la agencia y finalmente le dijo:

-Esta es una prestigiosa agencia de publicidad. Comenzarás una carrera profesional como modelo desde un lugar privilegiado. Contamos con tu colaboración. Le estrechó amablemente la mano y se retiró de la oficina.

Sofía lo acompañó a la habitación donde estaban las estanterías con ropa.

-Yo voy a ser tu coach –le dijo ella, cerrando la puerta.

-¿Y eso qué es? –preguntó sencillamente.

-Voy a estar contigo para orientarte. Tendré que entrenarte y darte todas las indicaciones para que hagas muy bien tu trabajo. Organizaré los horarios y me encargaré de realizar las tareas de acuerdo a las órdenes de la jefa. Además, te asesoraré sobre tu imagen y te protegeré de tus futuras admiradoras. Le iba explicando mientras elegía una camiseta entre los estantes.

-¿Y vos sabés mucho de esto? –le preguntó con duda. Tenía la impresión de que ella había terminado el bachillerato hacía poco tiempo.

-Obvio querido –le contestó haciéndose la interesante-. Siempre quise trabajar en un lugar así. Hace poco que lo conseguí y estoy muy contenta.

Eligió una camiseta azul eléctrico y le dijo:

-Este es mi primer regalo... combina perfectamente con el color de tus ojos.

No se le ocurría decirle nada, se quedó parado en medio de la sala sin saber qué hacer. Ella le tomó de la mano y lo acompañó hacia la recepción; le pidió que la llamara cuando tuviera los papeles firmados; le dio un beso de despedida y volvió a entrar para seguir trabajando.

Mientras salía hacia la calle, trató de meter todo dentro de su mochila: los papeles y la camiseta. En un primer momento había pensado falsificar la

firma de sus padres, pero comprendió que era una estupidez. Debía enfrentarlos y contarles todo. Recordó la suma que recibiría y se entusiasmó. Se subió en la bicicleta y marchó velozmente para el gimnasio.

Al doblar en una esquina vio al perro negro y lanudo que se acercaba ladrando. Se rio al acordarse del susto de Lucía cuando frenó para acariciarle la cabeza. Dejó que lo acompañaran varias cuerdas mientras él pedaleaba con fuerza. Al final, el perro, cansado y con la lengua afuera, se dio vuelta y se puso a jugar con otro que ladraba detrás de la reja de un jardín.

Cuando llegó a su casa fue directamente al taller de su abuela.

-Hola Nicolás –lo saludó ella, mientras limpiaba los pinceles en un recipiente.

-Abue, ¡me eligieron en el casting! Aquí tengo los papeles –exclamó con ansiedad.

Ella lo miró fijamente y con un trapo se limpió las manos. Tomó el contrato y comenzó a leerlo con atención.

-¡Viste cuánto voy a ganar! –le dijo él con entusiasmo.

-¡En qué lío te metiste! –Suspiró la abuela-. Pero yo te dije que te iba a apoyar y aquí estoy... –le dijo con una sonrisa-. Te felicito y estoy segura de que triunfarás, aunque no sé cuánto te va a costar.

-A mí no me va a costar nada. Son ellos los que van a pagar –le dijo para que entendiera-. ¡No viste el sueldo!

-¡No seas tan torpe!, ¡soy vieja, pero sé leer muy bien! –le aclaró-. No estoy hablando del dinero. Yo tenía la seguridad de que te iban a elegir y acerté, pero también te dije que podrías salir lastimado... aunque espero que en esto me esté equivocando.

-Pero ellos dicen que soy la persona adecuada para la campaña –le contestó él, sin llegar a comprenderla.

-Nico, Nico, –le dijo con calma, para que le entrara en su cabeza-. Ellos hablan de tu imagen. Yo me refiero a tu corazón, a tus convicciones.

-Necesito la autorización firmada de papá y mamá –le dijo con brusquedad-. ¿Me vas a ayudar?

-¡Cuándo prometo algo lo cumplo! –le contestó con firmeza-. Hablaré con tu madre para que esté preparada. A tu padre no le diré nada, eso es cosa

tuya.

-¡Gracias, abue! ¡Sabía que podía contar contigo! –le dijo entusiasmado mientras le daba un cariñoso beso.

Al salir le dijo apoyándose en la puerta:

-¡Con el primer sueldo te compraré un regalo!

-Ojala que me equivoque –pensó la abuela. Miró el anillo y besó suavemente la piedra.

Cuando se quedó sola, se acercó al crucifijo que colgaba de la pared y suplicó, como hacía cada día, que protegiera a su ingenuo nieto.

Durante la cena, su padre hablaba sobre otro caso jurídico. Nicolás ponía cara de estar atendiendo, pero en realidad sólo le interesaba conseguir la autorización. Su madre le sonreía tímidamente, como diciendo que sí; se dio cuenta que estaba enterada de todo.

Cuando la abuela habló con ella sobre el asunto de la agencia no quiso escucharla. No le interesaba ver a su hijo en revistas de moda y expuesto a los comentarios de los demás, pero comprendía que su imagen atraía. Poco a poco, asumió que ser modelo era un trabajo como cualquier otro y además, sabía que su hijo no era un adolescente hueco como muchos otros que conocía; se podía confiar en él.

Nicolás no pudo aguantarse más y en forma brusca y apurada les contó todo. Les habló del mail que había recibido, de la sesión de prueba y les relató la entrevista en la agencia. Dijo que estaba decidido a aceptar ese trabajo, pero que necesitaba la autorización firmada de ellos porque era menor de edad.

Cuando terminó de hablar se hizo un silencio total. Él temía ese momento: los silencios de su padre eran insoportables. Le entregó los papeles y se quedó callado mientras su padre los leía con verdadero interés profesional.

La madre se levantó para servirle más comida, pero no la probó. Esperaba el veredicto de su padre. Al terminar de leer hasta la letra más pequeña del contrato, le preguntó:

-¿Por qué te inscribiste, hijo?

-Bueno... a mis amigos les pareció una idea genial y yo pienso que me gusta... además ganaré mucho dinero –contestó, afirmando las últimas

palabras.

-¿Estás seguro?... ¿estás convencido de que es un trabajo para vos?  
-preguntó el padre tranquilamente.

-Sí, papá, estoy seguro -respondió y miró a la abuela que estaba recogiendo los platos de la mesa.

El padre le dijo con sinceridad que nunca se había imaginado un trabajo así para él. Debía darse cuenta de que se iba a meter en un ambiente muy especial y que debía mantener sus valores firmes. Que no se dejara confundir con el éxito fácil. Que si tanto le preocupaba la imagen, debía ser un hombre íntegro que supiera respetar a todos.

-No me gustaría que cambiaras tu forma de ser y te volvieras un superficial -terminó diciéndole.

-Pero papá...-le aclaró, nervioso-. ¿Te crees que no se ubicarme?

-Sólo pretendo que asumas tu responsabilidad -respondió, con seriedad.

Al escuchar esas palabras, sintió que la rabia lo dominaba, pero su padre comenzó a hablarle en un tono diferente:

-Quizás pienses que soy un aburrido y que no te entiendo, sin embargo, confío totalmente en vos. Sé que no te gustan los consejos, pero no podés olvidar que a tu edad, sos como un "lindo carrito" que vas tranquilamente por la vida, pero por los costados pasan "camiones". -le dijo, guiñándole un ojo-. No tengo miedo del "carrito" pero me asustan un poco los "camiones"

Por primera vez, reconoció la sinceridad de sus palabras y valoró sus consejos. Lo entendió perfectamente y se rió del gesto que le hizo, aunque no advirtió el estremecimiento de la abuela. Delante de ella no se podían mencionar los accidentes de tránsito.

-Y vos... ¿mamá? -le preguntó, animado.

-Estoy segura de que sabrás comportarte. Además, no te olvides que siempre estaremos a tu lado para ayudarte y protegerte -respondió con comprensión y cariño.

El padre comentó que desde el punto de vista jurídico, los papeles estaban en regla. Sacó su lapicera, firmó la autorización y luego se la pasó a su esposa para que la firmara. Nicolás se levantó y le dio un beso a cada uno. Se sentía feliz y no quería defraudarlos. Les iba a demostrar que podía defenderse de los "camiones"; como en realidad lo venía haciendo, aunque a veces -y esto no tenía por qué contarle- tuviera algún pequeño

choque con las "camionetas".

Mientras recogía la mesa, la madre exclamó:

-¡Mi hijo en las revistas de moda!... Eso sí que no me lo esperaba.

-No empieces, mamá – contestó Nico, sonriendo mientras la ayudaba.

### **Apariencias**

Nicolás les dio la noticia a sus amigos durante el recreo de esa mañana.

-¿Por qué no lo dijiste antes, boludo? –le recriminó Sebastián.

-Porque no sabía cómo iba a terminar todo –le respondió disculpándose-. Pero mis viejos ya firmaron.

Les contó que debía entregar los papeles en la agencia y que luego les contaría más detalles.

-¡Pero vos ibas al partido! –se quejó Ignacio.

-¡Sí... voy a jugar! –respondió-. Paso por la agencia y después voy para la cancha.

Sebastián que estaba pensando en otra cosa, le preguntó:

-¿Lucía ya lo sabe?

-Obvio –respondió molesto-. ¿Te crees que soy idiota?

Por la tarde fue a la agencia y le entregó los papeles firmados al encargado de personal. Él los miró detenidamente y le confirmó que estaba todo listo. Nuevamente lo felicitó y le dio la bienvenida como empleado de la agencia.

Sofía, acercándose a Nicolás, le dijo:

-Bueno, ahora empieza el trabajo en serio. Tenés que estar aquí mañana por la tarde; andá antes al gimnasio y luego vení a la agencia. Hablaba en un tono muy ejecutivo.

-Tengo que pedirte algo – le dijo con duda.

-Recién comenzaste y ya estás pidiendo –bromeó la coach-. ¿Qué necesitás?

Tímidamente, le pidió algunas fotos de la sesión de prueba.

-Ah. ¡Te entiendo perfectamente!... ¿querrás dárselas a tus admiradoras?  
-Exclamó Sofía con picardía-. Yo en tu lugar haría lo mismo... saliste muy atractivo. Voy a ver si consigo algo.

Regresó a los cinco minutos y le entregó un sobre mientras le hacía un guiño de comprensión. Él quería explicarle que no era esa su intención, pero no se atrevió a contradecirla. Metió con cuidado el sobre en la mochila y se fue para la cancha.

El partido de fútbol resultó parejo. Ignacio, como defensa, tuvo mucho trabajo para frenar al delantero que se le escapaba con facilidad. Como siempre su recurso era el foul y, durante todo el partido, estuvo dando patadas a los contrarios. Nicolás trataba de controlar el medio campo. Levantaba la cabeza e intentaba dar buenos pases, pero la defensa contraria era muy fuerte y marcaba a presión. Por suerte, Sebastián, faltando cinco minutos para que terminara el partido, se escapó por una punta y marcó el gol del triunfo. Terminaron 3 a 2 y el equipo perdedor les pedía una revancha.

-¡CUÁNDO QUIERAN, BOLUDOS!... -les gritó Ignacio, mientras se cambiaba los zapatos.

-Terminala Nacho, que te van a reventar -le dijo Sebastián para que se callara.

-¡Quién... a mí! -le contestó desde el piso-. Los agarro de a uno y les rompo la cara.

Nicolás se reía de su amigo. Para cortar con el tema, les propuso ir a tomar algo.

-¡Buenísima idea! -le respondió Sebastián, subiéndose en la bicicleta.

Ignacio iba pedaleando en el medio de sus amigos mientras seguía alardeando del triunfo.

En una tienda conocida, compraron las bebidas y se fueron a su lugar favorito entre los árboles. Dejaron las bicicletas tiradas y se sentaron en el pasto.

Mientras repartían las botellas les dijo que, si querían, les podía contar cómo le fue en la agencia.

-¡Dale, largá todo! -exclamó Nacho, mientras terminaba la bebida.

Se divirtió viendo las caras de interés de sus amigos. Les contó cómo se había desarrollado la sesión de fotos; les describió a las chicas y sus mallas de baño. Cómo había tenido que esconderse detrás de una puerta para poder cambiarse y cómo la coach lo miraba con interés, haciéndose la distraída. Les dijo que el otro chico parecía un idiota, parado en calzoncillos frente al espejo. Ignacio se reía imaginando la "frustración" de la entrenadora. Terminó mostrándole la camiseta que le habían regalado. Se había olvidado de sacarla y la tenía, todavía, en el fondo de su mochila.

-Loco... ¡está muy buena! -dijo Ignacio mientras la extendía.

-Por mí te la regalo... Pero acordate de que no va con tu color de ojos -le dijo burlándose de la coach, mientras trataba de calmar su tremenda sed dando un largo trago a su botella.

Nicolás les pasó el sobre con las fotos. Sebastián se puso a mirarlas con interés; eran fotos de muy buena calidad que resaltaban la imagen de su amigo.

-Y ésta en la playa... ¿cuándo te la sacaron? -preguntó, intrigado.

-¡No seas pelotudo! -contestó divertido-. La sacaron en el estudio. Hacía tanto calor que chorreaba de transpiración.

-La flaca que está al lado... ¿es también un montaje? -le preguntó Ignacio, mientras la miraba de reojo.

-Esa era real... y me pidieron que la abrazara -contestó imaginando la reacción de su amigo.

-¡Tenés que presentarme a esa sirena! -dijo Ignacio entre suspiros.

-¿Saben cuánto me van a pagar? -les preguntó para despertar su curiosidad. Se hizo silencio y les dijo la cifra lentamente, con cara de triunfo.

-¡Qué hijo de puta! -exclamó Ignacio, casi gritando-. Espero que gastes algo con tus amigos.

-Obvio, boludo -les prometió -. Pero antes tengo que comprarle un regalo a mi abuela.

-¿Qué dijeron tus padres? -le preguntó Sebastián.

Nicolás se puso serio. Sus padres confiaban en él y no los podía defraudar. Pensaba que podía manejar la situación y trataría de no volverse un

imbécil.

-iComo el flaco en calzoncillos frente al espejo! –dijo Sebastián convencido.

-Te imaginás... cuántas minas se te van a regalar – dijo Ignacio para motivar a su amigo-. Tendré que darte algunos consejos.

-Cortala, loco. ¡Yo sé lo que hago! Por ahora, va todo bien –le aclaró Nicolás.

-Si te volvés un pelotudo –lo amenazó Sebastián, pasándole la camiseta- nosotros te ubicamos enseguida.

-Eso ya lo sé... por algo son mis amigos –se rió tranquilamente-. Lo que está salado es con Lucía...

Trató de embocar la botella vacía en un recipiente para residuos del parque, pero le erró.

Seba y Nacho se miraron sin comprender realmente a su amigo.

La conversación durante la cena fue distendida y alegre. Estaba tranquilo sabiendo que su familia y sus amigos lo apoyaban. Se encontraba tan bien que le vinieron ganas de chatear con Lucía. Se fijó que ella estuviera conectada y comenzó a teclear:

Nico: estás ahí?

Lu: holaaa Nico

Nico: cómo estás?

Lu: bien y vos?

Nico: tengo algo IMPORTANTEEEE para contarteee

Lu: ??????

Nico: ya firmé el contrato

Lu: yo sabía que ibas a ganar...

Nico: lo hice por VOS

Lu: estás contento?

Nico: Siiiiiii

Lu: cuándo te sacan las primeras fotos?

Nico: ya lo hicieron...

Lu: MANDÁMELAS YAAAA...

Nico: y para qué las querés?

Lu: para tenerte más cerca...

Nico: las escaneo y te las mando. Esperame.

Lu: aquí estaré.

Le entraron dudas mientras escaneaba las fotos, pero ahora no podía volverse atrás. Escaneó dos: una, en la que estaba vestido con el smoking de película de cine, y la otra, en traje de baño abrazado a la "sirena". Le mandó la foto de smoking.

Lu: qué lindo que estás...

Nico: me la sacaron en el estudio.

Lu: yo sabía que serías modelo.

Nico: yo no estoy muy seguro.

Lu: ???

Nico: ellos buscan sólo la imagen.

Lu: pero la imagen muestra cómo sos por dentro.

Nico: a veces las apariencias engañan.

Lu: sos muy inocente!!!

Nico: pretendo ser coherente.

Lu: ???

Nico: yo pienso así

Lu: sos divinoooo

Nico: vos también!!!!

Lu: tenés alguna otra foto?

Nico: sí

Lu: me la podés mandar?

Nicolás hizo clic en la foto en traje de baño.

Lu: dónde te la sacaron?

Nico: en el estudio. Es un montaje.

Lu: y ESA LOCA, quién es?

Nico: una del casting. No sé ni su nombre.

Lu: esta foto es la más lindaaa.

Nico: ???

Lu: estás atractivo y lleno de energía!!!

Nico: por favor, no muestres estas fotos.

Lu: jajaja... ya se las estoy mandando a mis antiguas compañeras!!!

Nico: espero que sea una broma.

Lu: jajaja

Nico: me tengo que ir. Nos vemos en el colegio

Lu: te estaré esperando

Nico: me alegra que estés contenta, besooo.

Lu: !!!

Después de chatear estaba entusiasmado, aunque se sentía incómodo por haberle mandado las imágenes. Sabía que las chicas eran así y nadie las podía cambiar. No era la primera vez que le pedían fotos y ahora las que podía mostrar eran de excelente calidad. Si tuviera que elegir, prefería la foto con el smoking; parecía sacada de una película. Cuando miraba la otra, se acordaba del calor y se veía todo sudado. Evidentemente los gustos de las chicas eran diferentes. Apagó su PC y se dio cuenta de que

no tenía ninguna fotografía de ella.

Lucía se quedó contemplando despacio la foto en traje de baño. Con el mouse borró a la chica del costado y pintó el fondo para que él apareciera solo. Se imaginó que estaba en sus brazos. No podía comprender que un chico así fuera tan inocente; con esos ojos y con ese cuerpo y sin embargo, él era real y además, para su fastidio, demoraba demasiado.

Ella había conocido a bastantes chicos como él. Le gustaba divertirse y disfrutar con todo. Así es la vida de los jóvenes: pasarla bien y hacer lo que se tenga ganas. La seriedad era para la gente grande y aburrida; ya tendría tiempo más adelante en la vida. Sus antiguas compañeras la criticaban por ser manipuladora; icuántos consejos ridículos había recibido por ese asunto! A ella le gustaba salirse con la suya: si se proponía algo no le preocupaba la forma de conseguirlo. Eso era tenacidad y no manipulación como pensaban las tontas de sus compañeras. Nicolás era su nuevo objetivo y estaba en camino de conseguirlo, aunque ese angelito se hacía desear demasiado.

Mandó un correo electrónico a un grupo de antiguas compañeras, con la foto modificada y escribió: ¿Qué les parece?

A los pocos minutos comenzaron a llegar las respuestas:

iwow!, ¿cómo se llama?, ¿dónde lo conociste?, ¡qué bueno que está!  
¿Quién es ese tipo?, ¿es tu nuevo "amigo"?, etc.

Lucía les fue respondiendo –con la obvia intención de causarles envidia– que se llamaba Nicolás, un compañero de clase que estaba perdido por ella y que pronto caería rendido. Algunas compañeras le pidieron más detalles: una le pidió más fotografías y otra quería tener su dirección de mail. Todas hicieron comentarios sobre su figura; algunos más zafados que otros.

Recibió un mail de Inés que le decía:

Por su mirada, parece un flaco bueno. Espero que no lo engañes ni lo lastimes como estás acostumbrada. ¿Cuándo vas a cambiar de actitud de una vez por todas?

Fue respondiendo a los comentarios tontos y superficiales sin dar muchos datos, pero a Inés le escribió:

*¿Quién sos vos para hacerme cambiar? No te metas en mis cosas. Quiero divertirme con él y nadie lo va a impedir. Eso de lastimarlo es un invento tuyo. A los hombres les gusta divertirse y al poco tiempo se olvidan de todo. Acordate cómo Javier te hizo sufrir. No te preocupés que no lo voy a*

*lastimar, al revés, lo voy a llenar de "cariño".*

Quedó satisfecha por la envidia que les había entrado a sus antiguas compañeras pero le molestaba que apareciera una a darle consejos; Inés se hacía la madura... ¡Cómo si ella no la conociera!... Si se ponía a hablar...

Antes de acostarse volvió a mirar despacio la fotografía de Nicolás. La había colocado como fondo de pantalla de su computadora.

Inés había sido compañera del colegio y la conocía muy bien. Lamentablemente, Lucía, en los últimos años, se había vuelto muy manipuladora. Habían estado hablando de eso con franqueza, pero no lo quería reconocer y asumía una actitud desafiante.

Lucía había sido una de sus mejores amigas. Era una chica normal: divertida, estudiosa y responsable; muy querida por todos. En los primeros años de la secundaria, parecía una chica mayor; era esbelta, de rostro agradable y mirada muy expresiva. Con su desenvoltura y audacia, era la líder de la clase. Le pedían ayuda y aconsejaba con acierto. Sabía "ponerse en la piel del otro" y tenía una empatía natural que la volvía muy atractiva.

A sus catorce años, muchos la consideraban como un ejemplo de "chica bien" y la apreciaban por sus talentos, figura y carácter. Comenzó a gustarle un chico mayor que lo había conocido por amigos comunes. Ella tenía la ilusión de que ese chico correspondiera a sus afectos y lograra una amistad más profunda para transformarse, en su momento, en un noviazgo verdadero.

Había descubierto el amor. Su naturaleza apasionada lo idealizó románticamente. Después de un tiempo de estar saliendo con él, cayó en la cuenta de que sus sentimientos y sus ideales no eran correspondidos. Sufrió muchísimo; se sintió usada y engañada. El chico simplemente se aprovechó para darse gustos pasajeros y calmar sus caprichos. Ella se había entregado con todo su corazón generoso de chica enamorada y sufrió un total desengaño.

Inés, la acompañó y apoyó en esa situación. Para tratar de consolarla, le contó una historia inventada, diciéndole que ella también había sufrido con un chico llamado Javier.

Era la primera vez que Lucía se había enamorado en serio y cuando se sintió defraudada, su actitud frente a la vida, cambió radicalmente.

Comenzó a tomar todo para la broma y a jugar con los sentimientos de los demás. Se volvió sarcástica con sus amigas; escondió su corazón herido bajo una máscara de insensibilidad y superficialidad. Su único objetivo era

tomar revancha. Para llamar la atención, comenzó a buscar y a conquistar chicos atractivos para mantener relaciones pasajeras y cambiantes.

Inés trató de hacerla recapacitar, pero fue peor. Su amistad se fue enfriando hasta la total indiferencia. Ella trataba de competir consigo misma y con las demás compañeras. Había adquirido una fama personal que distaba mucho de los años anteriores. Los hombres la consideraban una "típica trola" y la usaban para competir entre ellos y luego contarse sus aventuras. A pesar de no compartir su forma de actuar, Inés trató de mantener la amistad.

Cuando se cambió de colegio, pensó que era la oportunidad de que volviera a ser la misma de antes, pero al mirar este último mail, comprendió que seguía comportándose igual. Lucía no tenía interés de cambiar de actitud y, por lo que le había escrito, la amistad entre ellas había desaparecido. Quizás, todavía estaba a tiempo de ayudarla, pero si no tenía más remedio, podría advertir a ese chico de ojos azules tan hermosos.

### **La ida al cine**

-Hoy comienza tu verdadero entrenamiento –le dijo Sofía, mientras se sentaban en unas cómodas butacas, frente a una pantalla grande de televisión. Verían algunas filmaciones de desfiles y escenas de películas para que aprendiera aspectos relacionados con el mundo de la moda.

-Tendrás que aprender a caminar; a ser más expresivo y a parecer seductor –le explicaba cumpliendo a la perfección su papel de coach-. Cuando te vean, tendrás que transmitir energía y despertar fantasías. En una palabra, tendrás que tratar que los demás quieran imitarte.

-Pero si es sólo ropa –protestó, sin comprender los consejos.

-¡Qué simple que sos, Nico! –le contestó ella con poca paciencia-. La ropa no dice nada; vos debés transmitir un mensaje y yo estoy aquí para enseñarte.

Se apagaron las luces de la salita y él trató de prestar atención. Si hubiera estado con sus amigos ya habría apagado la tele; nunca le interesaron los desfiles de moda pero ahora era su trabajo y debía aprender.

Ella le hacía observaciones sobre las posturas, los movimientos, el ritmo al caminar y la cadencia. Luego siguieron con escenas de películas. Primeros planos de hombres y mujeres vestidos como para una fiesta, hombres que trataban de seducir y mujeres que pretendían ser queridas. Escenas de personas en la playa, mostrando sus cuerpos al sol; chicos y chicas en momentos de romance; gente caminando por parques luminosos o

recostados tranquilamente al costado de piscinas.

Nicolás comenzó a sentirse incómodo, le resultaba extraño tanto ambiente sensual. Las miradas de las personas eran desafiantes como si todo fuese una competición. Incluso, en las escenas románticas, notaba demasiada superficialidad y egoísmo. Comprendió perfectamente lo que la agencia pretendía de él. Entendió que un simple desfile no sólo mostraba ropa, significaba mucho más.

Al cabo de una hora, la coach encendió las luces. Para tantearlo, le preguntó:

-¿Qué te pareció? Yo te voy a ayudar para que seas como ellos.

-¡Pero yo no soy así! –exclamó confundido-. Todo lo que vi me pareció absolutamente artificial.

-No te preocupes, vos tenés talento y podrás aprender –le dijo ella dejando de lado su ingenuidad.

-Entonces tendré que practicar mucho -contestó, olvidándose de lo que había dicho anteriormente.

-Si querés... podés practicar conmigo –le dijo con cierta malicia en la mirada.

-¿Qué decís? –le contestó, levantándose de la butaca.

-Nada... nada... era una broma –le dijo ella, rápidamente- en este trabajo hay que aprender a tener buen humor-. Se guardó para ella el verdadero sentido de sus palabras. ¡Qué inocente que era!... Quizás más adelante...

Pasaron a la pequeña cafetería de la agencia; era tarde y necesitaban distraerse. En los pasillos del edificio, incluso en la propia cafetería, había afiches y fotos de anteriores campañas publicitarias: perfumes, equipos deportivos, cosméticos, etc. Él se acordó de las revistas del gimnasio, salvo que allí todo era más refinado.

Mientras tomaba un refresco, preguntó por las chicas del casting. Sofía le contó que habían seleccionado a Julia. Tenía experiencia por haber participado en otras campañas, desde pequeña había realizado publicidad de juguetes y de ropa para niños. Frente a esa situación, pensó que debía exigirse para estar a la altura de su compañera. Él era un auténtico novato en ese ambiente y además seguía dudando si realmente le interesaba.

Sofía le recomendó que se pusiera frente al espejo y que practicara diferentes expresiones en su rostro; en la próxima sesión se harían las

tomas preliminares.

¡Está de la cabeza! –Pensó- ¿cómo voy a hacer esas boludeces?

Salió de la agencia un poco confundido pero dispuesto a seguir adelante.

Como llegó temprano, entró al taller de la abuela.

-¡Hola, abue! ¿Cómo estás? –le dijo, mientras la besaba.

-Aquí, como siempre... pintando. ¡Hoy estoy inspirada! –exclamó, señalando la tela que tenía frente a ella.

-¡Qué lindo! –dijo con entusiasmo, sin prestarle atención al cuadro. El tema de la pintura no le interesaba para nada. En ese momento pretendía quedar bien y tratar de ser agradable.

-La otra noche, dijiste que realmente te gustaba ese trabajo – le dijo ella.

-Sí, ¿y qué? –le respondió, comprendiendo a dónde le llevaba la conversación.

-Me habías dicho que no estabas convencido y que lo habías hecho por la chica –le aclaró ella.

-Bueno, abuela... ¡es lo mismo! –contestó inquieto; era un tema que no quería tocar-. Además, no tengo por qué contarles todo.

-Es importante que tengas los motivos claros –le dijo la abuela en tono calmo pero firme-. Podrás engañar a los demás pero no podrás engañarte.

-¡Yo no engaño! –protestó-. En la agencia dicen que tengo talento y que lo voy a hacer muy bien, ¿por qué te vas a preocupar?... el sueldo es alto y a lo mejor tengo que viajar... ¡Hasta me regalaron ropa! -terminó con seguridad.

-¡Ese no es el problema! – le contestó ella con fuerza-. Yo fui la primera que dijo que te iban a elegir.

-Entonces... ¿cuál es el problema? –preguntó, sin comprenderla.

-No, Nicolás... no hay problema... -respondió con resignación-. Vamos a comer.

Mientras se cambiaba en su habitación, recordó lo que había visto y escuchado en la agencia; su compañera de trabajo tendría más experiencia que él y por lo tanto debía esforzarse. Subió la música para

darse ánimo y se paró frente al espejo. Se miró de frente, de un costado y del otro costado. Sacudió la cabeza y se acomodó el pelo mientras caminaba por su cuarto; se recostó sobre la cama, rodeado de los almohadones, y trató de imitar las poses de las películas.

-Bueno, habrá que irse acostumbrando –dijo para sí mismo. Bajó un poco el volumen del equipo y tomó el celular para llamar a Lucía. Era la primera vez que la llamaba tan tarde, pero se encontraba entusiasmado. No sólo su abuela estaba inspirada esa noche.

Estuvieron charlando como una hora. Él le contaba sobre las películas que había visto y ella le pedía más detalles para hacerlo hablar porque le gustaba escuchar su voz cariñosa y suave. Lucía exageraba sus historias de niña desamparada mientras Nicolás, escuchándola en silencio, sentía la necesidad de protegerla. Como el día siguiente era viernes, podrían salir a algún lado. La invitó a ir al cine.

Cuando dejó de hablar, se creía un ganador total. Se colocó los auriculares y comenzó a cantar con todas sus fuerzas, imaginándose en el centro de un recital. Al cabo de un rato, apareció su padre en pijamas para pedirle que se callara. Sus gritos eran insoportables.

Lucía se quedó mirando y acariciando la fotografía del fondo de pantalla. Imaginaba que sus brazos la rodeaban y la besaba con pasión. Le dio cierta lástima por su inocencia, pero inmediatamente hizo desaparecer ese sentimiento; el viernes por la noche sería el momento ideal. Se fue a dormir sonriendo satisfecha, arropada en su imaginación.

-¿Así que la llamaste? –le preguntó Sebastián. Estaban en el recreo y como era viernes el entusiasmo era generalizado. El cansancio de la semana fomentaba la creatividad a la hora de planear la diversión.

-¿Qué te dijo la mina? –preguntó, al mismo tiempo Ignacio.

-Nada... quedamos en ir al cine esta noche –contestó Nicolás.

-¡No te la vayas a comer en la oscuridad...eh! –exclamó Ignacio con picardía, mientras se imaginaba lo que haría él en esa situación.

-No seas pelotudo –le contestó riéndose-. Yo no necesito la excusa del cine.

-Allá está Lucía sola –le dijo Sebastián-. Andá que te está taladrando con los ojos.

El timbre de entrada a clase ya había sonado. Se acercó y le dijo simplemente que iría por su casa a las nueve. Ella estuvo de acuerdo.

Entraron juntos al salón de clases seguidos de los demás compañeros.

-¡No le podemos hacer esto! –exclamó Sebastián, indignado.

-Sí, dale, está bueno –le presionó Ignacio-. No tenemos nada que hacer. Nos sentamos atrás y no nos verá.

-¿Y por qué tengo que acompañarte? –le preguntó para tener algún motivo.

-¡Mirá, Seba!, a Nico hay que ayudarlo. Se está volviendo un aparato –le explicó-. Lo miramos, y después, le damos los consejos que el pibe necesita.

-¿Y vos te crees un loco experto? –le dijo con ironía.

-¿Me acompañás o no? –le preguntó para presionarlo.

-Sí, dale –contestó Sebastián-. Pero espero que no se caliente.

Espiar a Nicolás en el cine, le resultaba una idea ridícula pero se dejó convencer por Ignacio, porque comprendía que su amigo no lo hacía por maldad, aunque sabía de sobra que tampoco era un experto. Estaba convencido de que Nicolás no necesitaba ningún consejo. En realidad, admiraba su personalidad. Era leal, divertido, sencillo y no le gustaba llamar la atención. Se daba cuenta perfectamente que las chicas lo miraban pero no era vanidoso. Aunque algunos pensarán que era ingenuo o aburrido, tenía una manera de ser propia. Era un amigo con contenido. Lo más valioso de Nicolás no se apreciaba con los ojos.

Lucía llevaba dos horas arreglándose y peinándose cuando Nicolás llegó a recogerla. Había estado pensando cómo saludar a los padres de ella; quizás fueran unas personas estrictas que querían conocerlo pero no hizo falta. Apenas tocó el timbre del portón, ella salió con una cautivante sonrisa; estaba muy bonita y le brillaban los ojos. Nicolás se sintió aliviado, ella correspondía a sus sentimientos y eso le daba confianza. Se había puesto la camiseta que le habían regalado en la agencia. La tomó de la mano y fueron caminando despacio hacia las salas de cine del centro comercial.

Dejó que ella eligiera la película mientras fue a comprar las entradas. Volvió con dos paquetes enormes de maíz acaramelado; le entregó uno y se ubicaron en la cola para ingresar en la sala.

Ignacio y Sebastián los vieron de lejos.

El flaco está aprendiendo –pensó Nacho al verlo vestido con la camiseta.

Cuando entraron en la sala se sentaron en la fila de atrás.

La película trataba sobre una historia de guerra de una mujer abandonada que debió sortear muchos obstáculos para salir adelante en la vida. Sebastián estaba aburrido pero Ignacio permanecía atento a los de adelante.

Nicolás se concentró en la película y en el contenido del paquete. Ella estaba atenta a los movimientos de las manos que iban solamente del balde a la boca. En las escenas de mayor dramatismo, ella recostaba estratégicamente su cabeza en el hombro de él. Cuando terminó su maíz acaramelado, le pidió el de ella que apenas lo había probado.

Ignacio aprobaba el comportamiento de su amigo.

-El loco lo está haciendo bien, aunque va muy despacio- le había dicho a Sebastián, que a esas alturas, había salido a comprar más comida para soportar la película. Cuando terminó, se levantaron rápidamente para que su amigo no los viera.

Al prenderse las luces de la sala, Lucía reconoció a Inés y a una compañera del colegio anterior que estaban a unos metros adelante. Sus ojos se agrandaron por la sorpresa inesperada.

-¿Qué está haciendo esa gorda, acá? –dijo furiosa sin que nadie la pudiera escuchar. Una alarma de peligro se disparó en su mente y su piel se puso pálida. Nicolás la miró y le preguntó si estaba emocionada por el final de la película.

-Sí, perdoname, esta película me trae recuerdos personales –contestó con tristeza, mirando para otro lado.

Mientras salían, Inés la reconoció y la siguió con la mirada. En el hall del cine, se dio cuenta de que el chico que estaba con ella era el de la foto.

¡La agarré justito! –pensó, inmediatamente. Comprendió que ese era el momento para actuar. Se acercó a su antigua compañera y le dijo:

-Hola Lucía... ¡qué sorpresa!

Lucía había quedado helada cuando escuchó su voz y no supo qué responder. Aunque estaba inquieta y rabiosa, la saludó con un beso como si fueran íntimas amigas.

Nicolás les preguntó:

-¿Y ustedes, de dónde se conocen?

Lucía le explicó que habían sido compañeras de clase. Con cierto desinterés, les presentó a Inés y a la otra chica.

Su amiga le preguntó, haciéndose la ingenua, si él era su novio pero antes de que ella respondiera, Nicolás aclaró:

-No... somos compañeros de clase. Esta es la primera vez que salimos juntos.

Inés la miró con cara inocente, y exclamó:

-¡Ah!... O sea que es la primera vez...

Lucía la miraba como para estrangularla, aunque no podía decir nada, esbozó una sonrisa y para liquidar el asunto dijo rápidamente:

-Estoy encantada de haberte encontrado. ¡Hace tanto tiempo que no nos veíamos! Le tomó con fuerza la mano a Nicolás y se despidió diciendo:

-Nosotros nos vamos, chau.

Él, ausente de lo que escondía ese encuentro de antiguas amigas, sonreía satisfecho. Al recorrer el hall con la vista, reconoció a Ignacio y Sebastián que estaban en un rincón disimulando. Se cruzaron las miradas y les hizo un gesto para que se acercaran.

-¡Mirá!... allí están mis amigos –dijo, con entusiasmo.

Ellos se acercaron como si fuera un encuentro casual. Mientras hacía las presentaciones, se le ocurrió una idea genial:

-¿Y si vamos todos a una pizzería? –le preguntó a Lucía.

Inés fue la primera en aceptar esa brillante idea. Ignacio –para no ser menos- dijo que justamente ellos iban a la pizzería y que ahora, resultaría más divertido. Aunque Lucía hacía gestos de desagrado, él no lo advirtió.

Sebastián caminaba junto a Inés; Nacho se puso a hablar con la otra chica, como si fueran amigos de toda la vida y Lucía iba atrás con Nicolás que, a estas alturas, se habían soltado de las manos.

Una vez sentados alrededor de una mesa, Ignacio como siempre, trataba de llamar la atención contando sus logros en el deporte y sus aventuras en el colegio. Inés comenzó a darle noticias a su ex compañera de sus

antiguas amistades.

Estuvo dando detalles de varios chicos que habían salido con Lucía. Sin pretender disimular, contó las aventuras de su compañera como quien recuerda cosas pasadas. Aunque Lucía trataba de cambiar de tema, ella insistía con las historias vividas en el anterior colegio.

Sebastián escuchaba con interés. Comprendió inmediatamente el ambiente donde se había movido esa nueva compañera. No era una tímida y frágil niña. Por lo que contaba su amiga –pensó– era todo lo contrario. Se dio cuenta de que había algo escondido y debía averiguarlo.

A Nicolás le molestó los cuentos de esa chica. Le parecía la típica charlatana acostumbrada a reírse de los demás. Con la intención de quedar bien con Lucía, comenzó a hablar de la agencia y del modelaje.

-Ven esta camiseta –les dijo con orgullo-. Me la regaló la coach. Es una fenómeno que sabe una barbaridad.

-Pero vos dijiste que no te gustaba –le dijo Sebastián asombrado por los comentarios de su amigo.

-Sí y qué... tengo derecho a cambiar –le contestó burlándose-. ¡Vos porque no sos modelo!

Lucía lo apoyaba hablando del casting y de la ropa. Intentaba seguir con ese tema y que se olvidaran de su amiga. Sebastián la miraba en silencio, totalmente convencido de la falsedad de sus palabras.

Inés comprendió la estrategia de su ex compañera. Aprovechó una pausa en la conversación y siguió contando anécdotas de todo tipo.

Ignacio la interrumpió para contar sus aventuras e Inés dejó de hablar.

Por suerte –pensó Lucía– el imbécil de Ignacio se puso a decir boludeces y la trola de Inés tuvo que callarse la boca.

Cuando Sebastián sugirió que podían seguir saliendo juntos, Inés estuvo de acuerdo. La otra chica no dejaba de sonreírle a Ignacio y Nicolás opinó que era una idea muy buena.

Inés se sintió satisfecha de su actuación. Por esa noche, ya había contado suficientes «recuerdos agradables» de antiguos amigos. Estaba feliz por haber transmitido el mensaje. Si no se daban cuenta, eran unos ingenuos y no valía la pena seguir adelante. Se despidió alegremente de todos y se fue acompañada de su amiga.

Lucía y Nicolás se fueron solos. La rabia de ella se reflejaba en sus ojos.

-No sabía que hubieras tenido tantos amigos –le dijo él, tranquilamente.

-Esa es una mina exagerada –contestó enojada.

-¿Por qué te ponés así? Tu amiga se ríe de todos... –exclamó sin comprender el motivo de su disgusto.

-Tengo miedo de que te hagas una falsa idea de mí –le respondió, en tono sumiso y cariñoso, mirándolo directamente a los ojos.

Él le explicó que, unos años atrás, tampoco se había comportado bien. Había pretendido disfrutar al máximo, sin importarle las consecuencias. Quizás por su inmadurez pudo haber lastimado a alguna chica. Cuando uno tiene catorce años cree que se lleva al mundo por delante, pero ahora, pensaba diferente. Esa experiencia le había servido para tomarse las cosas con más calma.

Lucía sintió estremecerse, sus palabras golpearon su corazón. Por un momento, recordó su vida pasada y pensó que podía cambiar, pero descartó inmediatamente esos pensamientos ingenuos. Poniendo cara de interés, le dijo despacio:

-¡Cuánto me gusta tu forma de ser! Te comprendo perfectamente-. Le tomó sus manos y lo atrajo hacia ella.

-Las cosas serias deben esperar –se escuchó decir con desilusión.

Habían llegado a la casa. Él le agradeció el rato que estuvieron juntos; le dio un tímido beso en la mejilla y se fue. No pudo oír el portazo. No presenció la rabieta de ella en su cuarto, ni escuchó los insultos que gritaba.

Para desahogarse, le envió un SMS a Inés:

Sos una tremenda trola y todavía te hacés la boluda! Me las vas a pagar...

Al minuto, recibió la respuesta:

No te vayas a olvidar de que además de ser un flaco lindo, Nicolás es bueno.

Cuando leyó el mensaje ya estaba planeando un nuevo intento para que cayera en sus brazos.

## **Despertando sensaciones**

SMS de Sofía: te espero en la agencia a las 6.00 p.m. Besoo :)

Aunque escuchó el mensaje, no lo leyó hasta terminar la rutina. Se duchó rápidamente y corrió en la bicicleta para llegar puntual.

El trabajo de ese día sería diferente; lo llevaron a la sala donde estaban los estantes de ropa y le entregaron prendas de la nueva colección. Buscó el armario y pudo refugiarse detrás de la puerta. La coach le hizo un comentario sobre su cuerpo, pero Nicolás lo tomó como la típica tontería de ella.

Luego se dirigieron directamente al estudio. En el set habían montado distintos ambientes. El equipo técnico estaba dando los retoques de último momento. La jefa, sentada en una butaca con papeles en la mano, daba órdenes con voz enérgica. Cuando vio a Nicolás dijo casi gritando:

-Rápido, preparen a ese chico... no podemos perder más tiempo.

Inmediatamente, varios asistentes y maquilladoras lo rodearon. Mientras lo arreglaban para las fotografías, le hacían comentarios sobre su figura. Le resultaba algo totalmente absurdo; se sentía molesto y enojado.

Tuvo que caminar, pararse, acostarse y volver a caminar. Al mismo tiempo, debía escuchar las órdenes de la jefa, los reclamos de los fotógrafos y las indicaciones de Sofía. La música ambiental era fuerte y se oían gritos de entusiasmo y risas de los asistentes. Mientras tanto, las cámaras no paraban de disparar.

Lo hicieron cambiarse muchas veces de ropa: camisas, jeans, camisetas, pantalones, zapatos. Como estaban apurados, debía desvestirse allí mismo. No tuvo más remedio que irse a un discreto rincón porque no encontró nada para ocultarse.

Al empezar la sesión, estaba algo cohibido, pero poco a poco fue tomando confianza. Dejaba, ahora, que le arreglaran la ropa y que le cambiaran de peinado sin mucha preocupación. La jefa y las asistentes le sonreían; los fotógrafos lo alentaban y Sofía aplaudía al compás de la música.

Comenzó a disfrutar esa sensación de triunfo; su mirada y su sonrisa se volvieron naturales y transparentes. Asumió, sin esfuerzo, el papel que debía representar y lo estaba haciendo mejor que ninguno.

Luego comenzaron las fotos en traje de baño. Lo llevaron a una plataforma del estudio preparada como si fuera una isla caribeña. Las maquilladoras le arreglaron el pelo y le colocaron un producto en el cuerpo para darle brillo. Nicolás se miró en un espejo y recordó algunas revistas

que había mirado pero en este caso su apariencia le gustó.

Cuando terminaron las tomas, se sentía agotado por la tensión. Los fotógrafos y los asistentes lo felicitaron. Alguien hizo un comentario salido de tono sobre su figura bien formada pero no llegó a escucharlo.

La jefa y la coach lo acompañaron a la cafetería. La jefa estaba de buen ánimo; ese chico tenía talento y su imagen iba a lograr que se aprobara la campaña y aumentara su prestigio. Ese era su objetivo –pensó-, y lo estaba logrando rápido.

-Seguí así, lo estás haciendo muy bien –le dijo Sofía-. Creo que tenemos un modelo profesional entre nosotros.

Como era tarde, le mandó un SMS avisándole a su madre que estaba en la agencia

Recorrió con la mirada a las personas que estaban en la cantina. Iban a ser, a partir de ahora, compañeros de trabajo. Algunos estaban vestidos de manera estrafalaria y otros discutían de cuestiones de modas. Como no le interesaba ni sabía qué decir, se sentó cómodamente con un vaso enorme de refresco y aprovechó para servirse algo de comer. Nunca antes había escuchado tantos elogios juntos. Estaba convencido de que lo apreciaban de verdad.

La jefa le explicó que dentro de un rato, iban a seleccionar las mejores fotografías y se marchó con un café en la mano, sonriendo satisfecha.

Cuando terminó de comer el último sandwich de la bandeja, se fue con Sofía a la sala de la ropa. Recogió su bolso y cuando se estaba yendo, la coach lo llamó:

-¡Son de la nueva colección!

Le regaló unas camisas, unos jeans y una campera espectaculares. Él le agradeció y los guardó con cuidado en su bolso. Cuando pasó frente al espejo, le gustó como las asistentes le habían dejado su pelo.

Mientras tanto, la jefa estaba frente a una computadora rodeada de fotógrafos y creativos, seleccionando las mejores imágenes.

Los fotógrafos hacían comentarios técnicos sobre las tomas y ella buscaba el mensaje escondido en cada foto. Como experta en publicidad, conocía la importancia del mensaje que debía transmitir. Nicolás era un medio de comunicación y para su alegría, lo estaba logrando. No podía perder de vista su objetivo: conseguir una figura joven, atractiva, sensual y llena de

energía.

Se molestó cuando escuchó sonar el teléfono, pero al fijarse quien la llamaba, lo atendió enseguida.

El ejecutivo de cuenta no la dejó decir nada. A gritos le pedía resultados y le exigía que cumpliera con los plazos. Le preguntó si había conseguido a algún modelo y la presionó con el tema del cliente.

La jefa dejó que se despachara y con absoluta seguridad le contestó que tenía todo bajo control. El éxito de la campaña estaba asegurado.

-Te pedí que me dejaras tranquila –le contestó, molesta-. Ya encontré lo que buscaba. Dame unos días y verás unos resultados increíbles.

El responsable del cliente se tranquilizó; quiso conocer más detalles, pero ella le pidió simplemente que confiara. Sin decir nada más, le colgó.

Luego la jefa, muy segura de sí misma, dio la orden para que ampliaran las imágenes seleccionadas. Indicó que se imprimieran en tamaño grande y que las quería prontas en veinticuatro horas.

Cuando Nicolás se levantó, vio la ropa tirada por todo el suelo de su habitación. Se acordó de que se la había probado la noche anterior.

Era la primera vez en su vida que pensaba cómo iba a ir vestido al colegio. Siempre se ponía lo primero que encontraba, pero ahora sin comprender el motivo de su conducta, eligió la ropa que le habían regalado en la agencia.

Se puso unos jeans oscuros de una tela especial, una camisa a rayas blancas y azules y una campera de cuero negro con algunos adornos metálicos. Aunque hacía mucho calor, estaba contento con su decisión.

Al llegar al colegio le interesó que un grupo de chicas lo saludara. Caminó hacia ellas recordando los consejos de la agencia y con total naturalidad, saludó a cada una con un amistoso beso. Escuchó sus comentarios pero no se dio vuelta ni intentó responderles. Sonriendo satisfecho, se fue para el salón de clases.

En el recreo, se acercó a Lucía, que lo estaba esperando. Desde que habían ido al cine, chateaban casi todas las noches. Él le hablaba de la agencia y de su futuro y ella seguía contando historias imaginarias de su pobre vida.

Lucía se dio cuenta del cambio que se iba dando en Nicolás. Sus insinuaciones estaban haciendo efecto. Mientras pasaba suavemente la mano por su cuello, le elogió como estaba vestido. Él, en un arranque de

audacia, la invitó a bailar.

-¿Cuándo? -le preguntó ella.

-El viernes por la noche -le respondió-. Yo consigo las entradas... ¿querés?

Ella le dijo inmediatamente que sí, pero que no dijera nada a sus amigos; sería un secreto entre ellos. Él pensó que sería imposible, pero si ella lo prefería así, mejor hacerle caso. Las chicas tienen sus razones.

-Bueno, si vos querés, dale -le dijo él, tratando de encontrar un motivo.

-Sí -le contestó rápidamente-. Prefiero que no digas nada-. Y se fue a tomar un yogur.

Nicolás caminó en busca de sus amigos.

-¡Mirá, aquí llega el modelito! -exclamó Ignacio.

-¿Qué te pasa, a vos? -le contestó, enojado-. ¿Por qué sos tan idiota?

-Es que estás vestido diferente -le aclaró Sebastián, tratando de justificarlo.

-¡Tengo derecho a ponérmela! -dijo alzando la voz y se dio cuenta de que había explotado sin sentido. Para disculparse, les dijo:

-Si les gusta, se las presto y ya era.

-¡No te calentés!, Sos el mismo loco de siempre. -le dijo su amigo. Y empezó a decirle lo buena que estaba la ropa y la facha que tenía.

¿Y ustedes en qué andan? -les preguntó con voz normal.

-Como siempre... mirando a las flacas -respondió Ignacio con aire aburrido-. No se me ocurre nada.

-Y vos, ¿qué vas a hacer? -le preguntó Sebastián que sospechaba algo. Lo había visto conversar desde lejos con Lucía, y por la actitud de ella, se imaginaba que traía algo entre manos.

-Yo tampoco sé qué hacer... hoy es miércoles -respondió con desinterés, pero se dio cuenta de que por primera vez en su vida, había mentado a sus amigos. Se molestó consigo mismo, se molestó con la ropa que llevaba puesta. En un arranque de rabia, se sacó la campera y exclamó:

-¡Esta mierda será de marca, pero te morís de calor! Y la tiró sobre un banco del recreo.

-Sí, boludo... hoy es un día para andar en camiseta –le contestó Ignacio, recogiendo la campera para probársela.

Esa tarde, Nicolás pasó por la agencia; quería saber cómo se veía en las fotografías. La mirada de la recepcionista era francamente provocativa. Preguntó por Sofía pero en ese momento no estaba. La chica de la recepción, para halagarlo, le sugirió que fuera al estudio.

Cuando abrió el salón, lo encontró iluminado. En las paredes estaban colocados unos paneles enormes con el logo de la marca, junto a grandes fotografías. Eran las imágenes seleccionadas y ampliadas. Apenas se reconoció; aparecía vestido de una manera que no recordaba. El amarillo de su pelo y el azul de sus ojos resaltaban en todas las fotografías; su cuerpo brillante parecía realmente que estuviera en una isla tropical; su figura transmitía una energía y una felicidad como nunca antes había sentido y su mirada era desafiante y sensual.

La jefa, que entraba en ese momento, le dijo exultante:

-Creo que lo hemos logrado. Esta campaña va a tener mucho éxito.

Se acercó hacia él y le dijo en tono de confianza:

- Tenés el don de transmitir sensaciones especiales...

Nicolás le sonrió, pero se quedó pensando. Los afiches lo habían impactado y los halagos de la jefa comenzaban a gustarle. Si ella lo decía, debería ser verdad; era una profesional con mucha experiencia. En la agencia le daban importancia a su imagen y le mostraban sus beneficios.

Quizás, ya era hora de dejarse de preocupar por temas serios y aceptar la realidad. Su figura vendía, su imagen cautivaba; no podía dejar pasar esa oportunidad que la naturaleza le había brindado.

Posiblemente, el mundo fuera así. Esa mujer sabía cómo aprovechar esas cualidades y hacerlo famoso. Él tenía el don y habría que utilizarlo.

Pero, aunque todo eso lo atraía, tenía tremendas dudas. Sería un cambio radical en su forma de pensar y no estaba seguro de querer hacerlo. Se enfrentaban dos mundos opuestos y tenía miedo de equivocarse. Decidió seguir adelante, pero observando con atención. Trataría de no dejarse influenciar por los elogios y las sonrisas. Quería ser libre y no ser manipulado. Comprendía que iba a ser difícil pero así podía darle el gusto

a Lucía.

Desde la ventana de su habitación, vio que su abuela estaba pintando en el taller. Todavía giraban en su cabeza los afiches del estudio y el ambiente de la agencia. Había descubierto un mundo nuevo que lo atraía, pero necesitaba al mismo tiempo, escuchar a su abuela.

La abuela lo vio entrar vestido diferente; notó que su pelo brillaba y su mirada reflejaba inquietud y tensión. Lo saludó como siempre y siguió pintando.

-Mirá las fotos que traje –le dijo con sencillez mientras las extendía.

La jefa le había regalado algunas copias de gran tamaño, pidiéndole que las guardara hasta que se aprobara la campaña.

-¡Qué ropa más linda! –Exclamó, mirando las fotos-. Se nota que son excelentes creativos.

-Sí, son muy profesionales –contestó él, con cierta desilusión-. Pero yo... ¿cómo me veo? –preguntó con ansiedad.

Dijo que lo veía como siempre. Las fotos transmitían un mensaje pero no podía confundirse; él era mucho más que eso.

-En la agencia me dijeron que tenía futuro –le dijo, mientras enrollaba los afiches.

-Por supuesto, podrán vender mucha ropa –respondió ella con seguridad.

-¿Y esto te parece mal? –le preguntó, humildemente.

-¡Cómo me va a parecer mal que mi nieto triunfe! –exclamó-. Sería una vieja egoísta si pensara lo contrario.

Aprovechó a sentarse en el sillón. Su nieto, en ese momento, necesitaba conversar y debía ayudarlo para que comprendiera algunas cosas. Le aclaró que no podía confundir una fotografía con la realidad. Esos afiches tenían una finalidad determinada pero no era la misma que su vida personal. La imagen de su cuerpo y los efectos especiales hacían despertar emociones y sentimientos.

-¿Algo parecido a los cuadros? –preguntó, tratando de entenderla.

-Sí, pero con algunas diferencias –le aclaró ella-. En una pintura, el diseño y los colores despiertan la imaginación y cuando se contempla despacio, se descubre su sentido. La belleza se insinúa y para apreciarla realmente, se necesita tener sensibilidad estética. En cambio, en la publicidad, el

mensaje es más directo; el impacto es mayor y el objetivo está más claro.

-En la agencia me dijeron que yo despertaba sensaciones especiales –dijo él, para tratar de conocer la opinión de ella.

-Claro que sí –contestó- pero ayudado por los efectos técnicos. Pero vuelvo a repetirte, nieto querido, esas son fotos y vos sos mucho más. Tu mundo interior es más valioso y sólo lo apreciamos las personas que te queremos.

Ella siguió hablando con convicción.

-Hay personas que no pueden descubrir el sentido profundo de una obra maestra. Lamentablemente, no pueden ver lo más hermoso de la vida. Viven en un ambiente tan superficial que son incapaces de descubrir el lado valioso de la vida.

La abuela temía que se enredara en ese nuevo ambiente.

-El día que pierdas el interés por tus valores personales, serás incapaz de ver las bellezas de la vida. Comenzarás a ver sólo formas sueltas, manchas de colores y despreciarás todo lo demás porque no le encontrarás sentido.

La abuela se desahogó a gusto. Nicolás necesitaba que le dijeran palabras firmes y claras. Su nieto era una joya, pero le estaba dando demasiada importancia al estuche.

Señalando una pintura, le preguntó:

-¿Qué ves en ese cuadro?

-Bueno, yo que sé... me parece que es de tarde, el mar está sereno porque no hay viento, parece que está tranquilo –le respondió, tímidamente.

-¡Excelente! –exclamó ella-. El día que no puedas descubrir el atardecer, será el momento de acordarte de tu abuela.

Lo tomó del brazo y con cariño le acomodó el pelo como acostumbraba a usarlo. Se fueron juntos para el comedor. La comida estaba pronta.

Se daba cuenta que la abuela tenía razón pero no lo quería reconocer. Ella hablaba como si el mundo se redujera a la pintura. Le venían ganas de enojarse, pero no podía; la quería demasiado. Él tenía sus convicciones, aunque también tenía talentos como se lo había demostrado la jefa de la

campana.

Miró despacio las grandes fotos extendidas sobre su cama. Eligió la que aparecía en la isla del Caribe y la pegó en la parte de atrás de la puerta de su armario. Guardó con cuidado la ropa que le regalaron y se durmió pensando en Lucía.

Inés no volvió a hablar con Lucía desde su encuentro en el cine. Aunque deseaba ayudarla, sabía que no era una tarea fácil. Había quedado furiosa.

Si volviera a ser la de antes... -pensaba- ¡Qué lindo sería!

En ese momento se acordó de Sebastián. Desde que le había pasado su número en la pizzería, la llamaba con frecuencia y conversaban de sus cosas.

Le resultaba tranquilo y equilibrado. Aunque, era de pocas palabras, tenía una gran intuición. Por algunas preguntas que le había hecho, se notaba el propósito de averiguar datos sobre Lucía. Como no quería quedar en evidencia, nunca la mencionó directamente, pero ella se daba cuenta de su interés. Le caía bien y se sentía cómoda charlando con él. Le contaba sobre sus aventuras pasadas con sinceridad, sin engañarlo. Él le demostraba comprensión y ella se sentía apoyada. Era un chico honesto y sencillo. Muchas veces se preguntaba por qué no lo había conocido antes.

Recibió un SMS de Sebastián: ¿quieres ir a tomar un helado?

Ella le contestó: ¿por qué?

porque hace calor!!! -le respondió.

jajaja, vamos, a qué hora? escribió ella.

A las 6, escribió Sebastián.

Bueno, dale. Fue la respuesta de Inés.

La estuvo esperando hasta que apareció en la bicicleta. Compraron los helados y se sentaron en una mesa de la terraza, protegidos bajo una gran sombrilla.

Como siempre, fue directo y quiso dejar clara su amistad con Nicolás; se conocían desde niños; gran parte de su vida la habían pasado juntos, compartiendo aventuras. Lo consideraba uno de sus amigos más valiosos. Le contó sobre el casting en la agencia y como todo había comenzado por un simple mail de Lucía. Al principio, él lo había ayudado. Le habló de las

fotografías y de lo demás pero ahora estaba preocupado por su amigo.

Inés quería averiguar a fondo las intenciones de Sebastián, por eso, le dijo que Nicolás era ideal para ese trabajo. Ella conocía a ese tipo de chicos superficiales que sólo les interesa su aspecto exterior y que se aprovechan para divertirse a costa de los demás.

-Sé que no sos un vende humo pero a mí me parece que tu amigo es el típico flaco fachero -le terminó diciendo.

-O sea, te entiendo a qué tipo de loco te referís. ¡Pero Nico, no es así...!  
-le aclaró tratando de disculparla-. Realmente no lo conocés.

Como se sintió en la obligación de defenderlo y ser honesto, comenzó a contarle detalles de su vida.

Historias de amigos leales y sinceros que se ayudan mutuamente. Le aclaró que a su amigo, personalmente, no le interesaba el casting. Era obvio que había salido con muchas. Le describió la situación con realismo y afecto.

Inés valoró su franqueza y su madurez. Ojala ella tuviera una amiga así. Dándose cuenta de su buena voluntad, le preguntó:

-Y entonces, ¿qué te preocupa?

-El problema es Lucía -dijo sinceramente, arrugando las servilletas de papel-. Me parece que es la típica trola que todos conocemos pero Nico está tan enganchado que no lo quiere reconocer.

Le dijo que no era tan ingenuo como para no darse cuenta de que escondía algo. Pretendía transmitir una imagen que no era verdadera.

-Para mí que está buscando otra cosa -le confió.

-¿Y si te dijera que no estás equivocado? - le preguntó ella, midiendo cada palabra-. ¿Qué harías?

-No sé -respondió, pensativo-. Lo ayudaría... trataría de que comprendiera, aunque en realidad lo mejor sería hacerme el boludo y no meterme en donde no me llaman.

A Inés le agradaba la forma como se expresaba. Su buena voluntad se reflejaba en el interés por ayudar a su amigo. No era un chico envidioso ni mal pensado; era noble como el amigo que trataba de proteger.

Aunque ella seguía queriendo a Lucía, reconocía que su amistad se había perdido en la distancia y no podía solucionar nada. Sin embargo, todavía

estaba a tiempo de ayudar a Nicolás y a este chico bueno y honrado.

-Mirá Seba, no son cosas de tu imaginación –le aclaró con certeza-. Yo conozco a la verdadera Lucía y no voy a permitir que tu amigo salga lastimado.

Le describió cuánto había sufrido su amiga por haberse enamorado de un cretino y como eso le había hecho cambiar de actitud. Sin rencor y sin rabia, le fue explicando cómo se comportaba con los chicos que salía.

Le dijo también que Lucía había mandado algunas fotos de su amigo, a ella y a un grupo de compañeras. En la pizzería, había tratado de que se dieran cuenta. Quiso advertirle a ella que no podía seguir así.

-Por eso me puse a hablar y conté las historias de “sus amigos”.

Sebastián, como pensando para sí mismo, dijo:

-Quizás él, la ayude a cambiar.

-No seas ingenuo –le dijo ella-. Lamentablemente, se volvió manipuladora. Nicolás será el siguiente de la lista.

-Si ella fuera como vos... -le dijo mirándola a los ojos-. Las cosas serían muy distintas...

-No te creas que soy muy diferente... Bajó la mirada y se quedó callada.

Sebastián le tomó de la mano como para darle ánimo y se quedó esperando en silencio mientras le acomodaba el pelo que le cubría la cara.

Inés comenzó a hablar de su pasado sin pretender ocultarle nada. Sintió la necesidad de desahogarse y ser transparente.

Había pasado por una etapa de rebeldía y se molestaba cuando sus padres le exigían horarios y querían averiguar a dónde iba. Pretendía sentirse libre y parecer mayor. No le prestaba atención al estudio y solamente deseaba divertirse a cualquier precio. Le gustaba salir con cualquiera y no le importaba lo que pensarán de ella. Se había juntado con un grupo de amigas que le festejaban todas sus aventuras y le seguían en sus tonterías. Terminaba mintiendo siempre y cada vez se enroscaba más.

-Me acostumbré a tomar demasiado –le confesó apenada- y después no sabía lo que hacía.

Comprendía que debía terminar con esas estupideces de niña rebelde pero la presión de los demás era muy fuerte y no sabía cómo salir de ese

embrollo.

-¡Quería tener la personalidad de Lucía, pero no tenía fuerzas para cambiar!-dijo entre lágrimas.

Le contó que su amiga la había hecho recapacitar. Un día que había mentido en algo importante, ella se lo reprochó con valentía y cariño. Le hizo darse cuenta que se estaba haciendo daño a sí misma y que con esos engaños iba a terminar mal; que se merecía algo mejor en la vida; que lo pensara y que ella iba a estar a su lado para ayudarla.

-Después de llorar un rato juntas nos dijimos toda la verdad –le aclaró-. A partir de ese día fui cambiando; incluso me ayudó a estudiar.

Él la escuchaba con comprensión.

-A veces las cosas no son como las vemos –le dijo Inés como quien espera una respuesta.

Sebastián la miraba con afecto y con delicadeza le limpió una lágrima que corría por su cara.

-Gracias a Nicolás conocí al loco más bueno y leal que existe en el mundo... -sonrió Inés con alivio mirándolo directamente.

Sebastián, a pesar de ser intuitivo e inteligente, no era muy rápido para reaccionar. Seguía pensando todo lo que ella le había contado, impactado de su sinceridad.

Cuando comprendió sus últimas palabras, su mente hizo "clic" y abrió mucho los ojos. Tomó su cara entre sus manos y la besó con cariño.

Con una radiante sonrisa, entraron en la heladería tomados de la mano para comprar otros helados. Esta vez serían del mismo gusto.

## **La presentación**

Nicolás llamó a Sofía pidiéndole dos entradas para la fiesta de esa noche; había visto el anuncio en la cafetería pero no se acordaba de los detalles.

-Ah, ya empezamos con picardías –le contestó ella, riéndose-. ¿Quién es la afortunada?

No quiso darle ninguna información, era una entrometida que siempre pretendía saber todo. Simplemente le contestó:

-Es una flaca que conocí hace poco –le dijo-. Te doy el dinero cuando me

consigas las entradas.

-¡Será genial! –exclamó-. Yo también voy a ir al boliche... No te preocupes, te llamo dentro de un rato.

-Mandame un mensaje y las paso a recoger –contestó.

Durante la clase, recibió el SMS de Sofía: las tengo.

Con el celular escondido debajo de su pupitre, le contestó: ya voy. Gracias.

Al salir del colegio, apenas saludó a sus amigos. Se subió en su bicicleta y arrancó a toda velocidad. La coach lo estaba esperando; le entregó las entradas con cara de complicidad pero no le aceptó el dinero que le ofrecía.

Después, lo llevó a la sala con los estantes de ropa, y tomando un paquete que estaba preparado sobre una mesa, se lo entregó:

-Esto es lo que debés ponerte esta noche. Tendrás que tener un look espectacular, ¡será tu triunfo! y además... quiero que conquistes a esa chica.

Él le agradeció como siempre. Pensó que era un regalo más de los que había recibido. La saludó rápido para llegar a almorzar a su casa, pero cuando se estaba yendo, escuchó la voz de Sofía que le decía:

-Pero Nico... ¿no te das cuenta?

-¿Darme cuenta de qué? –le preguntó, confundido.

-¡La fiesta de esta noche! –exclamó divertida-. La jefa presentará su propuesta de campaña. Estarán todos los representantes de la marca; gente importante que vino del exterior. Además vamos a ir los que trabajamos en la agencia.

-Entonces... ¡estarán mis fotos! –exclamó sorprendido.

-Obvio querido –le contestó, para que se diera cuenta.

-¿Y yo qué tengo que hacer? –preguntó él.

-Bueno, nada especial... te llamarán en algún momento para presentarte y tendrás que saludar a mucha gente –respondió ella, con naturalidad. Le explicó que la jefa había dudado de que estuviera presente, pero como está convencida de que le aprobarán la campaña, le pareció una magnífica

idea que lo vean en vivo y en directo.

-¡A la flaca, no le va a gustar! –dijo contrariado.

-¡Cómo que no! –exclamó Sofía casi gritando-. Si es la chica que pienso, quedará encantada.

-Se va a sentir defraudada –dijo con pena.

Mientras pedaleaba preocupado vio a lo lejos al perro negro y lanudo que corría hacia él. Su humor no estaba como para divertirse con nadie. A pesar de los ladridos amistosos y de los saltos alrededor de la bicicleta, Nicolás no le prestó atención. Le gritó para que se fuera y siguió pensando en la fiesta. El animal, con cierta desilusión, se alejó dócilmente con la cola entre las patas.

Durante el almuerzo, comió poco y habló menos. Por suerte, la abuela estaba contando su última venta en la galería de arte.

Pensó llamar a Lucía para suspender el plan pero comprendió que era una salida cobarde. Guardó la ropa que le entregó Sofía y se preparó para ir al gimnasio. Mientras hacía ejercicio se olvidaba de lo que se le vendría encima. Escuchó el sonido de "mensaje recibido". Después de terminar con su rutina, miró su celular. Era Sebastián que le preguntaba si iba a estar en su casa. Aunque no quería más sorpresas por ese día, le dijo que sí. Siempre era bueno estar con su amigo.

Sebastián lo encontró comiendo sandwiches en la cocina. Tomó uno de la bandeja y se fueron juntos para el cuarto.

La puerta del armario estaba abierta y Sebastián vio el afiche en traje de baño.

-Y... ¿eso qué es? –le preguntó, sin darle mucha importancia.

Nicolás hubiera preferido ordenar su cuarto antes que llegara su amigo, pero ya era tarde. Tuvo que contarle sobre la sesión de fotos y le explicó sin darle mucha importancia que esa, era una de las seleccionadas.

-¡Está rebuena! –exclamó con sinceridad.

Ese comentario hizo que no se pusiera a la defensiva. Sebastián se dio cuenta de que su amigo estaba inquieto. Se quedó callado esperando que "largara el rollo".

Al cabo de unos interminables minutos de silencio, Nicolás empezó a hablar. Le dijo que había mentido cuando le preguntaron por el viernes. Había invitado a Lucía a bailar y ella le pidió que fuera un secreto entre

ellos. Una vez que soltó lo que más le preocupaba, siguió contándole todo lo demás: cómo había conseguido las entradas, la conversación con Sofía y la presentación de la campaña durante la fiesta. Le terminó diciendo que estaba en un grave problema, aunque él no lo había buscado.

-¿Y cuál es el problema, Nico? -le preguntó sin entenderlo realmente.

-¡Qué a Lucía no le va a gustar! -exclamó preocupado-. Es una flaca sensible... Pensará que yo la invité para hacerme ver.

-Me parece que quedará copada con esa fiesta -le respondió con convicción.

-¡Dejá de decir boludeces! - le dijo Nicolás, mirándolo serio.

Sebastián trató de medir sus palabras. Era la oportunidad para que abriera los ojos y no podía desperdiciarla.

Le recordó que ella le había mandado el anuncio del casting y que se acordara de las historias que había contado su amiga en la pizzería. Lucía no era una chica ingenua ni inocente, ella disfrutaba divirtiéndose con los demás, sin importarle nada. Era como las otras que ellos ya conocían.

No quiso escuchar las razones. Su corazón le decía que iba por buen camino. Ya no era un imbécil que se dejaba manejar por caprichos.

Para desahogarse le contestó:

-¡Me parece que te piraste!... No sabés lo que decís.

-Perdoname, Nico -le dijo su amigo con calma-. Ojala esté equivocado.

Nicolás comenzó a caminar molesto por su cuarto. Trataba de encontrarle sentido al comportamiento de Sebastián.

Lo miró fijamente a la cara y su amigo comprendió desilusionado que no valía la pena seguir hablando del tema.

Sin decir una palabra, Sebastián se fue entristecido para su casa.

La ropa que debía usar estaba hecha a su medida; era de excelente calidad, los colores combinaban perfectamente y el diseño era muy cuidado. Cada prenda resaltaba su cuerpo, dándole un touch atractivo y juvenil.

Cuando Lucía lo vio llegar, quedó sin palabras. Sus ojos azules y su cuerpo perfecto transmitían un magnetismo cautivante. Al acercarse a ella

para saludarla, su figura irradiaba un brillo especial.

En el recorrido hacia el boliche, Nicolás le contó con inquietud, sobre la presentación. Le dijo que se había enterado esa misma mañana, cuando fue a recoger las entradas. Si lo hubiera sabido antes habría cambiado de lugar.

-Pero, ¿por qué? –le preguntó, ella-. ¿No querés que vaya a esta fiesta?

-No, no, es que me imagino que no te va a gustar –le intentó de explicar-. Todo va a ser ridículo y te vas a sentir incómoda.

-Bueno, no sé, veremos... -respondió, ocultando una expresión de triunfo y satisfacción.

Cuando ingresaron en la discoteca, fueron recibidos por una recepcionista de la agencia. Aunque estaban invitadas muchas personas, se podía caminar sin chocarse con la gente.

El ambiente era distinguido y moderno. Estaba perfectamente decorado para la ocasión. Había tres sectores bien definidos. Hacia un lado, estaban colocados carteles enormes con el logo de la empresa, junto a paneles con las fotografías de la campaña publicitaria. Las altas paredes oscuras y opacas, la iluminación cálida y el tenue brillo de las imágenes, hacían resaltar la figura de Nicolás como si estuviera allí presente. A los pies de cada imagen, estaban dibujadas con cuidada caligrafía algunas palabras: ENÉRGICO, MAGNÉTICO, SALVAJE, ATRACTIVO, SENSUAL, DEPORTIVO, VITAL, etc.

En el sector central de la discoteca, se encontraba la pista de baile. En el otro extremo, estaban instaladas las mesas y sillas, junto a las barras de bebidas.

Lucía fue la primera en entrar. Se le iluminaron los ojos y se paró frente a los paneles. Miraba cada fotografía contemplándola con cuidado y calibrando los detalles mientras escuchaba a una mujer que, en ese momento, se dirigía a los presentes.

Nicolás, avergonzado por verse tan expuesto, se fue discretamente hacia un rincón para pasar desapercibido.

La jefa estaba detallando su propuesta publicitaria y explicando los objetivos de la agencia. Señalaba los paneles, describiendo el significado y el mensaje de cada uno. Cada imagen causaba un impacto diferente. Hablaba de impulsos y motivos, de moda y calidad; resaltaba las sensaciones que despertaban. En ningún momento nombró a Nicolás. Hacía referencia a él, como el modelo seleccionado; lo mostraba como el símbolo de la nueva colección; lo señalaba como el factor de atracción

comercial, y lo describía como el portador de emociones.

Comentó sentirse orgullosa por el trabajo realizado y agradeció a la empresa la confianza depositada en ella. Señaló que si se aprobaba su propuesta, en pocas semanas, se haría el lanzamiento oficial en la prensa y en los demás medios.

Sofía vio a Nicolás parado en un rincón. Se le acercó radiante y le dijo:

-Hoy es una noche para festejar. El triunfo de la campaña está asegurado y vos sos el rey de la fiesta.

Sin darle tiempo a reaccionar, lo tomó del brazo y lo condujo hacia adelante, haciéndole una seña a la jefa.

-Queridos amigos, para terminar –dijo con rostro sonriente- quiero que conozcan a nuestro modelo, quien será a partir de ahora, la nueva cara de la empresa.

Lo hicieron subir a la plataforma mientras las luces lo enfocaron. En ese momento, se escuchó una música fuerte y la gente comenzó a aplaudir y a gritar. Él sonreía y saludaba, porque entendía que debía hacerlo. Observaba desde el escenario, todo tipo de miradas: triunfo, atracción, satisfacción, envidia, etc. Lucía estaba aplaudiendo con todas sus fuerzas. En su mirada notó una sensación de éxito y ambición, como si ella hubiera ganado un premio.

Un grupo de personas se acercó para saludarlo a él y a la jefa. Los empresarios elogiaron los afiches y el enfoque dado a la campaña. Varios hombres y mujeres lo rodearon para abrazarlo, besarlo y darle golpecitos en la espalda. Le tocaban la ropa, lo despeinaban y lo adulaban.

-¡Te felicito! –Le dijo el ejecutivo de cuenta acercándose a la jefa-. ¡Vamos a brindar!

-¿Te acordás cuando te pedí que confiaras? –le contestó con orgullo-. ¿Qué te parecen las fotos?

-Lo único que me importa es que el cliente esté contento. ¡Mirálo como le sonrío a nuestro modelito!

-Ese chico es una maravilla. Le sale todo bien aunque no sepa nada –le contestó la jefa.

-Bueno, entonces cuidalo.

El ejecutivo de cuenta y la jefa escucharon encantados los elogios del cliente mientras le aclaraban más detalles de la campaña. Todo estaba

planificado; sólo faltaba el OK final.

Aunque Nicolás sospechaba que esto iba a suceder, lo detestaba profundamente. Una cosa era que lo fotografiaran y otra cosa era que lo mostraran como un animal de circo. Se sentía usado. Personas mayores desconocidas le hablaban, de igual a igual, con excesiva confianza y desfachatez. Escuchó a algunas mujeres hacer comentarios desubicados. Era una situación totalmente artificial.

Lucía se colocó a su lado y no le soltaba la mano.

-¿No estás molesta? -le preguntó, con voz cansada.

-¡Molesta!, ¿qué estás diciendo? -exclamó totalmente exaltada-. Esta es una noche de triunfo. Todo aquí es perfecto.

Lo llevó de la mano frente a los paneles de la publicidad para expresarle lo que ella sentía en cada afiche; las sensaciones que le despertaban; las emociones que le causaban y la envidia que provocaban.

Nunca la había visto hablar de esa manera. Se acordó de las palabras de Sebastián pero las trató de olvidar. Lo llevaba de un lado para otro, como si fuera su propietaria. Cuando Sofía se acercó para saludarla, ella la trató mal, la miró como si fuera un contrincante. Le dijo que era su novia y aprovechó para hacerle un comentario despectivo por la manera como estaba vestida.

Después, en la barra de bebidas, Lucía pidió dos tragos con bastante alcohol. Como él tenía hambre, no quería tomar nada. Vio, sobre una mesa, una bandeja con almendras tostadas y se llevó un puñado a la boca. Aunque quería sentarse y aclarar su cabeza, ella lo llevó a empujones hacia la pista de baile.

Lucía bailaba mirando a las demás parejas con aire desafiante. De vez en cuando, iba a la barra y traía más bebida para los dos. Nicolás sudaba a chorros por el ritmo del baile.

No aguantó más y se fue a comer algo en las mesas, a pesar de la insistencia de su compañera. Ella aprovechó para llevarle más bebida, pero él no quiso probarla.

-¡Hoy es una noche soñada! -exclamó con ojos vidriosos por el alcohol. - ¡Esto es lo que yo buscaba!-. Con su pañuelo le limpiaba las gotas que corrían por la frente de él.

Como estaba eufórica, no se daba cuenta de los sentimientos encontrados

que se despertaron en Nicolás.

-Hace un calor tremendo –se quejó, mirándola desconcertado.

-Sí, muchísimo –dijo ella con picardía-. ¿Por qué no vamos a la terraza? Y lo tomó del brazo llevándolo hacia fuera.

En la terraza, había menos ruido y el aire de la noche estaba fresco. Se sacó la campera aliviado.

Ella le hablaba sin parar de su futuro, de viajes y desfiles, de la envidia de sus amigos y del éxito y de la fama.

-Todo esto... ¿te gusta de verdad? –le preguntó, tratando de entender lo que ella tenía en la cabeza.

Entonces ella – provocativa- se acercó a escasos centímetros. Le acarició el pecho con sus dos manos y mirándolo profundamente le dijo:

-¡Estoy perdida por vos!...

Nicolás sintió estremecerse. Tomó la cara de ella entre sus manos y la besó con ternura y amor. Ella correspondió con pasión, olvidándose del mundo. Era la culminación de un camino que le había quitado horas de sueño. Entre besos y caricias, Nicolás le decía palabras cariñosas que toda chica desearía escuchar. Ella le hablaba de su pelo, de su sonrisa y de su figura. Hablándole al oído, le recordó la foto en la isla caribeña y, suavemente, le insinuó que deseaba entregarse totalmente a él.

Aunque había escuchado otras veces esas mismas palabras, en este caso, sintió algo muy especial. Mirándola fijamente a los ojos, con ternura de enamorado, le preguntó:

-¿Me querés de verdad?

-Sí, Nico... sí –le respondió, dejando salir sus más profundos pensamientos-. Un cuerpo como el tuyo, cómo no voy a querer disfrutarlo.

Nicolás sintió como si le hubieran golpeado. Ella no lo quería realmente. Deseaba simplemente divertirse y disfrutar con su cuerpo como tantas otras. Él había buscado un cariño desinteresado, y ella solamente, le ofrecía calmar la pasión del momento.

Ella seguía besándolo y tratando de convencerlo, pero él se paró de un salto:

-¡Basta Lucía! –le gritó en la cara-. Vos sólo querés disfrutar a costa mía.

-¿Acaso, a vos no te gustaría? –le preguntó ella.

-¡No! –exclamó desilusionado-. Contigo, yo buscaba otra cosa.

-Pero vos... ¿qué querés en realidad? –le preguntó ella, confundida.

Buscaba un amor sólido y profundo pero jamás lo entendería. Pretendía que estuviera enamorada de verdad. Deseaba manifestarle sus sentimientos. Quería decirle que no era como tantas otras que había conocido, que era muy especial para él, pero comprendió con amargura que no tenía sentido hablar.

-Vos... vos... ¡nunca lo llegarías a entender! –le dijo con rabia en su mirada.

Se dio media vuelta y entró en la sala. Aunque ella trataba de retenerlo, se separó con fuerza. Lucía le gritaba que quería seguir hablando pero él ya no la escuchaba.

Cuando pasaron entre las mesas, Sofía les dijo a los que la acompañaban:

-Miren, esta chica es su novia.

Nicolás se frenó frente a la coach y dijo, con voz seria:

-¡NO, esta no es mi novia!

-¿Ah, no?... ¿entonces quién es? –preguntó para aclarar sus dudas.

-Esta es... –contestó mirando a Lucía, con tremenda desilusión-. ¡Esta es una trola cualquiera!

Al llegar a su habitación, abrió con fuerza la puerta de su armario. Con una furia descontrolada, destrozó en mil pedazos la fotografía en la isla caribeña.

## **Fracaso**

Ese sábado se levantó muy tarde. Cuando se despertó, volvió a sentir la rabia y la amargura que le acompañaron durante toda la noche.

Miró la ropa desparramada por toda su habitación. Pensó en cortarla en pedazos y tirarla a la basura pero prefirió dejarla donde estaba, como un testigo cruel de su dolor. No quería hablar con nadie. Se acordaba de Lucía y sufría. Maldijo su ingenuidad y cuánto la había idealizado. Se

enfurecía recordando las escenas de la presentación; las miradas huecas y envidiosas y las sonrisas interesadas y torcidas. Un aparente éxito exterior y un profundo fracaso interior. Todo eran apariencias. Esa noche había recibido una lección. Su estúpida ilusión, había buscado afecto y comprensión, pero sólo encontró falsedad y egoísmo. Personas desconocidas que lo aplaudían por interés comercial. Emociones pasajeras que ocultaban motivos retorcidos. Sentimientos simulados para satisfacer los caprichos del momento. Ese ambiente no era su mundo pero estaba allí y lo había lastimado.

-¡Ojalá se fueran todos a la mierda! –protestó con rabia.

Se sentía desilusionado y defraudado. Trató de hallar algún motivo pero se estremeció al descubrir un tremendo vacío interior. ¿Existiría alguien que no fuera tan superficial?... ¿por qué le dan tanta importancia a la imagen?... ¿dónde estaban las bellezas profundas de la vida que le hablaba su abuela?

Se acordó de Ignacio, cuando decía que todas las chicas eran iguales. Recordó también la advertencia de Sebastián y le hizo sentirse más culpable. La ropa en el suelo le trajo a la memoria a la jefa diciendo que él era «la nueva cara de la empresa». Con furia, agarró la campera y la tiró con fuerza por la ventana, mientras decía:

-¡Esa gorda pelotuda... mejor que cierre la boca!

Después, se volvió a acostar. Todo su cuerpo se sacudió frustrado y dolorido. Sin poder controlarse, comenzó a llorar.

Lo despertó el sonido de su celular. Era Sebastián pero decidió no atenderlo. Fue a la cocina para tomar algo, tenía mucha sed. En una bandeja encontró varios sandwiches junto a una nota que decía:

*No quise despertarte.*

*Tus padres salieron de paseo.*

*Me imagino que te levantarás con hambre.*

*Un beso.*

*Abuela*

Mecánicamente, salió al jardín. El sol le hizo cerrar sus ojos enrojecidos; trató de protegerse con la mano para ver a su abuela. Se dirigió al taller y se sentó en silencio.

La abuela comprendió que su nieto libraba una de esas batallas que se debían ganar peleando solo.

Él se puso a observar cada cuadro, sin decir una palabra; miraba la paleta y los pomos de pintura. Veía trabajar a su abuela a toda velocidad, mezclando los diferentes colores.

-No sé porqué te esforzás tanto, si después la gente no te entiende –exclamó para desahogarse.

Ella siguió pintando en silencio sin levantar la vista de la tela.

-Lo único que les interesa a esos tipos son los colores y las manchas. En realidad... cualquiera puede pintar –siguió diciendo con amargura.

La abuela mezcló dos colores y retocó la tela con pequeñas pinceladas.

-Y esas manchas raras que estás pintando... -le soltó él con tono destemplado-. ¿Qué pretendés que signifiquen?

-Es un camino que recorre un bosque en otoño –le respondió con calma-. Las hojas caídas crujen cuando caminás sobre ellas. Los tonos amarillos y marrones junto con los rayos del sol forman una atmósfera dorada. El murmullo del viento y el olor a tierra húmeda dan sensación de misterio y soledad.

-¡Qué imaginación ridícula tenés! –le contestó, molesto. ¿No te das cuenta que son sólo manchas de pintura?

-No, Nicolás, no son manchas –le aclaró con comprensión-. Este es un bosque por donde caminó tu abuelo. Lo leí hace poco en una de sus cartas. ¡Cuándo hay verdadero amor se descubre la belleza de la vida!

-Eso es lo que vos te crees... ¿pero dónde está el verdadero amor? –preguntó, dejando manifestar su desilusión.

-En el recuerdo de tu abuelo... en la carta que me escribió... incluso, en el mismo bosque –le contestó convencida.

-¡Eso era antes!... La gente está para otra, lo único que les importa son los colores –respondió con dolor-. ¡Cuántos más colores mejor!

-Estás equivocado; el amor verdadero antes y ahora despierta las bellezas de la vida –le aclaró-. Salvo que, actualmente, se vive tan de prisa que se llega a olvidar lo más importante.

-¿Qué es lo más importante? –preguntó con interés.

-Que el amor y el dolor siempre van unidos. Los colores necesitan sombras para que resalten –trató de explicarle con cariño-. Las heridas del corazón tardan mucho en curar, pero si no sos egoísta, te ayudarán a descubrir su auténtico sentido.

-¡Abue... yo sólo veo manchas oscuras! -exclamó con tristeza.

-Tendrás que tener paciencia –le aconsejó con sabiduría-. Tus hermosos ojos azules podrán, algún día, descubrir la belleza de este bosque... incluso, llegarás a sentir el sonido del aire entre las hojas.

No sabía qué hacer. Seguía sintiendo rabia y dolor y todo le resultaba confuso. Se subió en la bicicleta y fue recorriendo las calles a toda velocidad. Necesitaba que el viento le golpeará en la cara. Deseaba escapar y que nadie lo descubriera. Ansiaba sentirse libre pero no podía desprenderse de su corazón lastimado.

Cuando se dio cuenta que el perro negro y lanudo corría a su lado, le vinieron ganas de darle una patada en el hocico para descargarse con alguien. Sin embargo, al escuchar sus ladridos amistosos, dejó que lo acompañara por las calles solitarias.

Después de estar dando vueltas, llegó al parque.

Tiró la bicicleta en el pasto y se recostó contra un árbol, cerca del lugar donde se reunía con sus amigos. Se descalzó y se quitó la camiseta. Los recuerdos de la noche anterior le venían a la cabeza sin que lo pudiera evitar. La conversación con la abuela lo había dejado más desconcertado. Ella era feliz con sus recuerdos pero él no y eso le causaba más dolor.

Fue leyendo todos los mensajes que no le había respondido a Sebastián. Su amigo no tenía la culpa de nada; todo lo contrario, lo había querido ayudar pero él no quiso escucharlo.

Después de estar un rato mirando a los árboles, sin saber qué hacer, le mandó un SMS a su amigo: podés venir?

Dónde estás? le contestó Sebastián.

En el parque –tecleó.

La respuesta llegó en segundos: Ya voy, esperame.

Al cabo de un rato apareció Sebastián. Dejó su bicicleta al lado de la otra

y mientras se sentaba, le preguntó:

-¿Qué pasó?

Le fue describiendo la presentación en la discoteca, las personas y el lugar. Le contó lo sucedido con Lucía. No quiso dejar pasar ningún detalle para que su amigo le ayudara a comprender la situación, si es que podía hacerlo. Sebastián escuchaba sin interrumpirlo; le estaba abriendo su intimidad y trataba de compartir su sufrimiento. Comprendió el valor de su amigo; otro en su lugar hubiera actuado de manera muy diferente, sin embargo, él era coherente y por eso mismo sufría.

-Nico, no te hagas drama –le dijo su amigo, convencido-. No vale la pena sufrir por esa trola.

-¿Sabés lo que más me duele? –le dijo con angustia-. Que pensé que me quería de verdad. Era la primera vez que estaba remetido.

-Todo esto de la agencia me tiene podrido –siguió diciendo-. Me parece que los voy a largar de una vez por todas.

-¿Por qué?... Ese es un trabajo como cualquier otro –le aclaró Sebastián-. Tenés un contrato firmado. Los de la agencia quieren vender y eso no tiene nada de malo.

-¿Y qué hago cuando la vea en el colegio? –le preguntó.

-¡Nada... no tenés que hacer nada! –le dijo Sebastián, casi gritando-. Lo mejor que podés hacer es olvidarte de esa mina. Dejate de boludeces y no te calentés más.

Nicolás escuchó los consejos de su amigo. Se quedó un rato en silencio, tratando de encontrar algún sentido a todo su sufrimiento, pero no lo encontró. De todas formas se había desahogado y se sentía más tranquilo.

-Bueno, dale –contestó finalmente, intentando darle la razón. Para olvidarse del asunto le preguntó:

-¿Y ahora qué querés hacer?

-¿Y si vemos una película? –le propuso Sebastián.

-Sí, es una buena idea –dijo mientras se calzaba

-¿Y qué querés ver? –le preguntó para darle ánimo.

-¡UNA QUE EXPLOTE TODO! –gritó Nicolás, levantándose-. ¡Estoy hasta acá de mujeres! haciendo un gesto con las manos para que su amigo lo entendiera.

Cuando se encontró con Lucía en el colegio, no sintió nada. Había estado pensando bastante en ese momento, pero cuando ocurrió, no sintió nada. Ella se acercó para hablarle y él le contestó como si hablara con una compañera cualquiera. La burbuja imaginaria de la ilusión se había explotado, y ahora, la veía tal cual era en realidad. Simplemente, le dijo que no hacía falta hablar de lo ocurrido entre ellos.

-Olvidate, Lucía –le dijo con calma.

-Pero... tenemos que hablar –insistía ella-. Las cosas no pueden quedar así.

-No vengas ahora a venderme humo. No tengo que perdonarte ni pedirte explicaciones. Vos, para mí, ya no existís –le contestó y se fue dejándola sola.

Eso fue lo que más le dolió, que la hayan olvidado. Él no mostró ni dolor ni venganza, solamente le marcó distancia, de una vez y para siempre.

Sofía le envió un SMS pidiéndole que pasara por la agencia. Nicolás quería decirle de una vez por todas lo que pensaba de la agencia y de las personas, pero no quiso contestar. Al cabo de media hora, ella lo llamó:

-¿Por qué no contestaste el mensaje?

-Porque estaba en clase –le mintió.

-¡Han aprobado la campaña! –exclamó, exultante-. Tenés que venir a la agencia porque ahora comienza el trabajo en serio.

-Bueno... esta tarde paso por allí –le contestó, secamente.

La coach lo estaba esperando con ansiedad. Le mostró el calendario de actividades: sesiones de fotografías, filmaciones de anuncios para televisión y ensayos de posibles desfiles. La campaña comenzaría dentro de tres semanas y no había tiempo que perder.

-Tengo que decirte algo –le dijo con seriedad.

-¿Qué te pasa? –le preguntó intranquila. Notó en su mirada preocupación y duda, algo totalmente diferente a lo que estaba acostumbrada a observar en ese ambiente.

Él comenzó a decirle todo lo que pensaba de ese trabajo. Se había inscrito en el casting para darle gusto a una chica y luego todo ocurrió muy rápido. No le gustaba para nada llamar la atención. Desde pequeño, comprendió que quizás eso fuera imposible; lo reconocían incluso escondido atrás de un antifaz. Al principio todo le gustaba por la novedad; le agradaba que le dijeran que tenía talentos, incluso hubo momentos que se dejó convencer.

La noche pasada, durante la presentación, entendió que ese no era su estilo de vida. Todo allí se basaba en la imagen de su figura y en su aspecto exterior. No lo conocían como persona; lo trataban como un objeto necesario para vender más. La gente que estaba en la fiesta tenía intereses muy distintos a los suyos; lo valoraban por fuera pero él pretendía otra cosa. Necesitaba tener una identidad propia; que era alguien para conocer y querer y no sólo algo para mostrar. No tenía sentido seguir trabajando en la agencia y no quería salir lastimado.

Sofía no estaba preparada para escuchar este tipo de desahogo. Le resultaba algo insólito. Los chicos y las chicas que se inscribían en los casting buscaban el éxito rápido; pretendían lograr, a cualquier precio, todo lo que él obtuvo con enorme facilidad.

Por primera vez en su vida, tenía ante sus ojos a alguien que trataba de defender sus valores con coherencia y esa persona era, para su sorpresa, un chico casi de su misma edad que se le abría una vida llena de posibilidades. Cayó en la cuenta de que su atractivo exterior era en realidad reflejo de su intimidad, de sus convicciones firmes y de un corazón sano y generoso.

No tenía la costumbre de dar consejos en temas personales pero no lo podía dejar solo, y menos dejarlo que se fuera. Era muy valioso para la campaña publicitaria pero lo era más aún como ser humano. Con la mayor sinceridad posible, le dijo:

-Nico, mucho de lo que decís puede que sea verdad pero tenés que ver las cosas en su conjunto.

-¿Cómo cuáles? –preguntó él, para sacarse sus dudas.

Ella le habló con total franqueza, como nunca antes lo había hecho.

Le explicó que el mundo de la publicidad es un trabajo como cualquier otro, aunque por sus características tenga un impacto mayor y las consecuencias sean inmediatas. En la agencia, trabajan técnicos, creativos y artistas que buscan cumplir los objetivos de las campañas. El ambiente es muy competitivo y se usan términos y expresiones propias. Es lógico que los modelos tengan sus ideas personales pero a la agencia sólo le interesa su aspecto exterior, aunque no se pretenda lastimar a nadie.

Llegan chicos superficiales, a los que se les fomentan sus fantasías para que hagan mejor su trabajo. Vienen otros egoístas que sólo buscan aplastar a los demás.

-No somos malos, ni pretendemos usar a las personas –le dijo finalmente-. Tratamos de hacer nuestro trabajo y cumplir con nuestros clientes. A veces, nos volvemos prepotentes, y enjuiciamos con frivolidad, pero sabemos cambiar de opinión y reconocer el error cuando nos equivocamos.

-Yo no dije que fueran malos –aclaró más calmado-. Yo en realidad, no sé si sirvo para esto.

La coach lo miró con cariño y le aclaró que él era dueño de su manera de pensar y nadie le podía quitar su libertad interior.

-Ya tenés edad suficiente –le continuó diciendo- para darte cuenta de que tu figura despierta ciertas sensaciones útiles para la campaña.

Le dijo, que aunque eso fuera lo más llamativo, él podría con su personalidad y su comportamiento, reflejar y transmitir los valores profundos que llevaba en su interior y eso sí era lo más importante. No sólo podía hacerse respetar sino que poseía el talento suficiente para influir positivamente en los demás.

Le explicó que las imágenes de las campañas publicitarias son valoradas por su calidad artística y por el impacto que producen pero pueden causar problemas cuando llegan a identificarse con la vida personal de los modelos. En esos casos, su éxito profesional y su sentido de la vida se basan en su imagen exterior. Al pasar los años, cuando su figura no es como para salir en las revistas, pretenden llenar su vacío interior llamando la atención con historias inventadas o desparramando chismes sobre los demás. Se vuelven ridículos y causan verdadera lástima.

-Estoy convencida, aunque recién estoy aprendiendo a conocerte –le dijo, con determinación- que no saldrás lastimado. Al contrario, no sólo harás una excelente carrera profesional, como modelo, sino que podrás ayudar a mucha gente con tu coherencia interior. ¡No sos un lindo muñeco vacío! Sos una gran persona y sería un honor poder trabajar contigo.

-Todo lo que decís está bueno–le dijo él, más tranquilo-. Pero la verdad es que no sé qué hacer... Estoy confundido y me parece que no podré seguir trabajando.

Ella, preocupada, le dijo, que no hacía falta que tomara una decisión ahora, tendrían varias semanas por delante y podría pensar tranquilo. Que

lo apoyaba en todo y que lo protegía.

Nicolás le agradeció los consejos y le prometió que lo iba a pensar en serio. Cuando se estaba yendo, ella le preguntó:

-La chica de la otra noche me pareció un poco especial, por no decir otra cosa.

-Tenés razón, sabés –le contestó– pero no tengo ganas de hablar.

Después de acompañarlo hasta la recepción, se fue corriendo a hablar con la jefa. No se atrevía a enfrentarla pero debía avisarle. Tenía que darle una mala noticia justo ahora, cuando la producción estaba a full, ultimando los detalles de la campaña.

-Tenemos un problema –le dijo apenas entró en la oficina.

-¡No me vengas a molestar con todo lo que tengo que hacer! ¿Acaso no hay otras personas? ¿Por qué tengo que decidirlo todo? –le contestó con brusquedad, pero al ver la expresión de su cara, le pidió que se sentara:

-Bueno, no te pongas así... ¿cuál es el problema?

-Es Nicolás – contestó mientras se sentaba y le contó toda la conversación que había mantenido, tratando de explicarle lo que él sentía.

-¡Y a mí que me importa lo que piensa! Tiene un contrato firmado... ¡No se puede ir! –le dijo furiosa.

-Todavía no decidió nada pero tiene dudas.

-Sólo a mi me pasa esto... ¡El problema siempre son los modelos!, se quieren hacer los importantes y se vuelven insoportables... ¡Habría que subirle el sueldo! –siguió quejándose.

-Me parece que él es distinto –dijo Sofía, tratando de aclarar la situación.

-¡No me vengas con historias! Llevo años en este negocio. ¡Tenés que convencerlo!

-Sí, obvio, ¿pero qué puedo hacer?

-¡Hacé lo que quieras!..., pero no lo dejes ir –le dijo casi gritando-. Conquistalo... invítalo a tomar algo... hablale de la fama... proponele cualquier cosa. Usá todos tus recursos, que para eso estás en la agencia.

-Él es diferente –dijo como pensando.

-iEse es tu problema!, vos sos la coach. Si hace falta, obligalo, pero tenés que retenerlo.

Cuando la jefa quedó sola, comprendió la situación de peligro en que se encontraba y temió una llamada del ejecutivo de cuenta. Nadie podía enterarse; esto debía resolverse lo más pronto posible.

Miró la pantalla de su PC y la enorme cantidad de fotos y papeles, junto a las propuestas de los spots publicitarios, y se dio cuenta que todo eso podía venirse abajo.

-Esta campaña es espectacular y ahora ese estúpido chico sale con no se qué pavadas –se quejó molesta.

-iLos modelos me van a volver loca! –repitió, angustiada. Se acercó a la mesita y se sirvió un whisky doble sin hielo mientras se pasaba la mano por el pelo sin preocuparse por el peinado.

Sofía salió amargada de la oficina. Durante el trayecto a su apartamento seguía recordando la conversación con Nicolás y los pedidos de la jefa. Era una situación muy especial. En el fondo de su corazón, comprendía que en este caso, su experiencia, no serviría absolutamente para nada.

Se preparó una cena liviana y se sentó en el living. No quiso hablar con su amiga.

Al emplearse en la agencia, un año atrás, tuvo que mudarse a esa ciudad. Había conseguido ese pequeño apartamento que lo compartía con una amiga, estudiante de letras. Entre ellas se llevaban bien aunque coincidían poco en la casa. Las dos tenían costumbres parecidas; sus cuartos estaban desordenados; su amiga juntaba libros de autores clásicos y ella tenía colecciones completas de revistas de moda y publicidad. Pasaban horas frente a la computadora, cada una con intereses concretos; su amiga buscaba documentación bibliográfica para sus estudios y ella miraba books de modelos y páginas de moda. Mientras una le aconsejaba buenos libros para leer, la otra le daba indicaciones y sugerencias sobre ropa y accesorios; se comprendían perfectamente aunque sus estilos fueran diferentes.

Sofía prendió el equipo de música y se puso a hojear, para distraerse, una de las tantas revistas que estaban desparramadas en el living pero su mente estaba centrada en Nicolás.

Su amiga, se acomodó en otro sillón con un grueso libro de tapas duras. Se enfrascó en la lectura mientras disfrutaba de la música suave. Miró de

reajo a Sofía y le dijo:

-A vos te pasa algo, desde que llegaste no querés hablar y tenés una cara horrible.

-Es que tuve un día espantoso -le contestó amargada.

-Te noto distinta -dijo para animarla.

-Estoy cansada... ino sé cómo salir de esta! Tiró la revista al suelo y suspiró con angustia.

Le contó la conversación con Nicolás. Su amiga conocía perfectamente lo que ella pensaba; la había visto disfrutar con sus fotografías.

Sofía le dijo que estaba conmovida por su sinceridad; nunca había conocido a un chico así. Era tan noble y sencillo que le daba pena que lo utilizaran de esa manera. Quería ayudarlo y protegerlo pero debía también convencerlo para que siguiera en la agencia.

-iVos tenés muchos recursos! -le dijo la amiga con la intención de apoyarla.

-iNo!... él es muy especial -. No quiero lastimarlo. La jefa no entiende nada y sólo piensa en su campaña.

-Y entonces, ¿qué vas a hacer? -le preguntó intrigada.

-iNada... no pienso hacer nada! -exclamó nerviosa-. Nico es muy valioso para que lo manipule. Aunque pierda el empleo, no lo voy a presionar.

-iEstás loca! -Exclamó la amiga-. Con lo que te costó conseguir ese trabajo...

-No sé... a lo mejor estoy cambiando.

-A vos te pasa algo... -le contestó su amiga. Y volvió a su lectura.

Sebastián había invitado a Inés a tomar un helado; se había transformado en una costumbre. Como tenía poca imaginación, cuando pensaba en hacer un plan, siempre terminaba en la heladería. Después de aquella conversación sincera, su relación fue madurando y juntos disfrutaban en «su mesa» en la terraza de la heladería. Inés valoraba su comprensión; nunca le recriminó su vida pasada y jamás enjuiciaba el comportamiento de los demás; lo fue conociendo cada vez más y descubriendo su interés

por ayudar a los amigos. Además de sentir afecto y cariño, lo respetaba.

En esta ocasión, fue ella quien lo tuvo que estar esperando, pero por muy poco tiempo. Enseguida que se sentó en la mesa de la terraza, oyó un grito de Sebastián, llegando a toda velocidad en su bicicleta.

Siempre pedían el mismo helado: chocolate y limón. A él le hacía recordar su primer encuentro con Inés y ella dejaba que él disfrutara de esa costumbre; hubiera preferido otro sabor, pero su afecto era más fuerte que un simple gusto personal.

-Bueno Seba, ¿qué querías decirme? –le preguntó. Él le había pedido que se reunieran para contarle algo porque no quería hablarlo por teléfono.

-Es sobre Nicolás y Lucía –le respondió, dando un lengüetazo a su helado.

Le describió la conversación con su amigo y cómo había descubierto a la verdadera Lucía. No le contó lo ocurrido en la fiesta, ni le dijo lo que él pensaba; se limitó a hablarle de Nicolás. Ahora, su amigo estaba sufriendo pero saldría adelante. Cuando algo no le convenía, sabía poner punto final.

Mientras lo escuchaba, Inés se imaginó perfectamente el comportamiento de su ex compañera; la conocía muy bien y además, lamentablemente, era una historia repetida. Lo mejor para ese chico es que se olvide de ella.

-Nico está triste pero se le pasará –le dijo él.

-Sí... vos lo ayudaste a que se diera cuenta –le contestó ella con comprensión.

-No exageres, yo sólo lo insinúe –respondió él, convencido-. Él tomó la decisión.

-Así son los verdaderos consejos–le dijo ella con afecto.

-¡Mirá lo que son las cosas! –exclamó Sebastián, recostándose en la silla.

-¿Qué querés que mire? –le preguntó con una sonrisa.

-Que gracias a ellos, nosotros nos conocimos –respondió, tomándola de la mano.

-Sí Seba, y ahora, ellos, no se hablan.

-Y nosotros estamos aquí –dijo, acercándose a ella.

-Sí Seba, estamos juntos... -le respondió sonriente y con una servilleta de papel le limpió una mancha de helado, antes de besarlo con cariño.

Lucía se había enterado por amigas comunes que Inés estaba saliendo con Sebastián. Estaba convencida de que no le había dicho la verdad; no le pudo haber contado sus aventuras. De lo contrario, Sebastián ni se le acercaría. No era realmente del perfil de su amiga; ella la conocía perfectamente.

Hacía tiempo que intentaba hablar con él, pero no podía; siempre estaba Nicolás cerca. Aprovechó un momento que lo vio solo en el recreo y se le acercó.

-Me enteré que estás saliendo con Inés –le comentó para provocarlo.

-Sí... llevamos algunas semanas –le dijo con orgullo.

-¡Qué bueno! –Exclamó-. ¿Estás contento?

-Mucho –respondió convencido-. ¡Es una flaca genial!

-La conozco desde hace años... –le insinuó con falsedad en la voz.

Sebastián la miró fijo y la interrumpió:

-No la compliqués... ella ya me contó todo.

-Ah... ¡qué bien! –exclamó confundida. Se le habían terminado las palabras y no sabía cómo seguir la conversación que ella misma había iniciado.

-Vos fuiste su mejor amiga y, por lo que sé, supongo que debo darte las gracias por ayudarla –le dijo con seriedad.

-¡Esos fueron otros tiempos!... -suspiró con añoranza.

Sebastián escuchó que sus amigos lo llamaban. Mientras iba hacia ellos, se dio vuelta y le dijo tranquilamente:

-Sabés, Lucía... vos también podés cambiar.

Lucía se quedó parada en silencio. Comprendió su buena intención pero una oleada de obstinación le impedía darle la razón. De todos modos no esperaba esa respuesta y menos que Inés le hubiera contado todo. El rencor y la envidia contra su amiga le hicieron volverse pálida. Se sintió tan molesta consigo misma que necesitó sentarse para calmar la

ansiedad. Al cabo de un rato, para olvidarse de esa situación incómoda, se fue a la cantina a tomarse un yogur.

## **Los vecinos**

La conversación con Sofía le había ayudado a poner en orden sus pensamientos. El fracaso con Lucía le hizo exagerar la mala actitud de la gente de la agencia. En realidad, -pensando ahora con más calma- eran personas normales y corrientes que hacían su trabajo como cualquiera.

Debía tomar una decisión, pero para su tranquilidad, tendría varias semanas por delante.

Las charlas con sus amigos no lo ayudaron para aclarar su situación. Cuando habló con Ignacio, ya se imaginaba su respuesta; era evidente que debía seguir adelante. Aunque su amigo lo apreciaba, solamente valoraba el sueldo, la fama y los viajes; que no se complicara la cabeza y que aprovechara las oportunidades que le ofrecía la vida.

Cuando habló con Sebastián, el planteo fue diferente. Como amigo, lo apoyaría de todas maneras, independientemente de la decisión que tomara. Con realismo, le dijo que no iba a ser fácil cambiar el ambiente, pero que sería capaz de no dejarse manipular.

Nicolás no quiso hablar con sus padres ni con su abuela. Aunque habitualmente era sincero con ellos, comprendía, que en este caso, debía decidir solo. Podía pedir consejos para encontrar argumentos, pero la última palabra la tendría él, aunque eso le costara esfuerzo.

Para tomar distancia de su confusión interior, se dedicó a lo que le gustaba, iba al gimnasio todos los días y seguía con seriedad las indicaciones de su entrenador. En el colegio, cumplía con las tareas. Sin demasiado esfuerzo, lograba calificaciones aceptables. Su mejor nota la tenía en matemática pero era consciente de que no se debía a su capacidad ni a su razonamiento lógico. Con sus amigos, se divertía jugando al fútbol, escuchando música y yendo al cine.

En el transcurso de esos días, había recibido algunos correos electrónicos de Lucía pero no los contestó. Al final, un poco cansado, bloqueó su remitente y borró el número de su celular.

Mientras entraba a su casa, después de una mañana agotadora en el colegio, vio otra vez a la chica con lentes oscuros tomando sol en el jardín vecino. Estaba tranquilamente recostada en una reposera, escuchando música con sus auriculares puestos. Seguía pareciéndole bonita. Su pelo, largo y oscuro, brillaba a la luz del sol.

Como se sentía tranquilo y despreocupado, se arrimó al cerco del jardín y la saludó diciendo ¡hola!, pero la chica no se movió. Para no ser grosero, le sonrió y levantó la mano para llamar la atención pero no obtuvo respuesta. Sin preocuparse demasiado, entró a su casa, pensando que la nueva vecinita se había quedado dormida escuchando música.

Su padre estaba trabajando en la casa. A primera hora de la tarde, tendría una entrevista con un nuevo cliente que vivía cerca del barrio.

Cuando llegó al comedor, estaban ya sentados sus padres y su abuela. Como siempre, se dedicó al plato que tenía en frente de manera directa y expeditiva.

-Hoy tendremos invitados a cenar –comentó la madre con entusiasmo.

El padre le hizo una seña de asentimiento, mostrando interés.

Encantada de dar información a todos, explicó que había invitado a los nuevos vecinos. Era un matrimonio con una hija de la edad de Nicolás. Al padre lo habían trasladado a la sucursal de la ciudad, era gerente de banco. La chica se llamaba Mariana. La madre era encantadora y trabajaba en cuestiones informáticas, desarrollando programas para una importante empresa de software. Hace unos días, le estuvieron instalando una antena de comunicaciones en el jardín. Es un trabajo que lo hace desde su casa y así puede acompañar y cuidar a su hija.

-Me parece que esa flaca es bastante grandecita para que la estén cuidando todo el día –dijo Nicolás con cierta ironía.

-Mariana es ciega –le contestó la madre con absoluta tranquilidad-. Sufre una enfermedad que le hizo perder la vista, aunque no pude enterarme bien de que se trata.

-Una semana más y te sabrás toda la historia familiar –le dijo a su esposa con una sonrisa burlona.

-Me parece que son muy buena gente –dijo ella, convencida-. Deben haber sufrido mucho. Te imaginás no poder ver... ¡pobrecita!

-¿Por qué, pobre? –se quejó la abuela, mirando a su hija-. Hay personas que tienen los ojos sanos y son incapaces de ver la belleza de un cuadro.

-¡Ah, ya apareció la pintora! –exclamó el padre, bromeando con su suegra.

-Lo que digo es verdad –alegó la abuela, para afirmar sus palabras-. Hay gente que sólo ve manchas oscuras sin entender su significado. Bajó la

mirada y siguió comiendo tranquilamente.

-Bueno, querida, hagámosle una bienvenida –dijo el padre satisfecho-. Espero que te luzcas como siempre y que no les cuentes todas las historias de los vecinos. Se levantó y le dio un beso a su esposa.

-¿Y yo, qué voy a hacer? –preguntó Nicolás.

-Nada, tratá de ser amigo de la chica –le respondió la madre sin darle mucha importancia-. Tiene tu misma edad.

Nicolás quedó bastante desconcertado; nunca había conocido a un chico ciego de su edad. Se había cruzado por la ciudad con personas que no podían ver y las había ayudado a cruzar la calle pero siempre eran personas mayores. Nunca había pensado en esa posibilidad. Esa chica no podía ver su cara ni sus fotos, ni su pelo ni sus ojos; sólo podía escuchar, lo que él le dijera.

Estaba acostado sobre su cama pensando tranquilamente. El mensaje de su abuela le había llegado de manera muy directa. Sonrió al recordar sus palabras pero se puso serio cuando pensó en las manchas oscuras que aún continuaba viendo.

La madre se esmeró con cariño y dedicación. Había puesto sobre la mesa la vajilla de la abuela que sólo se usaba en los días de fiesta.

Nicolás, desde que llegó del gimnasio, estuvo protestando mientras arreglaba su cuarto. Su madre le había exigido que ordenara todo porque quería mostrar la casa a los vecinos.

-¡Por qué tienen que mirar todo! –se quejó, mientras seguía tirando la ropa para dentro de su armario.

En el living estaba preparado un aperitivo. Los vecinos llegaron puntuales. Amalia, que era el nombre de la madre, le regaló a la abuela una caja enorme de bombones. Mariana le regaló a él un CD de música excelente.

Se formó inmediatamente un ambiente de amistad y confianza, donde todos conversaban de sus cosas, mientras la abuela servía. Con naturalidad, le acercó a la chica una bandeja diciéndole que eran aceitunas y papas fritas. Discretamente, le movió la mano y se la acercó para que tomara el aperitivo con comodidad. Le puso en la mano un vaso con refresco mientras le preguntaba si no prefería otra bebida. Él se dio cuenta de la facilidad que tenía su abuela para ponerse en el lugar de Mariana y como lograba que se sintiera a gusto.

Durante la cena se habló de diferentes temas. Amalia contó sobre la ciudad donde habían vivido hasta ese momento y explicó el tipo de

programas que desarrollaba; sonriéndole a Nicolás, le propuso mostrarle una nueva red social que estaba experimentando.

Ambos padres se enfrascaron en una interesante conversación sobre el derecho laboral y los contratos empresariales. La abuela comenzó a hablar de pintura. Siempre que tocaba su tema favorito, su voz se volvía cautivante y acaparaba la atención de todos los demás.

-Cuando era chiquita pintaba muy bien –comentó Mariana, con serenidad-. ¡Me hubiera gustado ser pintora! Hasta ese momento había escuchado a todos con atención mientras comía con desenvoltura. Su madre le iba indicando con discreción la comida que tenía frente a ella.

-Cuando me describen una pintura trato de imaginármela –siguió diciendo con naturalidad-. Se podría decir que los pinto con la mente y puedo descubrir su mensaje.

-¡Excelente, Mariana! –Exclamó la abuela-. Seremos muy amigas... vendrás a mi taller, y yo con los pinceles y vos con la imaginación, pintaremos juntas.

-¿Y vos Nicolás, en qué curso estás? –le preguntó el vecino, para hacerlo participar de la charla. Hasta ese momento no había abierto la boca.

-Bueno...eh... yo estoy en bachillerato –respondió, con una sonrisa incómoda.

-Y así como lo ven... va a ser famoso –intervino la madre, ansiosa por elogiar a su hijo. Les contó sobre el casting en la agencia y la campaña de ropa; les dijo que era muy buen deportista y que tenía muchos amigos. Aunque él le hacía gestos para que se callara, ella seguía hablando entusiasmada:

-¡Lo hubieran visto unos años atrás vestido de príncipe!... Con su pelo rubio y sus ojos azules, fue el rey de la fiesta.

-La idea del disfraz fue de mi madre –aclaró rápidamente, para que no pensaran cualquier cosa.

-Me encantan los disfraces –comentó Mariana, notando nerviosismo en la voz de él.

A esas alturas de la reunión, se sentía molesto y malhumorado. Hubiera deseado que nadie hablara de él y menos que se enteraran de su trabajo en la agencia. Su madre lo había estropeado todo; no tenía mala voluntad. Era el típico orgullo de madre pero él hubiera preferido pasar

desapercibido.

-Tendrás que presentarle a tus amigos –intervino su padre, tratando de cambiar de tema. Había visto las señas de su hijo y conocía perfectamente que cuando su mujer se ponía a hablar, era difícil saber cuando terminaría.

-Además, podrás mostrarle los parques de nuestra ciudad –continuó diciendo.

El padre, en ese momento, hizo un silencio. Pensó que había hablado de más y que sus comentarios podrían haber sido desubicados.

-Me parece una muy buena idea –intervino ella tranquilamente-. Me gusta conocer nuevos amigos y lugares. Eso sí, tendrás que describirlos muy bien para que pueda imaginármelos.

Todos sonrieron con satisfacción. Al padre de Nicolás, le agradó la nueva vecinita. La abuela la estuvo observando atentamente durante toda la cena. Por algunos momentos, le venían a la memoria las cartas guardadas de su esposo.

Llevaban dos horas tratando de resolver los ejercicios de matemática y Nacho no aguantaba más. Tenía que mejorar las calificaciones pero los números no le entraban en la cabeza. Aunque se sabía de memoria los celulares de más de treinta chicas, los ejercicios del “cubo” eran otra cosa, no los podía soportar.

Nicolás trataba de ayudarlo, pero a él tampoco le interesaba. Sabía que no iba a bajar la nota en matemática.

-¡No la soporto! –Se desahogó Ignacio-. Esa vieja me va a volver loco.

-No te hagas drama... ya estamos por terminar –le animó su amigo.

-Sí... pero ya me olvidé del primero –le contestó con bronca. Debía aprender a resolver ecuaciones porque con seguridad la profesora lo iba a hacer pasar adelante y sus notas eran un desastre.

-¡Estoy muerto! –le confesó-. Te juro que te envidio.

Nicolás trató de explicarle despacio pero se dio cuenta que no era un buen profesor; sus apuntes de clase estaban incompletos y el libro nunca lo había abierto, además estaba aburrido de escuchar los insultos y las

quejas de su amigo.

-Dejá, Nico... no te compliqués –le dijo Nacho-. Ya sé lo que voy a hacer. Prestame tu ropa.

-¿Para qué la querés? –le preguntó intrigado.

-¡Voy a conquistarla!... Con tu facha, “el cubo” se derrite –le dijo, convencido.

Se levantó y empezó a revolver en el armario.

-Con esto la distraigo –le dijo mientras elegía las prendas.

-¡Esa, te la regalo! –le contestó convencido cuando la vio sobre la cama.

-Loco... ¡está buenísima! –exclamó Ignacio, guardándola en el bolso.

-Sólo te falta una peluca rubia –bromeó Nicolás.

-No seas boludo que me juego la nota.

Al día siguiente Nacho se apareció en el colegio con un look especial. Cuando Sebastián lo vio vestido de esa manera, empezó a reírse y burlarse.

-Al “cubo” no le vendés humo –le dijo para divertirse.

-No seas pelotudo...tengo que subir las notas –le contestó, preocupado.

La profesora entró agitada. La chaqueta rosada con bordados le quedaba tan ajustada que estaba a punto de explotar. Dejó su enorme bolso celeste sobre el escritorio y después de sentarse, comenzó a abanicarse con un cuaderno mientras abría la libreta de calificaciones.

Ignacio se sentó en la primera fila. La miraba tratando de sonreírle mientras torcía los brazos para resaltar sus escasos músculos que le marcaba la camiseta ajustada. Estratégicamente, sacudía la cabeza para llamar la atención; se había puesto un gel especial que le hacía brillar el pelo.

Lucía, desde su banco, se fijó que era la ropa de Nicolás, la que usó en el boliche. No quiso hacer ningún comentario; lo miró, pero bajó la vista a sus cuadernos. Desde que la había dejado plantada, estaba furiosa, aunque últimamente se sentía desconcertada. Su plan había fracasado pero no llegaba a comprender lo que pasaba a su alrededor; él no le guardaba rencor; Inés no era la misma de siempre y Sebastián la había

dejado confundida con sus palabras.

La profesora con cara seria, miró al grupo de alumnos, como quien sale en busca de una pieza. Se fijó en el que estaba sentado adelante y lo llamó para evaluarlo; iba a disfrutar un rato. Sus notas eran lamentables.

-Hoy te veo muy elegante –le dijo la profesora con cierta ironía.

-Como siempre, profe, como siempre –le contestó, mientras pasaba entusiasmado al pizarrón.

Se levantó con agilidad pero cuando escuchó la consigna de la profesora se le entreveró la memoria. Sabía que no era tan complicado; esa ecuación la había repasado con Nicolás, pero ahora le resultaba incomprensible. Mientras hacía tiempo para descifrarla, le sonreía con picardía, pero la profesora lo miraba como quien está a punto de disparar.

Después de interminables minutos, la profesora se levantó con energía.

-¡Qué desastre!... Una ecuación elemental... ¡Me obligan a poner notas bajas! –Exclamó con ironía-. Andá a sentarte... tenés un uno.

Haciendo ruiditos con sus zapatos celestes, volvió a mirar al grupo de alumnos.

-¡Ay... los jóvenes de hoy en día!, lo único que les interesa es divertirse – dijo con tono indignado-. En mi época las cosas eran muy distintas...

Miró de reojo a Nicolás que estaba conversando con su compañero y tapando el pizarrón con su cuerpo, comenzó a escribir números y más números.

El sábado por la tarde, Nicolás vio a Mariana tomando sol en su jardín y la invitó a pasear por el parque de la ciudad.

-¡Genial, me encantan los parques! –exclamó ella-. Y ¿cómo vamos?..., ¿tenés moto?

Le dijo que no y cayó en la cuenta de que no sabía cómo llevarla; el parque quedaba lejos para ir caminando, y tomar un taxi, le resultaba ridículo. Como para disculparse, le dijo sencillamente que tenía una bicicleta.

-Entonces, todo arreglado –le contestó-. Yo voy sentada adelante y vos

manejás.

-Si vos no tenés problemas... -dijo, sorprendido.

-¿Y por qué voy a tener problemas? -le respondió, muy decidida.

El recorrido hacia el parque fue divertido. Mariana preguntaba los nombres de las calles por donde pasaban, mientras él conducía tranquilamente. Le sobraban las fuerzas pero prefirió ir despacio.

Cuando vio acercarse al perro negro y lanudo, temió que ella se asustara. Con un grito, intentó alejarlo. Al escuchar los ladridos, Mariana preguntó qué pasaba.

-No te preocupes, ya se va -le aclaró para tranquilizarla.

-No, dejá... A mí me encantan los perros -le contestó convencida-. Además, éste, por la manera de ladrar, parece bueno.

El animal, levantó las orejas como si hubiera entendido la conversación., Comenzó a trotar alegremente al lado de la bicicleta. De vez en cuando, daba un ladrido para llamar la atención y Nicolás le acariciaba la cabeza sin dejar de pedalear.

Al llegar, ató la bicicleta en un árbol y comenzó a caminar a su lado. Ella se manejaba con seguridad utilizando su bastón blanco. Le pidió apoyarse en su brazo.

-Es para que vos marques la dirección...como es un lugar nuevo, no puedo orientarme bien -le aclaró con sencillez.

Caminaban por un sendero rodeado de árboles. Nicolás trataba de describir el paisaje pero lo único que se le ocurría decir es que había árboles. Mariana le tomaba el pelo por su escasa capacidad de expresión y él se defendía diciendo que tenía poca imaginación.

Ella, entonces le comenzó a describir lo que sentía: voces y risas lejanas de niños jugando, el sonido del viento suave entre las hojas de los árboles, el ladrido de algunos perros corriendo y el aroma de las plantas y de las hierbas.

Para no quedarse callado, le contó que allí se reunían con sus amigos para escuchar música y conversar; de pequeño lo habían traído para jugar en las hamacas.

-¿Hay hamacas? –preguntó ella, con interés.

-Sí, la zona de juegos no está lejos -le contestó.

-Bueno, entonces llevame –le dijo ella-. No pensés que soy rara pero me encantan las hamacas.

Caminaron hacía los juegos y se acercaron a una hamaca adecuada a su tamaño.

-Las otras son para niños -le aclaró él tomándole de la mano.

-¡Genial!... esta está muy bien –contestó Mariana, mientras se sentaba y se tomaba firme de las cuerdas-. Ahora tenés que darme el primer empujón... del resto me encargo yo.

Se colocó detrás y la empujó con fuerza. Ella disfrutaba moviéndose a toda velocidad. Se sentía libre y despreocupada. Mientras la miraba divertirse, ella comenzó a cantar en voz alta. Como él conocía la canción, se animó a acompañarla. No les preocupaba que hubiera niños y personas mayores a su lado; se estaban divirtiendo a pesar de su voz desafinada.

Después de estar un rato cantando, se sentaron en un banco de piedra cerca del lago. Nicolás seguía esforzándose por describir el paisaje y ella le seguía bromeando con su elemental vocabulario.

-Por lo que escuché en tu casa, ya conozco bastantes cosas tuyas –comenzó a decirle ella, mientras se acomodaba el broche de su pelo.

-No te vayas a creer todo lo que dice mi madre –le contestó preocupado.

-Obvio que no –le dijo ella- las madres son siempre iguales, aunque la tuya me cayó muy bien.

-¿Cómo fue que quedaste ciega? –le preguntó, interesado.

Ella le dijo que se debía a una enfermedad llamada retinitis pigmentaria. Comenzó a perder la vista cuando tenía ocho años; al principio no veía de noche, pero poco a poco fue quedando ciega. Se expresaba con naturalidad, no se sentía molesta ni pretendía que se compadecieran de ella. Le contó que había sufrido bastante; hubo temporadas que se había sentido triste, especialmente por sus padres. Cuando se supo que la enfermedad era hereditaria, comenzaron a echarse la culpa entre ellos, pero nunca se pudo descubrir su origen. En la familia nadie sufría de esa enfermedad aunque sus abuelos usaban lentes.

Ella le siguió explicando cómo se las arreglaba para estudiar. Su madre le había instalado unos programas informáticos que sintetizan la voz. Al

presionar el teclado, se pueden escuchar los diferentes sonidos y así podía escribir; incluso, podía navegar por internet. Se había suscrito a una Asociación que le enviaba archivos de audio sobre temas académicos y culturales para mantenerse informada.

Con sencillez, le siguió contando sobre sus actividades y su forma de vida. Le habían instalado un pequeño gimnasio en la casa, usaba la cinta caminadora y realizaba ejercicios con los aparatos.

-Todos los días me marco una rutina y la cumplo porque me gusta –terminó de explicarle ella-. Además, me ayuda a mantenerme en forma.

- Pensaba que era algo horrible estar ciego –dijo Nicolás, con sinceridad.

-Tener una enfermedad a la vista, no se lo deseo a nadie –aclaró ella, tranquilamente- Es obvio que tengo una limitación pero no por eso voy a achicarme. La tecnología ayuda pero es importante que mantengas la energía interior.

-Eso está resalado –le dijo él, con interés.

-Claro que no es fácil pero mucho depende de tu actitud. Si uno quiere, puede dominar lo que hace, aunque a veces haya circunstancias exteriores que no las podamos controlar –continuó hablando convencida-. Yo no puedo darme cuenta si frente a mí hay una puerta cerrada pero puedo caminar despacio y orientarme con las manos. ¡Te imaginás, que me quede todo el día sentada como una estúpida, por miedo a los obstáculos!

Nicolás iba descubriendo su sencillez y valentía. Tenía frente a él a una chica transparente y alegre que lo hacía sentirse cómodo.

-Yo también voy al gimnasio casi todos los días –intervino para decir algo-. Después de la rutina, siempre me siento mejor...

-Perdoname –le interrumpió ella, alegremente-. Hablo demasiado y no dejo espacio acústico a los demás, como diría mi padre. Tomándole de la mano para confirmar que estaba a su lado, le pidió que le contara cosas de él.

No se le ocurría qué decirle sobre su vida; le habló sencillamente de sus amigos, del colegio y de su abuela.

-Tenés una familia muy linda y tus amigos te aprecian –comentó ella, con naturalidad-. Pero... ¿cómo sos?, ¿qué cosas te gustan?, ¿tenés novia?, ¿sos alto o bajo?... Mientras le hacía estas preguntas, se levantó y le pidió

regresar porque había refrescado.

Tenía que explicarle cómo era, a una chica que no lo podía ver. Para hacer un poco de tiempo, le hizo una broma sobre su curiosidad y le ofreció su brazo para que se apoyara.

Le contó que no tenía novia; había salido con varias chicas, pero ahora no.

-¡Qué raro! -le interrumpió ella-. Por lo que dijo tu madre, me imagino que sos un flaco fachero.

No tenía ningún interés en tocar ese tema. Su madre había hablado demasiado y para que no hubiera confusiones, quiso dejar las cosas claras.

Le dijo simplemente que él era un flaco normal, que le gustaba salir y divertirse, como todo el mundo.

-No soy un aparato -le aclaró-. Pero me revienta llamar la atención.

Como ella lo escuchaba en silencio y no lo interrumpía, le siguió explicando lo que realmente pensaba. Se sentía aburrido de que siempre se hablara de lo mismo; tenía bastante experiencia y había sufrido por ello.

Le contó su fracaso con Lucía; no le dio ningún detalle de la fiesta ni la criticó, simplemente se sentía desilusionado. Sin pretenderlo, fue abriendo su corazón. Le descubría con sinceridad sus dudas y sus inseguridades.

-A veces pienso que nadie me entiende, y sin embargo, me siento contento como soy -le terminó explicando-. ¿Vos pensarás que estoy pirado?

-No, no estás loco. A mí, me pasa lo mismo-le aseguró Mariana-. Pero cuando te ponés a escuchar las razones del corazón, empezás a descubrir las cosas luminosas de la vida.

-¡Parecés mi abuela! -exclamó, bromeando-. Ella, a veces, me dice cosas como esas.

-¡Yo no soy una vieja! -Le contestó ella, siguiendo con la broma-. Tu abuela debe ser una persona feliz.

-Sí -le respondió - aunque tuvo que sufrir bastante en la vida.

-El sufrimiento te hace descubrir muchas cosas -comentó Mariana,

hablando por experiencia propia.

-Capaz que es verdad –respondió pensativo- pero hay flacos que tienen una vida alegre y retranquila.

-Yo pienso que no –le dijo ella-. Detrás de cada persona hay un mundo escondido, con sus momentos buenos y sus equivocaciones. La vida no está siempre quieta. A mí me gusta imaginarla como un camino donde cada uno marca su dirección.

-¡Vos siempre decís cosas saladas!... -exclamó al escucharla y siguió caminando, sumergido en sus pensamientos.

Durante el regreso, no hubo necesidad de hablar. Mariana le agradeció el esfuerzo que había hecho para describir el parque y Nicolás le sugirió presentarle a sus amigos.

-¡Genial! –exclamó ella-. Además, me tenés que contar lo del casting. No sé como llegaste a eso, porque supongo que a vos no te gusta ser modelo.

-¿Cómo te diste cuenta? –le preguntó, asombrado.

-Nico... vos a mí no me vendés humo –le respondió con una pícaro sonrisa.

Ignacio lo llamó para invitarlo a una fiesta, pero cuando Nicolás le dijo que no, se molestó. Lo trató de aburrido y se quejó porque ya no era el mismo de siempre. Nicolás le aclaró que no le pasaba nada, que simplemente quería ir al cine.

-Si estás tan boludo... llámá a Sebastián; yo quiero divertirme como siempre –le contestó malhumorado.

Sebastián aceptó enseguida la invitación y le pidió que fuera a su casa.

Llegó con tiempo a lo de su amigo porque lo trataban como uno más de la familia. Abrió la puerta y fue directamente al cuarto de su amigo. Era una habitación pequeña, repleta de libros. Frente a la cama, se encontraba el escritorio con la computadora, y en una repisa, estaba enmarcada la foto de los tres amigos en la fiesta de fin de cursos. Aunque él también tenía la misma foto, nunca se le había ocurrido encuadrarla.

Entre los cuadernos, vio un pedazo de cartón con las palabras "chocolate y limón" con la firma de Inés.

-¿Y eso qué es? –le preguntó, señalándole el cartel.

-¡Ah... eso..., lo puse ahí porque me lo regalaron –exclamó Sebastián, con una sonrisa misteriosa.

No le encontró sentido, aunque sabía que eran los gustos preferidos de su amigo. Se acordó de Mariana y le dijo:

-Conocí a una flaca divertida. Se mudó al lado de casa... ¿quierés que salgamos juntos?

-Dale, es una buena idea. Le aviso a Inés y vamos a la heladería –le contestó, tranquilamente.

-¿Quién es Inés? –le preguntó con curiosidad.

-¿Te acordás, cuando fuimos a la pizzería después de la película?

-Sí, ¿y qué pasa? –le preguntó, intrigado.

-Es la amiga de Lucía del colegio anterior –le explicó.

-Pero esa loca se reía de todo el mundo –le contestó, acordándose de sus historias-. Además, se pasaba diciendo estupideces...

-Eso pensás vos, pero acordate que las cosas pueden ser distintas... –le dijo Sebastián, con seriedad.

Nicolás hizo silencio dándole la razón a su amigo. Con tono humilde, le preguntó:

-Y ella... ¿querrá ir?

Sebastián se había terminado de vestir. Recogió el celular y le respondió:

-Sí..., si yo le pido, seguro que va. Y lo miró de tal manera que Nicolás no necesitó escuchar nada más.

El mensaje había llegado perfectamente a destino. Descubrió que su amigo tenía una historia nueva que contar pero prefirió no presionarlo.

## **Decidido**

Lucía no se había preocupado por ordenar las cosas de la mudanza. Había acomodado su cuarto y su computadora, pero aún no había abierto las cajas del depósito. Su madre se lo reprochaba con frecuencia pero no encontraba tiempo para esa aburrida tarea. Cierta día en que sus padres la amenazaron con llamar a un servicio de volquetas, se fue al garage,

con unas tijeras.

Pensaba darle un vistazo a lo que había traído de su casa anterior y tirar casi todo. Tenía la intención de querer olvidar sus recuerdos.

Pasó un trapo para sacar el polvo acumulado y con esfuerzo cortó las cintas de plástico de la caja más cercana. Al abrirla se encontró, para su sorpresa, con el álbum de fotos de sus quince años. Se sonrió al verse vestida de blanco, junto a sus padres y abuelos. Las caras alegres de sus amigas y amigos transmitían afecto. Comenzó a leer las frases que le dedicaron en ese día. Muchos le prometían amistad para siempre; otros le agradecían su ayuda y algunos le pedían con cariño que no cambiara nunca.

Mientras lo cerraba sintió nostalgia de esa época pero asumió que en su vida no había marcha atrás.

Cuando lo iba a colocar nuevamente en la caja, vio un sobre con una carta adentro. La reconoció de inmediato; era la carta de Inés. Se acordaba perfectamente cuándo la recibió. Su amiga no quiso mandarle un mail porque prefería que la conservara.

Estuvo a punto de romperla y tirarla pero la curiosidad pudo más. Se sentó en un cajón de mudanza y comenzó a leerla.

*Querida Lucía:*

*A lo mejor te resulta ridículo que te escriba esta carta, y no te mande un mail. Lo hago porque quiero que la guardes para que te acuerdes de todo lo que hiciste por mí.*

*Tus consejos me ayudaron a cambiar de actitud. Sé que estaba equivocada y que me porté como una idiota, pero no me dejes sola. Me conocés demasiado y sabés muy bien lo débil que soy. Si no me hubieras apoyado y comprendido... ¡andá a saber en qué me hubiera convertido!...*

*Traté de ser como vos: sincera, valiente y segura, pero fui una imbécil que se dejó convencer por estupideces. Muchas veces te envidio porque sos tan comprensiva que todo el mundo te quiere; sos tan segura que no te dejás manipular. Por favor, no dejes de ayudarme. Quiero que sepas que siempre seré tu amiga, te debo mucho.*

*Gracias Lu y no cambies nunca.*

*Un beso de tu amiga,*

*Inés.*

Mientras leía la carta, fue reviviendo las charlas con su amiga.

-¡Qué distinta es la realidad! –suspiró-. Inés era sincera pero la vida para ella se había transformado.

Sus manos temblaban de la emoción. Sin intentar comprenderlo, se estremeció de angustia y dolor.

Le vino un arranque de rabia al acordarse del cretino que la había engañado, y sintió, al mismo tiempo, un tremendo arrepentimiento. Entendió de golpe lo equivocada que estaba y la estupidez de su comportamiento. Sólo ella era la culpable.

Su dolor se mezcló con la vergüenza de reconocer su vida pasada. Todas sus manipulaciones y caprichos se le hicieron presentes y veía los rostros de aquellos que había engañado y lastimado. Sus abundantes lágrimas le hacían arder sus ojos.

Inés, con esa carta encontrada por casualidad, le había iluminado sus recuerdos pero le había descubierto, la oscuridad en que se encontraba.

Al leerla nuevamente, se dio cuenta que sus lágrimas habían caído sobre el papel.

No sabía decir cuánto tiempo se quedó dentro del garage. Fue abriendo cada una de las cajas y revisando los recuerdos de sus amigas de su antiguo colegio. Revivió, conmovida, cada historia personal y los ratos agradables vividos con ellas. La cara, el pelo y toda su ropa le quedaron manchados y sucios por el polvo. Se encontró sentada en el suelo rodeada con el contenido de las cajas desparramado por todos lados pero se sentía distinta. Esos recuerdos eran su verdadera vida, y ahora, no estaba dispuesta a tirarlos a la basura. Aunque estuviera agotada por las emociones y cansada de tanto mover paquetes, fue guardando todo con cuidado y poniendo letreros de NO TIRAR. El álbum y la carta de Inés se los llevó para su cuarto.

Se sentía aliviada, y una luz de esperanza le hacía latir el corazón con fuerza. Compartía sinceramente la alegría de su amiga. Comprendió que podía liberarse de ese peso y cambiar, sin embargo, se preguntaba con realismo y ansiedad, si existiría para ella una segunda oportunidad...

Mariana aceptó encantada ir a la heladería para conocer a sus amigos. Se vistió con sencillez; los lentes oscuros de última moda le quedaban muy bien.

Utilizaron el mismo medio de transporte. Nicolás pedaleaba en la bicicleta y ella iba sentada adelante. Cuando llegaron sus amigos, ellos ya estaban sentados en la mesa de la terraza.

Nicolás vio como Sebastián, con total naturalidad, iba tomado de la mano de la chica, después hizo las presentaciones.

-Tienen que acercarse para que los salude –dijo Mariana con naturalidad- porque no puedo ver.

Nicolás miró a su amigo, como quien revela un secreto. Inés se acercó y la abrazó con afecto.

-Nosotros vamos a comprar los helados –dijo Sebastián, tocándole el hombro a su amigo.

-¿De qué lo querés, Mariana? –le preguntó Nicolás.

-De frutilla y crema –contestó ella-. Por favor, traémelo en un vaso. Y se puso a conversar con Inés.

-Sí, claro, como quieras –le contestó él.

Como había mucha gente tuvieron que colocarse al final de la fila.

Mientras los esperaban, ellas se pusieron a conversar. Inés le dijo que estaba saliendo con Sebastián. Se habían conocido hacía poco tiempo pero le encantaba su forma de ser; era inteligente, sencillo y noble. Le contó que era comprensivo y que ella estaba muy contenta.

Mariana le habló sobre algunos detalles de su vida y de sus aficiones. Con naturalidad, le explicó su enfermedad. Mientras se intercambiaban los números de celular, Inés observó como ella se manejaba con soltura utilizando el tacto para ingresar los números y las letras.

Al cabo de un rato aparecieron con los helados. Nicolás le entregó el vaso y se sentó junto a ella con un enorme cucurucho de chocolate. Sebastián le pasó a Inés el helado de chocolate y limón.

-¿Así que ustedes se conocen desde hace tiempo? –preguntó Mariana a Sebastián.

-No, nos conocemos desde hace poco –contestó él, tomando la mano de Inés entre las suyas.

-¡Ella se refiere a Nicolás! –exclamó Inés, divertida.

Sebastián trató de disimular su equivocación y mirando a su amigo, dijo:

-Sí, claro desde la primaria.

-Entonces, habrán tenido muchas aventuras juntos –dijo Mariana, llevándose una cucharada de helado a la boca-. ¡Me encantan las historias de amigos!

Sebastián comenzó a hablar con entusiasmo. Se sentía tranquilo, rodeado de gente que lo quería.

Les contó sobre los campeonatos de fútbol; sobre los libros que su amigo le había regalado y de las fiestas que habían ido juntos. De los trece a los quince años fue una etapa muy especial. Casi todos los fines de semana tenían algún cumpleaños. A las chicas les gustaba festejar sus quince años y ellos no se perdían ninguna fiesta.

Aclaró que en realidad, al que invitaban era a Nicolás, pero su amigo nunca iba solo.

-Nos creíamos unos genios y encarábamos a cualquiera. Siempre había alguna flaca atrás de Nicolás y él no se achicaba nunca.

-¿Por qué decís boludeces? –se quejó, haciéndole señas para que se callara.

Como Sebastián se sentía cómodo, no había forma de frenarlo y menos ahora que estaba hablando de su amigo. Sentía la necesidad de ser sincero. Dijo que a ellos les gustaba salir a bailar y conocer chicas. Aclaró con naturalidad que aquellos romances eran pasajeros; algún que otro beso, más o menos, inocente. Unas semanas, les gustaban unas chicas y, al poco tiempo, se entusiasmaban con otras.

-No éramos idiotas, pero tampoco nos aprovechábamos mal. ¡Hubiera sido refácil!... entre los hombres teníamos una especie de competición y con Nicolás, hubiéramos ganado la "carrera".

Siguió contando otras historias divertidas: sus primeras experiencias con el alcohol y el tabaco, los terribles permisos de los padres y alguna escapada del colegio.

-Nos decíamos las cosas en la cara y por eso no nos desubicábamos mal –intervino Nicolás.

-¡Cómo si hubiera pasado mucho tiempo! –exclamó Mariana, dirigiéndose a Sebastián.

-Es que dos años es mucho tiempo –le aclaró.

-¡Y ahora... se las tiran de maduros! –bromeó Inés, mientras sacaba una servilleta de papel y le limpiaba una mancha en la cara.

-Yo no me la creo nada –le contestó Nicolás, siguiendo con la broma- pero ahora la vemos diferente.

Sebastián sugirió comprar otros helados; estaba feliz, pero Mariana prefirió irse. Le encantaba haberlos conocido pero se estaba haciendo de noche y no quería llegar tarde a su casa. Habían estado conversando cerca de dos horas.

Nicolás llevó a Mariana de regreso en la bicicleta, mientras Sebastián fue a comprar otros dos helados grandes, de chocolate y limón.

Sofía estaba molesta. La jefa no dejaba de presionarla para que Nicolás empezara a trabajar. Le exigía que lo fuera a buscar y que lo convenciera de cualquier manera, que utilizara todos sus recursos.

Aunque no pretendía contradecirla, comprendía en su interior, que no dependía de ella. Debía dejarlo actuar con libertad. No lo llamó ni le envió ningún mail.

Estaba confundida y desorientada; nunca le había sucedido algo similar con otras personas. Desde la última conversación, fue descubriendo la firmeza de sus convicciones. Sería inútil convencerlo con argumentos frívolos, aunque realmente era importante que continuara en la agencia.

La sincerad de Nicolás la había removido interiormente. Sentía una profunda inquietud, sin embargo, no podía comprender los motivos de ese desasosiego. Comenzaron a molestarle algunos aspectos de su vida y de su trabajo.

Para tranquilizarse, se sentó a mirar el book que ella misma había armado; su sonrisa era transparente y su energía era reflejo de su intimidad.

-Ah... ¿estás disfrutando? –le preguntó con ironía una asistente que pasaba en ese momento. La coach estaba concentrada en las fotos.

-¡No seas idiota! –exclamó rabiosa-. ¡Andá a trabajar y no te metas en mis cosas!

-No te pongas así... yo también lo hago –le aclaró la asistente.

-Él no es como los otros... es diferente... -dijo como pensando para sí

misma.

Los días iban pasando y Nicolás no había decidido aún qué hacer con el trabajo de la agencia.

Después de llegar del gimnasio, fue a saludar a su abuela. A través de la ventana, vio a Mariana que hablaba con ella; era habitual encontrarlas juntas en el taller.

Ellas habían sintonizado desde un principio. La abuela le describía los colores que utilizaba y le leía las famosas cartas del abuelo y Mariana la ayudaba limpiando los pinceles, mientras la acompañaba dándole temas de conversación.

Al entrar al taller, vio que la chica tenía entre sus manos el anillo de la abuela. Se dio cuenta de que habían estado hablando sobre el abuelo y la piedra de lapislázu. No dijo nada. Se limitó a saludarlas y se fue a su cuarto para escuchar música y ver televisión.

Al cabo de un rato, vio por la ventana como ella se dirigía a su casa caminando con seguridad. Se había recogido el pelo con un broche y en su rostro asomaba una tranquila sonrisa.

Después de cenar, se puso a mirar su programa favorito. Como estaba acercándose el verano, la noche era calurosa. Abrió con brusquedad la ventana y la vio en el jardín, sentada en una reposera.

-¿Sos vos Nicolás? -preguntó ella, al escuchar el golpe de los postigos de madera.

-Sí -le respondió-. ¡Tengo un calor bárbaro!

-Yo también -dijo ella-. ¿Por qué no venís a tomar algo?

Mariana se levantó y fue a buscar otra reposera en el lugar donde acostumbraba a guardarlas.

-Dale, ya voy -le respondió, mientras se ponía una camiseta. Tenía tanto calor que andaba en su cuarto en short y descalzo. Saltó el pequeño muro que separaba los jardines y se sentó a tomar el refresco que le ofrecía.

Comentaron los últimos CD que se habían prestado. Mariana le contó que había estado charlando con Inés; era una buena chica que había cambiado mucho.

Se había levantado un viento suave que refrescaba la noche.

-Nunca me contaste nada sobre el casting –le dijo ella, tranquilamente.

-¿Y qué querés saber? –le preguntó con inquietud.

-Yo que sé... lo que quieras contar –le respondió ella, sirviéndose más bebida.

Nicolás le contó todo desde el principio: la inscripción, la selección, las fotos y la presentación de la campaña. No habló sobre Lucía; a esa altura, ella era un simple recuerdo y nada más.

-Eso está genial –comentó Mariana-. Con seguridad, tendrás un gran éxito.

Él le expresó sus dudas; esperaba un ambiente distinto al que había encontrado en la discoteca. Le habló de Sofía y de la jefa. Le dijo que dentro de unos días, debía tomar una decisión porque comenzaba el lanzamiento oficial de la campaña pero aún no sabía qué hacer.

Mariana lo escuchaba en silencio. Desde que lo conoció, se dio cuenta lo valioso que era; por las historias de sus amigos y por los cuentos de la abuela, comprendía que estaba frente a un chico especial. Muy segura de sí misma, trató de aconsejarlo.

Le empezó a contar que unos años atrás, había tenido un perro chiquito; era cariñoso y le hacía compañía. Tenía la costumbre de apoyar su cabeza sobre sus piernas mientras lo acariciaba durante largos ratos. Las demás personas –incluso sus padres- decían que era un perro feo, mezcla de razas indefinidas y que sólo servía para ladrar.

Ella apreciaba la ayuda que le prestaba; siempre le recogía lo que se le caía de las manos y se lo acercaba. Cuando se murió, fue la única persona que lo extrañó. Sus padres quisieron comprarle, enseguida, un buen perro de raza que le sirviera de lazarillo pero ella se negó. Había sido un perro feo para los demás pero para ella era la cosa más linda y entrañable del mundo.

-¿Y eso qué tiene que ver con el casting? –le interrumpió, intrigado.

-Que a lo mejor, te sucede algo parecido –le contestó, tranquilamente.

Le dijo que algunas personas –y no sólo los jóvenes- valoran únicamente el exterior. Se quedan con la cáscara y no pueden descubrir lo maravilloso que son los seres humanos.

-Vos no sos un perro feo –le siguió diciendo, con calma-. Por lo que contás, debe ser todo lo contrario. Yo no puedo verte por fuera, aunque me imagino tu facha, porque no soy boluda ni ingenua. No sos un simple

envase, ni tampoco sos un muñeco vacío. Es obvio que a la agencia le interesa tu figura, por eso te contrataron, pero podés hacer que tu imagen sea reflejo de tu interior. Tenés la oportunidad de demostrarles a los demás lo que realmente valés, aunque algunos sean incapaces de apreciarlo.

-¿Te parece bien que acepte ese trabajo? –preguntó con interés.

-iObvio que sí! –exclamó ella-. Tengo la seguridad que triunfarás como modelo. No sólo por ser lindo y atractivo, sino porque reflejarás, con tu manera de ser, todo lo que llevás adentro.

Le dijo que confiaba en él. En todo este tiempo, había aprendido a quererlo como un amigo y pensaba que así debía ser y nada más. Inés lo respetaba y admiraba; Sebastián lo quería como a un hermano. Ella se sentiría orgullosa de formar parte de ese grupo de verdaderos amigos.

-Yo no soy de las que gritan en los desfiles ni busco fantasías para llamar la atención -le terminó diciendo-. Y es obvio también que no provocho envidia a nadie.

Nicolás se acercó y tomándole suavemente de la mano, le dijo con delicadeza:

-Gracias flaca... vos siempre decís cosas saladas.

Nicolás tardó bastante en dormirse; nunca antes había sido tan sincero y profundo con una chica. Su amistad y confianza lo hacían sentirse más seguro y tranquilo. Aunque las decisiones sean personales, la vida se vuelve más sencilla –pensó- cuando se tienen amigos así.

Antes de llamar a Sofía, dejó pasar algunos días; los aprovechó para estar más tiempo con sus amigos y hacer deportes con ellos. Cuando por fin se decidió, le envió un SMS desde el gimnasio: vas a estar en la agencia? y a los pocos segundos recibió la respuesta: sí, vení.

Durante las semanas anteriores, Sofía había estado ansiosa, esperando esa llamada. No sabía qué le iba a decir pero de todas maneras se sentía tranquila. En todo ese tiempo había estado pensando en cómo ayudarlo pero sobre todo había reflexionado sobre sí misma. Había estado enfocando su vida de una manera superficial y egoísta; se estaba volviendo frívola y lo único que le interesaba era el éxito personal. Comprendió que debía cambiar de actitud. No podía dejarse deslumbrar por luces pasajeras y debía trabajar con mayor profesionalidad; respetar a las personas que trataba y valorarlas en su interior.

Lo estaba esperando en la recepción. Se fueron directamente a la cafetería para hablar con tranquilidad porque a esa hora estaba vacía y,

además, había preparado una bandeja con comida y refrescos. No quería presionarlo y dejó que él llevara la conversación que tanto esperaba.

Con pocas palabras, Nicolás le dijo que le gustaría seguir en la agencia. Le pidió sinceramente que lo ayudara; estaba preparado para trabajar dando lo mejor de sí mismo.

-Tengo que aprender mucho todavía –le dijo sonriente- pero vos sos mi coach.

-¡Nico, me siento super feliz! –exclamó ella, casi gritando. Se levantó emocionada y lo abrazó con cariño, mientras le decía:

-Lo vuelvo a repetir... será un honor trabajar contigo.

Se sentía seguro y confiado; había tomado una decisión personal y no simplemente para darle gusto a una chica.

Sofía, en un arranque de entusiasmo, se comió dos masas enormes con mucho dulce para festejar, sin importarle romper la estricta dieta que la perseguía por todos lados.

Le aclaró que dentro de unos días, comenzaban a preparar la verdadera campaña publicitaria. En esta etapa, iba a participar Julia, aquella chica que había estado en el casting. Le dijo que quizás, en alguna oportunidad, debían hacer tomas de exteriores y tendría que faltar al colegio pero ella iba a arreglar las cosas para no perjudicarlo.

Como ya se habían dicho todo lo importante, Nicolás se despidió y se fue en bicicleta para su casa.

Sofía se fue corriendo a la oficina de la jefa para informarle que Nicolás se había presentado para comenzar el trabajo.

-Bueno, ¡al fin una buena noticia! –Exclamó la jefa levantando la vista de un montón de revistas-. No sé qué hiciste para convencerlo pero de todas formas debo darte las gracias. Yo sabía que tenías recursos –le dijo con picardía.

-Fue una decisión personal –le aclaró con cara seria.

-Bueno, si no me querés contar no importa –le contestó-. Ese chico nos va a hacer triunfar; es el modelo perfecto para esta campaña. Y le señaló los paneles con las fotos que rodeaban su oficina.

-Por supuesto –dijo Sofía-. Yo soy la coach y lo protegeré lo más que

pueda. Andan muchos buitres sueltos por todos lados.

-¡Qué! –exclamó la jefa, con tono mordaz-. ¿Lo querés para vos sola?

-Estás totalmente equivocada, jefa –le aclaró, convencida. Mientras se iba le contestó:

-Nicolás se merece un mejor trato del que vos y yo le podemos dar.

La jefa la miró con incredulidad; no estaba acostumbrada a escuchar ese tipo de expresiones en la agencia y menos, de una empleada jovencita como ella.

-Ya lo verás... ya lo verás –dijo simplemente con una sonrisa. Y cerró la puerta de la oficina.

Como su abuela estaba sola en el taller, se animó a entrar.

-Hola, Nico, –lo saludó ella, con un beso cariñoso-. Hace tiempo que no venías a visitarme.

-Bueno, eh... como te veo acompañada por Mariana, prefiero que conversen entre ustedes –le respondió, sentándose en su sillón favorito.

Se puso a mirar los cuadros que estaban colgados en las paredes y trató de imaginarse las cartas de su abuelo, hasta que encontró uno conocido.

-Ese, que está en la pared, ¿es la famosa marina que te dio tanto trabajo?  
–le preguntó interesado.

-Sí, al final la terminé –contestó entusiasmada-. Pude lograr lo que quería. No quiero aburrirte pero traté de mirarlo con calma y decime lo que podés observar.

Lo descolgó y lo sostuvo entre sus manos.

Puso cara de interés para agradar a su abuela y dijo sencillamente:

-Abue, el tono del cielo es parecido al color de la piedra de tu anillo.

-¡EXACTAMENTE! –Gritó la abuela-. Es lo que pretendía, lapislázuli. ¿Y qué más me podés decir?

-Que el mar parece transparente, está calmo porque no hay olas y las gaviotas tratan de buscar peces en lo profundo del agua –respondió, sorprendido de sus propias palabras.

-¿Y las manchas oscuras? –le preguntó ella, como quien hace un test.

-Son las sombras de los botes que se reflejan en el mar –contestó aliviado.

La mirada de la abuela quedó fija en los ojos de su nieto. Mientras se limpiaba las manos, se le ocurrió una gran idea. Le dijo que mandaría enmarcar esa pintura para que la colocara en su cuarto.

-Pero si la podés vender por bastante dinero.

-No importa... quiero regalártela para que te acuerdes siempre de tu abuelo y de mí –respondió ella, mientras le tocaba la nariz con el dedo que lucía la piedra en el anillo.

Nicolás había recibido un mensaje avisándole que lo esperaban en la agencia, a las cinco de la tarde. Cuando llegó, estaba todo pronto para comenzar a trabajar. Ese día, realizarían tomas en el set.

Desde lejos se escuchaban los gritos de la jefa dando órdenes a todo el equipo técnico. Cuando lo vio, lo saludó con cara cansada diciéndole que había mucho trabajo por delante; la campaña había comenzado y debían cumplir con los plazos establecidos.

Sofía lo acompañó al lugar donde estaba la ropa. Le entregó lo que debía ponerse y le dijo:

-Hemos acondicionado una salita para que puedas vestirme.

A los pocos minutos, salió cambiado. En el otro extremo de la sala, se encontró con Julia perfectamente arreglada. Quiso saludarla, pero ella se estaba quejando. Criticaba a las peinadoras, los accesorios no le gustaban y el espejo no era del tamaño adecuado. Sofía, con gran paciencia, procuraba solucionar sus reclamos.

Cuando Julia se fijó en el aspecto de su compañero de trabajo, aumentaron sus pedidos y exigencias. Pretendía sobresalir. Para ella, el modelaje era una competencia que no podía perder. Lo saludó cortésmente pero marcó una distancia, mezcla de envidia y egoísmo.

Al llegar al estudio, Nicolás saludó al staff. Algunos hicieron comentarios sobre su aspecto pero no les prestó atención. Dejó que le arreglaran el pelo y la ropa tranquilamente, mientras hablaba de fútbol con el encargado de la iluminación. La coach estaba atenta por si necesitaba ayuda.

Tuvo que cambiarse varias veces de ropa. Como la jefa se mostraba muy

exigente, debía ir corriendo hacia el vestidor.

Julia trabajaba a la perfección. Seguía las indicaciones de los fotógrafos pero no dejaba de hacer reclamos a las vestuaristas y maquilladoras.

Nicolás se sentía cansado. La jefa –casi gritando- le daba órdenes sobre la manera de caminar y la expresión de su cara; no sabía cómo satisfacerla y estaba a punto de explotar. Miró a la coach para pedirle ayuda.

-¡Sé más natural! –le indicó ella-. ¡Sé tú mismo!

Se acordó de sus amigos y su cara se relajó. Entonces, los flashes de las cámaras dispararon decenas de tomas.

Durante el descanso, fueron todos a la cafetería. Nicolás se quedó conversando con el encargado de la iluminación ayudándolo a recoger los cables y a cambiar los soportes de las luces.

Cuando llegó a la cafetería, vio a Julia exigiendo un complicado jugo de fruta. Tranquilamente, se sentó con los fotógrafos para comentar el último partido. Cuando fue a servirse algo para comer, varias asistentes le hicieron comentarios sobre su aspecto. Él las miró sonriente y les dijo:

-Sí, obvio, la campaña saldrá bien, ¿verdad, Sofía?-, y se fue con dos sandwiches en la mano para seguir hablando de futbol.

La coach se dio cuenta del cambio que se había producido. Estaba distendido y cómodo.

Luego del descanso, siguieron las tomas con ropa de playa. Le entregaron un nuevo modelo de traje de baño; al verlo, se imaginó que ese verano muchos lo iban a usar.

Los fotógrafos disparaban sus cámaras sobre Julia y Nicolás. Realmente, hacían un excelente equipo. Él bromeaba con su compañera pero ella estaba muy seria en su papel. Cuando le hicieron fotos individuales a Julia, se quedó fuera de la plataforma esperando su turno. En ese momento, se le acercó una asistente y le insinuó que le gustaría tener una foto suya en la playa.

-Y a esta mina... cómo me la saco de encima –dijo para sí mismo. Poniendo cara de inocente, le contestó:

-Tendrás que esperar que salga la revista. Y se fue con el encargado de la iluminación, para seguir conversando.

Le indicaron que fuera a vestirse. La jefa había quedado satisfecha; estaba convencida de que con esas fotos se venderían muchos trajes de

baño.

-Y Nico, ¿cómo estás? –le preguntó Sofía, cuando él salía de vestidor.

-¡Estoy muerto!

Le dijo también que estaba conociendo de verdad a sus compañeros de trabajo; había descubierto que eran buena gente y además, muchos eran hinchas de su equipo de fútbol.

-Seguí así –le animó ella. Que actuara con naturalidad y todo saldría excelente. Le mostró el plan de las actividades: spots publicitarios, ensayos para el desfile y posibles entrevistas en los medios.

-¡Vos estás de la cabeza! –le dijo con voz cansada-. Yo de eso no sé nada.

-Confía en mí –le pidió segura. La próxima vez, deberían trabajar en exteriores. Ella lo llamaría para concretar el horario.

Cuando salió de la agencia, vio a Julia subir en un auto deportivo, la saludó con la mano pero ella no le prestó atención.

Mientras se montaba en su bicicleta, se le acercó de nuevo la asistente y le dijo, con el mismo tono de voz:

-Ay... Nico, de veras que me gustaría tener una foto tuya.

-Esta no se da por vencida –dijo en voz baja, mientras se reía de la situación. Se colocó los auriculares y con tono irónico, le respondió:

-¡Cuánto lo siento!... tendrás que seguir esperando. Y se fue, tranquilamente, pensando en lo que su madre le tendría preparado para comer

Cuando abrió el portón, vio a Mariana en el porche. La saludó con un grito y le dijo, que después de comer, hablaría con ella.

Mientras cenaba, recibió un SMS de Ignacio preguntándole cómo le había ido. Le extrañó que su amigo le preguntara eso; hacía unos días que lo había criticado por ser un aburrido. Le contestó invitándolo a su casa.

Ignacio llegó cuando Mariana y Nicolás estaban conversando en el jardín. La noche estaba agradable y fresca.

Nicolás les contó las pretensiones de Julia y los gritos de la jefa. Cuando se burló de la asistente que quería su foto, Mariana se rio de la desilusión

sufrida por la pobre "admiradora".

-Ah...loco...ivos sí que tenés suerte! –suspiró Nacho tirado en la silla.

Les comentó cómo la jefa le gritaba por sus posturas y por su expresión; no había forma de dejarla contenta, hasta que Sofía le sugirió que pensara en algo divertido.

-Me acordé de vos y del cubo –le dijo a su amigo.

-¿Por qué no me cuentan? –preguntó Mariana, intrigada.

-No dejá... no me hagas acordar que vomito –exclamó Nacho-. El uno no me lo puedo sacar de encima.

-Se ve que les gustaron las caras que puse –dijo Nicolás- porque a partir de ese momento, me dejaron tranquilo.

-¿Y ahora qué falta?-preguntó Mariana.

Les explicó que debían hacer tomas de exteriores y filmar los spots publicitarios. Por lo que había escuchado, suponía que sería en algún lugar de la costa. En ese momento, se le ocurrió una idea:

-¿Te gustaría acompañarme? –le propuso a su amiga-. Tengo que preguntarle a Sofía, pero pienso que no habrá problemas.

-Por supuesto –contestó ella-. Me encantaría ir, aunque no te podré ayudar mucho.

-¡Dale... loco!... yo también voy –dijo Nacho-. Así conozco a la sirena.

Desde la reposera llamó a la coach.

-¡Hola, Sofi!, ¿cómo estás?

-¿Y ahora qué te pasa? –le contestó, medio dormida mirando el reloj de su cuarto.

-¿Puedo llevar a unos amigos? –le preguntó, sin preocuparse del comentario de ella.

-¿Cuántos son? –le preguntó. Sabía que a la jefa no le gustaba el desorden.

Él le contestó que eran dos; un compañero de clase y una vecina.

-Ah... ¿Querés que ella te vea triunfar? –le preguntó, con la intención de provocarlo.

-Bueno... más o menos –le dijo sencillamente-. Sólo quería asegurarme de que no hubiera problemas.

-Por mi parte no hay inconvenientes –le contestó Sofía, sin entender mucho ese «más o menos».

-Gracias, Sofi, -contestó-.Chau.

## **La abuela**

La filmación en exteriores implica siempre realizar un gran montaje y requiere mucha organización para aprovechar el tiempo y no elevar los costos.

Tuvieron que acondicionar un transporte como vestidor, sala de maquillaje y peluquería, además de transportar toda la ropa. Una camioneta llevaba los equipos de los fotógrafos, butacas y lo necesario para montar la iluminación. Otro vehículo era utilizado como cafetería rodante, y además, debían coordinar el traslado de todo el personal.

Los creativos habían elegido una zona solitaria de la playa con rocas y abundantes pinos.

Julia y los demás, vieron llegar a Nicolás, con una chica sentada en la parte delantera de su bicicleta. Sofía se acercó radiante hacia ellos, pero se frenó al ver cómo la chica, con absoluta naturalidad, acomodaba un bastón blanco entre sus manos y tanteaba el terreno.

Mariana resultaba atractiva y juvenil, con su pelo recogido y sus lentes oscuros. Él dejó que ella se apoyara en su brazo y se dirigieron hacia las sillas.

Cuando la presentaba, ella iba haciendo comentarios agradables a cada uno. Después, se dirigió, tanteando el terreno con habilidad, hacia una silla cercana y se sentó doblando su bastón blanco para guardarlo en su bolso.

Ignacio dejó su bicicleta junto a las otras y se fue directamente a saludar a Julia.

-¿Y vos quién sos? –le preguntó con cara seria.

-Un amigo de Nicolás.

-Entonces, andá con él –le contestó dirigiéndose hacia el vestidor.

-¡Es realmente una sirena! –exclamó Nacho entusiasmado y se fijó que un grupo de asistentes le sonreía desde lejos.

Mientras caminaba hacia el transporte vestuario, Sofía se acercó a Nicolás y lo abrazó, conmovida.

-¿Qué te pasa? –le preguntó, extrañado. Todavía, no se acostumbraba a esos arranques de afectuosidad.

-Nada, Nico, no me pasa nada –le respondió ella, con orgullo-. Andá a cambiarte que tenemos que empezar.

Mariana disfrutaba del ambiente; escuchaba los gritos de la jefa y las exigencias de Julia. Le divertía la actividad y las conversaciones que oía. Sofía le ofreció una lata de refresco y se sentó a su lado para charlar mientras los técnicos instalaban los equipos para las filmaciones.

La coach descubrió su naturalidad y madurez y Mariana valoró la buena voluntad de ella para ayudar a su amigo.

Durante un receso, se acercaron a la camioneta cantina y Nicolás le preguntó a su amiga si estaba a gusto.

-Estoy disfrutando mucho –le respondió sonriente, mientras mordía un sandwich que le había servido Sofía.

Como era habitual, se habían juntado un grupo de curiosos para observar el montaje y mirar la filmación. Nicolás se fijó en una pareja de viejitos que llevaban horas sentados. La anciana le sonrió y él se acercó.

La mujer le elogió su aspecto y la ropa; con cariño y confianza le preguntó cómo se llamaba. Él se sonrió y les pidió que aguardaran un momento.

Buscó a un fotógrafo y le pidió alguna foto suya que tuvieran de la vez anterior; tomó un marcador y escribió su nombre en la fotografía. Pasó por la camioneta y recogió unos bocadillos. Volvió hacia donde estaban los ancianos y le dio la foto a la mujer y los sandwiches al hombre. Le dio un beso a cada uno y se fue a continuar con su trabajo.

Sofía y la jefa lo observaron desde lejos. La jefa, en un arranque de impaciencia, comenzó a gritar a los demás integrantes del equipo:

-¡Qué hacen allí sentados, sin hacer nada! Vamos... empiecen que se va la luz.

Nicolás se rio al ver a Ignacio rodeado de dos asistentes que lo escuchaban con atención. Estaba cómodamente sentado en una butaca haciendo gestos y sugerencias sobre los mejores lugares para la filmación.

Cuando Nicolás se acercó, Nacho dijo que le gustaría intervenir; que él sabía cómo hacerlo y que le daría un look especial a la publicidad.

La jefa estaba parada a unos pocos pasos, escuchando la conversación. Se acercó sonriente y, con cierta picardía, le dijo a Ignacio que podía colaborar. Le indicó que se sentara en una roca cercana a un árbol mirando hacia el mar.

Nacho, eufórico, obedeció inmediatamente y se quedó inmóvil mientras las cámaras filmaban a Nicolás caminando entre los pinos, exhibiendo ropa informal.

-Si querés puedo dejar mis datos –le dijo a la jefa después de agradecerle.

-No hace falta –le contestó-. Por hoy terminamos.

Ignacio le dijo a Mariana que más tarde los alcanzaba. Tenía que conversar con una asistente.

Durante el regreso, comentaron divertidos lo que habían vivido. Se rieron de los caprichos de Julia y de los gritos de la jefa. Mariana se refirió a Sofía con cariño.

-Se nota que te aprecian –comentó ella-. Y no sólo por hacerles vender más ropa.

Él le contó sobre la pareja de ancianos que estaban curioseando. Entre risas, le dijo:

-¡Te das cuenta! Ese fue mi primer autógrafo. Y siguió pedaleando despacio, para que se sintiera segura.

El sonido de una ambulancia lo hizo correrse hacia la derecha para darle paso.

En la mochila, tenía guardado su primer sueldo. Había decidido disfrutarlo con sus amigos pero antes debía comprar el regalo para su abuela.

Lo había elegido en una joyería y solamente esperaba tener el dinero para comprarlo. Como estaban cerca, iba a aprovechar para comprarle un

regalo a su abuela.

Frenó con cuidado frente a la joyería y le pidió que se quedara al lado de la bicicleta. Regresó al cabo de unos minutos.

Mientras subían a la bicicleta, le preguntó, con curiosidad:

-¿Qué le compraste?

Le contestó, simplemente, que le había comprado un collar con piedras.

-¡Seguro que le va a encantar! –Exclamó ella, con confianza-. Me imagino que son de lapislázuli.

-Obvio, ¿no? –respondió, dando pedaleadas rápidas por el repecho.

Al doblar la esquina, vio la ambulancia parada frente a la puerta de su casa. Se lo dijo a Mariana, con miedo en la voz y frenó con rapidez. En esos momentos unos paramédicos llevaban en una camilla a una persona. Era su abuela. Mariana, casi gritando, preguntaba con ansiedad y entonces se lo dijo.

Corrió para hablar con su madre pero ya había entrado en la ambulancia. La sirena volvió a sonar y se marchó a toda velocidad.

Su padre, que estaba parado en la puerta, tomó a Nicolás de un brazo y lo hizo entrar. Mariana se fue lentamente para su casa.

-Parece que es algo del corazón –le dijo el padre-. Estaba pintando en el taller y, de pronto, sentimos un ruido. Cuando llegamos, la encontramos tirada en el suelo. Los paramédicos la reanimaron y dijeron que había que llevarla rápidamente al hospital.

-Pero, ¿es grave? –preguntó, angustiado. Quería tener una respuesta rápida. Se daba cuenta de que la situación era complicada pero necesitaba hacerse la ilusión que todo era simplemente un susto y nada más.

-No lo sé, debemos esperar la llamada de tu madre.

Su padre le dio un abrazo fuerte y cariñoso; se sentía débil y desprotegido y en esos momentos sólo podían esperar, aunque él no estaba dispuesto a eso.

-Papá, ¡vamos al hospital! –le dijo, casi gritando.

El padre cerró con cuidado el taller de la abuela y recogió las llaves del coche. Él ya estaba sentado en el auto, serio, sin hablar y con los ojos llorosos. Llamó a Mariana y le dijo que iba al hospital y que la llamaría

cuando tuviera alguna noticia.

Encontraron a la madre sentada en la sala de espera con los ojos llenos de lágrimas. No pudo aclararles nada; le habían dicho que esperara porque la estaban atendiendo.

Después de una interminable media hora, apareció un médico. Les dijo que había sufrido un fallo cardíaco grave; la reanimación había dado resultado y ahora le estaban aplicando el tratamiento adecuado pero su corazón había quedado dañado. En ese momento, la situación era estable pero debía permanecer en cuidados intensivos, porque las siguientes cuarenta y ocho horas iban a ser muy importantes para dar un pronóstico más acertado.

-¿Puedo entrar a verla? –le interrumpió Nicolás.

-Ahora está dormida –respondió el médico, con voz profesional-. Le hemos dado un sedante fuerte y tardará mucho en despertarse. Lo mejor es que vengan mañana por la mañana.

-¡PERO NO PUEDE QUEDARSE SOLA! –le gritó.

El doctor les explicó con calma que tanto el equipo médico como las enfermeras la iban a estar cuidando y monitoreando toda la noche. En esos momentos, ella necesitaba quietud y lo único que se podía hacer era esperar.

Antes que lo llegara a insultar, su padre apoyó su mano sobre el hombro para calmarlo. El médico aprovechó para entrar por donde había salido unos instantes antes.

Cuando estaban los tres dentro del coche, recibió llamadas de sus amigos; les contestó con pocas palabras; les repitió las frases del médico y les dijo que había que esperar. Después, apagó su celular; no quería hablar con nadie.

Una vez en la casa, el padre le preparó un té a su esposa que seguía llorando en silencio. Nicolás quería estar solo. Sin pensar, se fue al taller de su abuela; abrió la puerta y se sentó en su sillón favorito sin prender la luz.

En el silencio y en la oscuridad comenzó a llorar. Cayó en la cuenta de cuánto la quería. El olor a pintura, mezclado con el perfume que habitualmente usaba, le traía recuerdos de toda la vida. La necesitaba. Sus consejos, su forma de ver la vida y su valentía para salir adelante eran su apoyo en todo momento.

En ese sillón, había escuchado las historias de amor con el abuelo. Se sentía comprendido. Su abuela sabía leer en su interior mucho mejor de lo que él se conocía a sí mismo. Como buena artista, tenía una visión mucho más profunda que las demás personas.

Precisaba su guía; necesitaba que lo ayudara a descubrir el significado profundo de la vida. Si moría nadie la podría sustituir.

El llanto lo hizo estremecerse. Una angustia profunda nacía de su pecho haciéndolo temblar, sin poder controlarse. El inmenso dolor y el cansancio lo hicieron adormecerse, lentamente.

Apenas se dio cuenta, cuando su padre lo acompañó hasta su cuarto. Se acostó vestido en la cama, mientras su madre le quitaba los zapatos. Se sentía un niño pequeño que se dejaba cuidar.

A la mañana siguiente, se despertó asustado. Se lavó a toda velocidad para acompañar a su madre al hospital.

Cuando llegaron, vieron a Mariana sentada en la sala de espera. Apenas hablaron entre ellos. Cuando la madre la abrazó, notó a través de sus lentes oscuros que había llorado mucho.

Los médicos informaron que había pasado una noche tranquila, aunque su estado seguía siendo reservado; todavía no habían pasado las primeras veinticuatro horas. En ese momento, vieron salir al sacerdote de la iglesia del barrio. La abuela le había pedido a las enfermeras que lo llamaran y había estado con ella.

Nicolás lo miró serio, con cierto temor, pero entendió que eso era una muestra más de la vida coherente de la abuela. La había visto rezar durante toda su vida y en estos momentos resultaba la cosa más natural del mundo, aunque personalmente, hubiera preferido no encontrarlo en estas circunstancias.

Una enfermera les dijo que podían pasar a verla de a uno y que fueran breves.

La madre entró primero. Ellos se quedaron en silencio esperando en la sala.

Al cabo de un breve tiempo se abrió la puerta y salió la madre más tranquila. Incluso esbozó una sonrisa, aunque no se podía saber si lo hacía por ella o para darle ánimo a su hijo.

Nicolás entró caminando muy despacio a la habitación donde se encontraba su abuela. Después de darle un beso, se quedó quieto en

silencio, contemplando con miedo los aparatos y tubos que la rodeaban.

Ella le sonrió y lo tomó de la mano, apretándosela fuerte. Comenzó a hablar con voz pausada pero firme. Estaba tranquila, tenía su alma en paz. En una mano tenía el rosario que habitualmente usaba. Le dijo a su nieto que lo quería mucho y que él se quedara también sereno.

El tono de la conversación parecía una despedida pero él no lo iba a permitir. Para distraerla, empezó a contarle detalles de la agencia, del colegio y de las pinturas. La abuela lo miró con cariño y le dijo, tranquilamente:

-Nicolás, dejate de tonterías... ya no sos un niño. Tenés que enfrentarte con realidades difíciles y no las podés eludir. Quiero darte algo. Le puso en su mano el anillo con la piedra azul.

-Quiero que se lo regales a tu futura esposa cuando tengas tu primer hijo... para que te acuerdes de esta vieja y de tu abuelo que nunca conociste.

-¡Pero qué estás diciendo! –exclamó sorprendido-. Todavía es tuyo y tendrás que usarlo por mucho tiempo.

-¡No seas infantil, Nicolás! –le respondió ella-. Te conozco y te quiero mucho. No me gusta que sufras, aunque el sufrimiento no es tan malo como lo pintan algunos.

-Pero abuela –le dijo, llorando sin disimular el dolor -. Ahora es justamente cuando más te necesito... ¿quién me va a ayudar a descubrir el significado de los cuadros?

-Siempre habrá alguien que te ayudará a ver las cosas importantes de la vida –le contestó, con una sonrisa cansada.

-Pero abue..., -le rogó tomándole la mano.

-¡Basta, Nicolás! –lo frenó, con firmeza-. Ahora, dame un beso como cuando eras niño y saltabas en mis brazos.

Se acercó temblando por la emoción. Con cuidado, la besó y la abrazó, tratando de demostrarle todo su amor y respeto. Sus lágrimas mojaron las sábanas pero ella mantenía su mirada serena. Le dijo que se fuera y como sabía que Mariana estaba en la sala de espera, le pidió que la hiciera pasar.

Se guardó el anillo en un bolsillo y mirándola con ternura, obedeció.

Cuando la abuela la vio parada al lado de su cama, la tomó de la mano. Trató de incorporarse para besarla, pero Mariana se acercó y se estrecharon en un prolongado abrazo. Habían forjado una fuerte amistad; eran dos personas inteligentes que se apreciaban mutuamente.

-Abuela -dijo, con serenidad-. Quiero que te mejores, le haces mucha falta a Nicolás y a toda la familia.

-Yo también -dijo, con voz cansada-. Pero eso no depende de mí y creo que tampoco, a estas alturas, dependa de los médicos.

-Eres muy feliz ¿verdad? -le preguntó.

-Claro que sí, tontita -bromeó la abuela-. Entre nosotras hay mucha confianza y no tenemos secretos. Si me llega a fallar de nuevo el corazón quiero que te quedes con las cartas que te he leído. Para mí, son muy importantes y quiero regalártelas.

-Será un honor -contestó, emocionada-. Pero no sé donde están.

-No te preocupes por eso -le contestó, tranquilamente-. Mi hija ya lo sabe y te las dará en su momento.

-¡Qué espero que sea dentro de muchos años! -exclamó, quebrándosele la voz.

-Eso, sólo Dios lo sabe, querida -le contestó, tranquilamente.

Mariana se acercó y la abrazó de nuevo.

-Quiero pedirte algo -dijo la abuela, con solemnidad-. Sos la mejor amiga de Nicolás.

-Sí -contestó ella rápidamente- y como habíamos hablado en el taller, seré siempre su amiga.

-Por eso necesito que lo orientes. Quiero que lo ayudes a descubrir las cosas importantes de la vida. La voz de la abuela se volvía más fatigada pero siguió diciendo:

-Vos no podés ver con los ojos pero sé que posees una visión más profunda. Quiero que mi nieto descubra su mundo interior. Las personas que lo rodean sólo ven la superficie y puede salir lastimado.

Apenas se oía su voz fatigada.

-Es importante que él vea con tus ojos... precisa que lo protejas... necesita

que lo aconsejes...

Mientras Mariana la acariciaba con cariño, le dijo:

-Quedate tranquila, abuela..., eso ya lo habíamos hablado.

-Sabía que podía contar contigo –le dijo, más calmada-. Ahora andate que quiero dormir. Estoy muy cansada...

Apenas su madre lo tocó, Nicolás se despertó de un salto. Era casi medianoche. Al notar la tristeza en su cara, no necesitó escuchar nada para comprender la situación.

-La abuela murió hace unos minutos –escuchó que le decía-. El corazón le volvió a fallar y no pudieron reanimarla. Acaban de llamar del hospital.

Nicolás la abrazó hundiendo la cabeza en su pecho como cuando era niño y tenía miedo. Aunque el dolor era tremendo, algo en su interior lo hacía sentirse sereno. Su abuela se había marchado en paz y se había podido despedir.

Mientras se vestía, su mirada se fijó en el cuadro que colgaba de la pared. Lo miró con cuidado. Sin preocuparse, comenzó a llorar serenamente; como el mar azul que había pintado su abuela.

Sus padres, de común acuerdo, habían dispuesto las cosas para velarla en la casa.

Las horas que pasó acompañando el cuerpo de su abuela fueron como un sueño rápido y doloroso. Sebastián e Ignacio estaban a su lado.

Muchísimas personas se acercaron a saludarlo. Su abuela era conocida y apreciada en el ambiente artístico y en el vecindario. Mariana pasó sentada muchas horas cerca de la abuela. Vinieron casi todos los compañeros del colegio y los empleados de la agencia. Sofía, después de abrazarlo con cariño, se fue a sentar al lado de Mariana.

Lucía llegó con el grupo de compañeras pero se quedó en un rincón tratando de no llamar la atención. Cuando la vio, se le acercó y le dijo:

-Gracias por venir.

-Sé que ella te quería mucho –le contestó, tímidamente.

-Sí, tenés razón. Y se fue para estar cerca de su abuela.

Se quedaba parado largos ratos mirando su rostro lleno de paz. Con la muerte de su abuela se había cerrado una etapa de su vida. Tenía grabadas en su mente sus últimas palabras en el hospital. Ella sabía que se estaba despidiendo, por eso, lo había tratado con sinceridad y firmeza.

Una nueva oleada de dolor le hizo recordar que no le había entregado su regalo. Fue hacia su cuarto y abrió el estuche. Le pidió a Mariana que lo acompañara al lado de su abuela. Miró el rostro quieto y frío con inmenso cariño y en voz baja, dijo:

-Abuela, este es mi regalo prometido. Perdoname porque me olvidé de dártelo.

Suavemente, lo colocó junto al rosario que tenía entrelazado entre sus manos. Le dio un beso en la frente y sus lágrimas volvieron a asomar de sus ojos azules como las piedras del collar.

-Nico, tu abuela te está viendo en este momento y con toda seguridad, estará muy contenta –le consoló su amiga.

-Sí, ya lo sé. Sus ojos sabían descubrir cosas que yo nunca llegué a comprender del todo –contestó, emocionado.

La acompañó a una silla y se sentó a su lado.

-No te pongas triste, siempre tendrás amigos que te ayudarán a ver como miraba tu abuela.

Nicolás se alegró al escucharla. Su abuela siempre tenía razón, aunque él tardara tiempo en darse cuenta.

Sebastián estaba respondiendo las preguntas de la prueba, a toda velocidad; tenía facilidad para escribir y le agradaba la literatura. Aunque no leyera autores clásicos, redactaba con estilo y sus argumentos y análisis resultaban oportunos; por eso, obtenía buenas calificaciones.

Levantó la vista del papel y miró a Nicolás en el otro extremo de la clase. Estaba mordiendo la lapicera, con mirada perdida y algo triste.

Habían pasado dos semanas desde la muerte de su abuela. Juntos, ordenaron el taller de pintura. Guardaron los pinceles, enrollaron algunas telas sueltas y colgaron otros cuadros en las paredes. Barrieron, limpiaron y ventilaron el taller. Nicolás instaló su escritorio y colocó otros sillones para sus amigos. Quería ese lugar como algo propio. Mariana iba con

frecuencia para acompañarlo y escuchar música juntos.

Ignacio también se reunía en la casa de su amigo. Continuaba alardeando de sus éxitos y soñando con nuevas aventuras. Su última novedad era su brillante participación en el mundo publicitario. Seguía intentado presentarles chicas, aunque a Sebastián no le interesaba salir con otra y Nicolás no necesitaba de su ayuda.

Fue comprendiendo, poco a poco, que cada uno tenía su estilo. Él estaba feliz con el suyo. Hasta ese momento, le había dado resultados y no quería complicarse la vida. Se alegraba del éxito de su amigo, aunque estaba convencido que si él estuviera en su lugar, las cosas serían diferentes.

Nicolás había gastado parte de su sueldo con sus amigos; habían ido varias veces al cine y a comer pizzas. Disfrutaba compartiendo tiempo con ellos. No tenía necesidad de cambiar de posturas ni modificar la expresión de su rostro. Con ellos, podía ser natural, y eso era lo que más le gustaba.

La profesora de literatura avisó que faltaban diez minutos para terminar la prueba. Sebastián seguía escribiendo y Nicolás trataba de ordenar sus pocas ideas en el papel. Cuando sonó el timbre, recogió las hojas y todos salieron al recreo.

Ignacio se acercó a un grupo de chicas de la clase inferior que estaban reunidas, mirando algo.

-¿En qué andan? –les preguntó, inflando el pecho.

Ellas se rieron y le mostraron una revista, con la nueva colección de ropa para el verano. Ignacio miró atentamente cada fotografía. Su amigo parecía un modelo profesional. Su imagen era atractiva y sensual. Despertaba deseos de tener la misma ropa.

-Nico... Nico... saliste en la revista –gritó y se la pasó, con orgullo.

Miró las fotos y se fue acordando del momento y del lugar de cada una. Realmente, eran de calidad y la ropa de excelente gusto. Le devolvió la revista, diciendo:

- Estos locos saben lo que hacen... ¿verdad?

-¡Están de más! –contestó su amigo, casi gritando-. ¡Qué facha loco! Si fuera yo.

Una compañera de clase le pasó la revista a Lucía, mientras le decía:

-¡Pensar que ese cuerpo casi fue tuyo!

Lucía sufrió con el comentario. Reconoció que era verdad pero no quiso darle explicaciones. Las imágenes no le despertaron fantasías. Veía claramente, unos ojos azules llenos de sencillez. El brillo de su cuerpo que antes le cautivaba se le presentaba ahora como un disfraz sin importancia.

Ella había sido, en cierta forma, la causante de esas fotografías. De alguna manera era protagonista del triunfo de Nicolás pero no podía compartir con nadie sus sentimientos. Deseaba gritar y explicar que estaba equivocada; tenía ganas de correr junto a él y pedirle que la perdonara. Pero sabía que todo eso sería imposible. Hay heridas que dejan cicatrices duraderas; las palabras no alcanzan; el perdón tardará en llegar.

Le devolvió la revista a su compañera, diciéndole sencillamente:

-Nico es demasiado para mí. Y se fue tranquila a tomar un yogur a la cantina.

Se formaron grupos de chicos y chicas, para comentar la revista. Como si se hubieran puesto de acuerdo, muchos la habían llevado al colegio.

-¡Qué idiotas!... ¡si son sólo fotos! –dijo, en voz alta para que lo escucharan los demás.

-Dejaste a todas alborotadas–le dijo Ignacio-. ¡Si fuera yo!

-Basta, no sigas –le cortó-. Vamos a la cantina, ¡estos pelotudos me tienen cansado!

Así comenzó la nueva etapa publicitaria en su vida. Todos lo miraban con interés. Los compañeros le decían que se iban a comprar un traje de baño igual al de la foto y las chicas le pedían que les firmara la revista. Aunque él se negara diciendo que era ridículo, no dejaban de presionarlo.

La profesora de matemática tenía también un ejemplar de la revista entre sus libros y cuadernos.

-Te felicito, Nicolás –le dijo ella con admiración mientras se acomodaba su pañuelo verde limón-. Tu imagen es tan juvenil... está tan llena de energía...

-Se refiere a la ropa, ¿verdad, profesora? –la interrumpió, para evitar que

siguiera hablando.

-Esteee... sí por supuesto, son unos modelos exclusivos –respondió, guardando rápidamente la revista en su bolso amarillo. Con cara seria, se dio vuelta y tapó el pizarrón con su cuerpo, mientras escribía ejercicios de matemática.

Cuando llegó a la casa, su madre le sonrió con cariño y orgullo.

-Mirá, Nico –le dijo ella, mostrándole una revista.

-¡Vos también! –Protestó, tirándose en un sillón-. Tuve que aguantar toda la mañana y ahora acá... ¡Estoy por reventar!

-¡Mi hijo, un modelo profesional! –gritó-. Estoy muy orgullosa. Mis amigas no paran de llamarme.

-¡Vieja, no me rompas! –se quejó.

-Esa no es la forma de hablarle a tu madre –protestó su madre con cara seria.

-Bueno...déjame descansar un momento –le contestó, en tono irónico-. ¿Te gusta así?

Le agradaba que su madre se sintiera orgullosa y alegre; así tendría tema de conversación con sus amigas, aunque en ese momento, no quería hablar más del tema. Estaba agotado.

-Quedate tranquilo Nicolás..., todo va a salir bien –le dijo, mientras le acariciaba el pelo rubio igual al de ella.

-Sí... todo va a salir bien –le contestó tranquilamente, dejando que disfrutara de su triunfo.

Había recibido más de cincuenta correos electrónicos. Unos amigos lo felicitaban por las fotografías y otros le aseguraban que comprarían la ropa.

Algunos mails eran de personas desconocidas que lo adulaban y le hacían comentarios personales sobre su figura. Frases desubicadas de personas frustradas que no sabían ver más allá de las apariencias. Personas anónimas, con complejos psicológicos que buscaban llamar la atención sin valorar la intimidad de los demás.

Mientras los leía, comprendió la ambigüedad de esos elogios y descubrió la envidia que manifestaban con las palabras. Su primera reacción fue

responderles insultos pero esa misma rebeldía lo hizo recapacitar.

No podía seguir engañándose a sí mismo ni pretender seguir siendo un tonto ingenuo que busca escapar de la realidad. Cuando aceptó el trabajo como modelo, sabía que iba a estar expuesto a este tipo de situaciones.

Aunque le molestaba lo que estaba leyendo, era consciente que él mismo había usado de su imagen para satisfacer sus caprichos personales. Aunque deseaba, en lo más profundo de su corazón cambiar de actitud, se daba cuenta que las fotos sólo muestran su exterior, y que de cierta manera, era lógico que le hicieran comentarios.

Debía asumir, de una vez por todas, que había decidido libremente ser modelo. Si quería influir positivamente en ese ambiente, no podía achicarse frente al primer obstáculo que se le presentara.

Se acordó de su abuela; de sus cuadros y de sus dichos: «siempre habrá personas que no pueden ver en lo profundo».

Esos recuerdos lograron calmarlo. Fue hacia el cajón de su escritorio y tomó el anillo con la piedra azul. Lo besó con cariño y se lo colocó en la cadena que colgaba de su cuello.

Lentamente y con seguridad, fue eliminando todos los correos electrónicos de personas desconocidas, marcándolos como *spam*.

Sofía lo llamó para comentarle el impacto de la publicación. Como él empezó a quejarse porque habían colocado su dirección electrónica en la revista, esperó que se desahogara. Le dijo que ese tipo de mail, lamentablemente, era frecuente, pero ella estaba a su lado para apoyarlo. En la agencia, estaban muy contentos con los resultados, pero sobre todo con su persona.

-Realmente te valoran –le dijo finalmente.

-Sí ya lo sé... ¡pero hay cada imbécil suelto! –se quejó.

-Yo también era una de esas imbéciles, Nicolás –le confió ella-. Pero a medida que te fui conociendo, me ayudaste a ver las cosas de otra manera.

Se sintió incómodo y no supo que responder. Le molestaba escuchar confidencias de chicas. Por lo general, no les encontraba sentido y le resultaban complicadas.

-Si vos lo decís... -contestó, tímidamente.

Sofía le siguió hablando del trabajo. Habían lanzado los spots en la televisión. La campaña se había vuelto masiva.

-¡Todavía tengo que aguantar eso! –le interrumpió, con voz cansada.

-Sí, Nico... no te aflijas. Vos tenés suficiente energía para lo que sea –le aclaró-. Seguí así.

-¿Y ahora, qué falta? –le preguntó.

Ella le anunció un desfile de promoción. La agencia pretende que sea un evento grandioso y para eso contrataron a una productora internacional, conocida de la jefa. Tendrían una reunión de planificación, y después, los típicos ensayos.

Le siguió diciendo, entusiasmada, que muy probablemente le hicieran una nota en la televisión. La jefa intenta una amplia difusión pero todavía no estaba agendada. Que no se preocupara: cada cosa a su tiempo.

## **Backstage**

Era la primera vez que la jefa lo llamaba a su celular. Se la notaba apurada y nerviosa, aunque su tono de voz ronco e imperativo era el mismo de siempre. Le explicó a grandes rasgos sobre la reunión que debía asistir para planificar el desfile. Se trataba de un asunto de responsabilidad profesional, donde la agencia y ella misma se jugaban el prestigio. Los de la productora contratada eran los mejores creativos del ambiente del modelaje que vendrían por primera vez a la ciudad. Le dijo que confiaba plenamente en él, pero que en estas circunstancias, debía hacer un último esfuerzo para que todo saliera bien. Si necesitaba algo, podía contar con el apoyo de la coach y de todos los empleados.

Le molestó la presión de la jefa pero comprendió que cumplía con su trabajo. La perspectiva de un desfile lo ponía nervioso. Una cosa era dejarse fotografiar o filmar, pero aparecer en público en una pasarela, le resultaba extraño. Al acordarse de la presentación en la discoteca, le invadió un sentimiento de inseguridad pero enseguida alejó esos pensamientos y se sintió más tranquilo. Ahora era dueño de su decisión y debía asumir todas las consecuencias.

Mientras hacía un poco de tiempo, buscó en la web, videos de desfiles y books de modelos. Los miró con interés y curiosidad. Quedó asombrado por la gran variedad que había. Cuando buscó imágenes de modelos teens, descubrió sus fotos colgadas.

-No tengo ni idea – dijo para sí mismo- pero los tipos de la productora son

muy profesionales.

Quiso llamar a Sofía para preguntarle qué hacer pero se sintió un imbécil. Se puso una de las camisetas que le habían regalado y se fue a la cocina para prepararse un sandwich enorme de jamón y queso.

Cuando llegó a la agencia, saludó a la recepcionista. Mientras caminaba hacia el estudio se encontró en el pasillo con la coach, que después de saludarlo, le dijo con cara preocupada:

-La reunión es en otra sala, seguime.

En ese momento, apareció Julia corriendo nerviosa. Estaba vestida como para una fiesta; cada detalle había sido estudiado con mucho cuidado. Nicolás se miró sus jeans y sus zapatillas pero no se preocupó.

Era la primera vez que entraba a la oficina del gerente general; una sala amplia con muebles modernos y costosos. Sobre un costado, se ubicaba una mesa rodeada de seis sillones de respaldos altos con patas giratorias.

Sofía les pidió que se sentaran y les avisó que pronto vendría la jefa con los creativos de la productora. Nicolás se fijó en una mesita llena de bebida y comida, pero Julia se puso inquieta, y le preguntó qué impresión le habían causado los de la productora. Antes que la coach respondiera, se abrió la puerta y entró la jefa acompañada de dos personas.

La mujer daba la impresión que dominaba la escena; irradiaba seguridad con su silueta y su altura. Por la forma de moverse se entendía perfectamente que había sido modelo profesional. Todo su aspecto exterior, su cabello, maquillaje, accesorios y vestimenta, estaba pensado para ser admirado. Sin necesidad de que nadie lo dijera, era la responsable principal.

El hombre que las acompañaba tenía un aspecto muy especial. Era alto, delgado, con el pelo corto teñido de rubio claro. Su ropa era de calidad, y estaba totalmente vestido de negro. Llevaba varias carpetas en la mano y se movía con agilidad, prestando atención a cada palabra de la mujer.

La jefa los invitó a sentarse e hizo las presentaciones. La mujer puso cara de asco cuando vio el collar de cuentas de vidrio que usaba Julia. Cuando le presentaron a Nicolás, esbozó una amable sonrisa y se acercó para saludarlo. Le dio dos besos, diciéndole que era una costumbre de su país. Al verlo parado se fijó en su figura y le dijo a la jefa:

-Está mejor que en las fotos.

Nicolás miró a Sofía pidiendo una explicación pero ella bajó los ojos.

Inmediatamente, la jefa remarcó la importancia de la reunión, repitiendo lo que le había dicho por teléfono, y se extendió halagando a sus invitados. Sin disimular cierto nerviosismo, se dirigió a la mujer y le pidió que expusiera sus ideas.

-Es la primera vez que vengo a esta ciudad y la expectativa es enorme -dijo con seguridad-. El target de este desfile son los teens y la cara de la marca son ustedes.

-Vine encantada -continuó diciendo- porque me lo pidió mi querida amiga Carlota.

Y por la montaña de dólares que cobraste -pensó la jefa- dirigiéndole una amable sonrisa.

-¿Quién es Carlota? -le susurró Nicolás a la coach que estaba a su lado.

-Es el nombre de la jefa -le contestó bajito.

-¡Pobre vieja! -le dijo sin que nadie lo pudiera escuchar, y le sonrió a la mujer que seguía hablando.

Aclaró que tenía muy poco tiempo; su agenda estaba repleta de eventos. Como ella era conocida en el ambiente, se iba a encargar de los medios y de organizar las invitaciones. Acostumbraba a dar las indicaciones generales y a supervisar el proyecto en su globalidad; las tareas técnicas y la puesta en práctica quedaban en manos de su creativo. Era una persona de su entera confianza y su calidad artística estaba asegurada.

-Me llamo Claude -se presentó. Agradeció a la jefa su participación en el proyecto e inmediatamente comenzó a desparramar las carpetas sobre la mesa.

-Por suerte no la llamó Carlota -le dijo Nicolás a la coach tratando de no reírse.

El creativo dijo que había estudiado atentamente la propuesta de la agencia. Sacó algunas fotografías y miró con interés a Julia y a Nicolás. Según su opinión estaba bien enfocada pero el desfile debía tener un touch especial. Tiene que transmitir energía full. Fuerza juvenil. Vigor salvaje. Algo más innovador y atrevido que causara un fuerte impacto.

Hablaba a toda velocidad. Se expresaba como si estuviera inquieto, sin embargo, sabía perfectamente lo que quería decir demostrando seguridad

y gran conocimiento.

Dijo que los detalles eran importantísimos; se consideraba un maniático del orden y de la planificación. Lo criticaban por ser meticuloso pero ahí se encontraba la clave del éxito. En el modelaje, lo único importante era la imagen; todo lo demás estaba fuera de lugar. Había que crear fantasía. La gente debía soñar y para eso, valía cualquier cosa.

Sofía le tomó la mano a Nicolás pero él se separó y se cruzó de brazos.

-Cuando daba una orden, debía cumplirse enseguida –continuó diciendo.

Los tiempos eran fundamentales y la sincronización debía de ser perfecta. Los vestuaristas y los asistentes necesitan estar bien entrenados, de lo contrario el fracaso es total. Las maquilladoras y las peinadoras tienen que ser profesionales.

-Siempre quedo ronco después de un desfile –se quejó.

Sofía tomaba nota a toda velocidad. Julia lo miraba encantada y Nicolás, que se había aburrido de escucharlo, miraba hacia la mesa de la comida.

La ex modelo lo interrumpió. Le dijo a su amiga Carlota que debía realizar algunas tareas pero que ellos podrían seguir reunidos con Claude.

-Te acompaño –le dijo la jefa, y dirigiéndose a Sofía, le ordenó:

-Es importante que tomes nota de todo, después hablamos.

Se levantaron de la mesa. La ex modelo volvió a saludar a Nicolás con interés y apenas prestó atención, cuando Julia intentó elogiarle su cabello.

Aprovechando que estaban todos parados, Nicolás propuso tomar algo. Se acercó a la mesita pero el creativo exclamó en tono nervioso:

-De ninguna manera, no podemos perder el tiempo, hay que trabajar. Y se sentó para buscar unos papeles en las carpetas.

Les pasó unos croquis con los diseños de escenarios y pasarelas junto a una lista de tareas.

-¡Quiero un touch salvaje! –les explicó convencido-. Me gusta lo vegetal. La ecología tiene una fuerza tremenda y hay que aprovecharla. Quiero que haya exuberancia de hojas... decoración con ramas... mucho verde...

-¡Nada de plástico! –continuó-. La naturaleza es vida impetuosa que fluye como el vigor de la juventud. ¡Feel free!... ¿No les parece una idea genial?

¡Qué boludo!... Si querés me disfrazo de mono –pensó Nicolás- mirándolo serio.

-¡Es espectacular!... Claude –exclamó Julia-. ¿Pondrás algunas flores?

-Obvio, querida. Flores silvestres por todos lados.

Continuó explicando que todo estará ambientado con el mismo criterio; desde las invitaciones hasta la vestimenta de las asistentes. Será un desfile teen total; guerra al cemento... vuelta a lo natural... viva la libertad...

Como modelos estrellas, debían destacar. Julia, tenía una figura deslumbrante y valoraba el esfuerzo que había hecho para conseguirla.

-Vos sos un descubrimiento –le dijo a Nicolás con entusiasmo-. ¡Un tesoro escondido!

Continuó diciendo que lo iba hacer resaltar. Su figura encajaba muy bien con el mensaje que pretendía transmitir; su cuerpo se luciría en todo su esplendor.

-Cuando estés en la pasarela... ¡la gente va a explotar!

Recalcó la importancia de reunirse antes de los ensayos para que se identifiquen totalmente con su rol. Todo tiene que salir perfecto. A los freelance los vería directamente en el ensayo final. Le pasó a Sofía una lista de tareas sobre la música, el sonido, el equipo de vestuaristas y las posibles fechas de reuniones.

-¿Querés tomar algo? –le preguntó la coach.

-No tengo tiempo –contestó mientras se levantaba. Recogió las carpetas y se fue de la oficina.

-Voy contigo, Claude –le dijo Julia en tono sumiso-. Me tenés que seguir contando tus ideas.

-Bueno, vení, pero estoy muy apurado.

Apenas cerraron la puerta, Nicolás se fue hacia la mesita. Cuando estaba vaciando el segundo vaso le dijo a Sofía:

-Y a este pelotudo... ¿de dónde lo sacaron?

La coach no hablaba, estaba concentrada acomodando las notas. Después le pidió un refresco light.

-¡Estoy cansada! –exclamó-. Mirá todo lo que tengo que hacer.

-¡Ese loco está agrandado! –le dijo-. ¿Te crees que le voy a ser caso a ese idiota?

-El desfile es muy importante –le contestó.

-¡Y a mí que me importa! –explotó-. ¿Escuchaste todas las boludeces que dijo? Ya hablamos sobre eso.

-Sí, Nico, ya lo sé, por eso te pido que pienses.

-¿Qué querés que piense?... ¿qué soy Tarzán? –le dijo con ironía.

-No dejes que esas cosas te influyan –le aconsejó-. Tenés que seguir siendo el mismo Nico de siempre.

-Sí... saltando desnudo entre la jungla como quiere ese loco.

Sofía comprendía su reacción; las ideas del creativo eran los típicos planteamientos publicitarios. Ese era el estilo de Claude. Pensaba que lo halagaba pero cada palabra suya era una vuelta atrás en el recorrido de Nicolás.

¿Cómo hacer para que se comprendiera? El cuidado de los detalles era necesario para realizar un buen trabajo. La originalidad del desfile resultaba una interesante idea pero porqué había que meterle mensajes ridículos y sin sentido. Porqué la belleza de Nicolás no se podía mostrar simplemente, sin agregarle efectos artificiales. Porqué había que desfigurarla cuando lo interesante era su personalidad.

-Voy a decirle a tu amiga Carlota -dijo burlándose- que se busque otro payaso.

-¡Esperá, Nico! –exclamó apenada.

-¿Por qué? –le preguntó para asegurarse-. ¿Vos pensás igual que ese creativo?

-¡NO!... yo no soy así.

Sofía lo miró angustiada. Escondió su cara entre sus manos y comenzó a llorar en silencio. Se sentía incapaz de intervenir en las decisiones de la agencia pero al mismo tiempo quería ayudarlo. Si fuera por ella, se irían

juntos en ese momento pero no se podía.

Al ver que lloraba, no supo cómo reaccionar. Se acercó lentamente y le limpió las lágrimas con la mano mientras le preguntaba, conmovido:

-¿Por qué te ponés así?

-¡Porqué tenés razón! -le respondió convencida.

-El desfile no es el problema -le aclaró-. Ese idiota pretende lucirse a costa tuya. Me da rabia que te manipule con la excusa de la moda.

Seguía llorando pero no le importaba.

Le dijo que causaría un problema si abandonaba ahora el trabajo pero que habría una manera de solucionarlo. Se secó los ojos con un pañuelo y más calmada, dijo en tono confidente:

-Decile todo que sí, pero después, no le hagas caso. ¡Vos sos el modelo, Nico, y no ese flaco histérico y ridículo!

-¿Estás segura? -le preguntó con ingenuidad.

-Sí -contestó convencida-. Confía en mí...por algo soy tu coach.

Estaba haciendo *zapping* para buscar algún partido, cuando oyó el grito de su madre.

-¡PONÉ EL CANAL QUINCE!

Cambió de canal y se vio en la pantalla, rodeado de pinos y de arena. La filmación era excelente y el spot demostraba calidad artística. Aparecía caminando en la playa al atardecer. En ese momento, se fijó que su amigo también estaba en la propaganda. Largó una carcajada y lo llamó.

-¡Saliste en la tele!

-Sí, boludo..., pero sentado y de espaldas -le contestó amargado.

-Bueno Nacho, por algo se empieza.

Después de desearle éxitos en las futuras campañas y escuchar los insultos de su amigo, se acomodó a ver el partido que deseaba.

Cuando terminó, llamó a Mariana para invitarla a tomar un helado. Primero iría al gimnasio y luego la pasaría a recoger. Ella le propuso que

comprara los helados para tomarlos en el taller.

-Estoy un poco cansada –le dijo- y además, en la heladería, habría mucho ruido.

-Como quieras.

-¿Vos sos el de la tele? –bromeó uno desde la cinta caminadora.

-¿Cuánto te pagan por cada anuncio? –le preguntó con una sonrisa el viejito encargado del vestuario. Lo conocía desde hacía tiempo y se sentía orgulloso.

-Te voy a regalar una botella –le dijo Nicolás.

-Si yo no tomo –le contestó con picardía.

-Dale, vos a mí no me podés mentir –le sonrió mientras recogía la llave del locker.

Cuando salió del vestuario siguieron las bromas, pero él estaba con la cabeza en otra cosa y no les prestó atención.

El profe le dijo que ese día iban a entrenar duro, que saltara en la cuerda para calentar, porque trabajarían al máximo. Le mandó series largas de veinte por treinta repeticiones para ejercitar los abdominales y los dorsales

-Voy a estar contigo –le dijo el entrenador que se quedó parado a su lado.

Se puso a hacer diez series de cinco repeticiones, con el disco de diez kilos.

Cuando estaba en la última serie, comenzó a bajar el ritmo, por eso el entrenador, tuvo que gritarle:

-¡Dale!... ¡levantá!... ¡gritá!... Dejá todo en la sala... trabajá a full.

Sus músculos se pusieron en tensión; estaba haciendo un tremendo esfuerzo. Había llegado casi al agotamiento pero obedeció las indicaciones del entrenador.

-Estirá tranquilo –le dijo, finalmente el profe-. Tren superior... tren inferior... caminá un rato y venimos...

Sentía que todo su cuerpo estaba destrozado pero había disfrutado con los ejercicios. Allí el ambiente era natural. Lo conocían desde hacía mucho

tiempo y no necesitaba dar explicaciones a pesar de las bromas y de los comentarios. Al mirar las revistas de fisicoculturismo, volvió a tomar la decisión de que su vida no podía reducirse a una fotografía, aunque fuera artística y con ropa de calidad.

Le avisó a Mariana que la esperaba en el taller; pasó por la cocina y preparó una bandeja.

Nicolás le sirvió primero, helado de frutilla y crema y luego puso una enorme cantidad de helado de chocolate en un recipiente parecido a un balde.

Comenzó a contarle los acontecimientos en el colegio con la famosa revista. Ella le pidió que le describiera las fotos.

-Decime cómo era la ropa, los colores y los lugares –le dijo, saboreando el helado.

Aunque no tenía facilidad para describirla, se esforzó para que pudiera imaginársela. Le explicó también, la publicidad en la tele. La mayoría de los spots se habían filmado el día que lo había acompañado.

-Cuándo firmaste tu primer autógrafo –lo interrumpió, con picardía.

-Sí y nunca más–le contestó, escarbando con una cuchara los restos de helado.

-De eso tengo dudas... –le respondió -. No vas a poder evitarlo. Además... ¿por qué te preocupás?...nadie te obliga, firmá los que quieras y a los otros, deciles directamente que no.

-¿Y si se calientan? –preguntó, con curiosidad.

-Será problema de ellos –le respondió -. No tenés porqué caerles bien a todos.

Nicolás, aprovechó para contarle sobre los mails que había recibido. No quiso darle detalles pero le dijo que le habían molestado.

-Me imagino –le contestó ella-. ¡Borralos enseguida! Gente rara hay por todos lados. Ellos no saben cómo pensás y enjuician por lo que ven. Preocupate de hacer bien tu trabajo y ser transparente. No le des importancia a esos comentarios.

Le contó sobre la reunión con la gente de la productora del desfile. Le describió a la mujer extranjera y a Claude.

-¡La jefa se llama Carlota! –se rió-. ¡Qué nombre tan boludo!

-¿Por qué te reís? – le preguntó, molesta-. No me parece feo.

-Bueno, no da para calentarse –le contestó.

Siguió contándole, también, todo lo que había dicho el creativo y las ideas que tenía pensadas para el desfile. A medida que recordaba, volvió a sentirse rabioso, con ganas de reventarlo.

-¿Qué tiene ese loco en la cabeza? –se quejó.

Mientras hablaba, Mariana escuchaba sin interrumpirlo; de vez en cuando sonreía asintiendo pero dejaba que él se desahogara.

Nicolás le dijo que había pensado renunciar pero Sofía le dijo que sería un problema. Le transmitió los consejos de su coach y cómo lo iba a ayudar.

-¡Genial! –le interrumpió-. Será una ocasión buenísima para que te conozcan y te luzcas.

-Sí, pero no me gusta mucho... –le contestó.

-¡Terminala, Nico! –lo cortó, con voz firme-. Vos no sos un niño y tenés que enfrentarte con esas obligaciones.

-¡Te parecés a mi abuela! –le dijo de pronto pero se dio cuenta de que su comentario estaba fuera de lugar.

-Perdoname... no quería lastimarte –exclamó con tono sincero para disculparse.

-¡Qué decís! –le sonrió ella-. Para mí, ese fue uno de los elogios más bonitos que he recibido en los últimos días.

-Bueno, dale, si a vos te gusta... -respondió, sin llegar a comprender el significado profundo de sus palabras.

Las reuniones con Claude se volvieron insoportables. Nicolás se limitaba a escuchar en silencio sus ideas grotescas. Le extrañaba que pusiera interés en tantos detalles y no aguantaba su imaginación enfermiza. Julia aplaudía y festejaba cada una de sus palabras como si fuera lo más grandioso y original del mundo. Sofía le había pedido que no le llevara la contraria; que se quedara tranquilo. Ella, a su vez, le sonreía frente a cada nueva sugerencia, como si estuviera de acuerdo. Anotaba, con diligencia, sus increíbles pretensiones y lo consolaba por sus enormes

dificultades.

-¡Esta ciudad es un desastre! –se quejó Claude desconsolado-. Quise encontrar orquídeas silvestres africanas y me dicen que no se importan. ¡Qué barbaridad! No sé qué hacer...

Los vestuaristas estaban sometidos a un tremendo estrés. Llevaban varios días ensayando y no soportaban más sus gritos. Las peinadoras -aquellas pocas que él no despidió- por más que se esforzaban, debían resistir sus insultos y desplantes.

El equipo técnico y los escenógrafos se encontraban casi a punto de una huelga general. Habían montado y desmontado cientos de ramas, hojas, troncos y adornos vegetales. Tuvieron que instalar, en el estacionamiento, una carpa como depósito de toda esa utilería: aquello parecía un bosque.

Después de la reunión, Sofía se fue para la oficina. Encontró a la jefa despeinada y eso era un síntoma claro de que algo no estaba nada bien.

-¡Estoy agotada! –le dijo a la coach desde una montaña de papeles-. Estoy harta de todo esto. Mi querida amiguita... lo único que hace es llamarme desde su hotel y Claude... tiene enloquecido a todo el mundo.

-Pero la idea fue tuya ¿no?

-Sí, como la campaña iba bien, el gerente me animó y yo me entusiasmé. ¡La culpa es sólo mía! –se quejó con sinceridad.

-No te preocupes –le dijo con afecto-. Todo va a salir muy bien.

-¿Estás segura?... La gente tiene los nervios de punta.

-Nicolás está tranquilo –le aseguró.

-¡De verás! –exclamó-. Pensé que a estas alturas iba a renunciar.

-¿Para qué está la coach? –le respondió sonriente alcanzándole un cepillo.

Mientras observaba como la jefa se arreglaba el peinado, le sirvió un whisky de la mesita de la oficina. Después, llenó un vaso de refresco light para ella y se puso a pensar cómo controlar al problemático creativo.

## **Pasarela**

El desfile fue anunciado en todos los medios. La empresa no había ahorrado dinero ni esfuerzo para que fuera el acontecimiento de la temporada y la productora contratada se había encargado de darle

difusión.

Iba a desarrollarse en el salón principal del mejor hotel. Las entradas eran costosas y exclusivas. Como invitados especiales, asistirían importantes representantes del mundo del diseño y de la moda.

Durante los últimos ensayos la situación se había vuelto crítica.

Claude obligó a Nicolás, Julia y a los freelance que estuvieran de pie, escuchándolo sin interrupción; hablaba más de sus ideas y de su prestigio, que del desfile. Al cabo de una hora los mandó a vestirse. Continuó presionando a los vestuaristas y gritando a las peinadoras. Corría a la pasarela y criticaba a los escenógrafos.

Volvía al backstage y cambiaba lo que antes había mandado hacer. Más de una maquilladora lloraba por la frustración pero nadie se atrevía a decir nada. Las pruebas de sonido fueron interminables. El personal del hotel se quejaba abiertamente del caos. Lo que hubiera durado dos horas, se atrasó seis y todos estaban agotados. La jefa se sentía, en cierta manera, responsable de esa lamentable situación. Con la mayor buena voluntad, trataba de consolar y apoyar al personal de su agencia.

Sofía soportaba con paciencia las excentricidades de Claude. Su interés era Nicolás.

Lo había citado a solas para ensayar en la agencia. Pretendía que caminara con soltura y naturalidad, al ritmo de distintas músicas y no como el creativo le había exigido.

Estaba muy satisfecha; aprendía rápido. Tenía un talento natural, aunque a él no le gustara. Quizás, su timidez natural y su firmeza de convicciones lo volvían transparente. Su energía interior se transmitía hacia afuera. Su figura, de por sí atractiva, resaltaba. Al conocerlo de verdad, se descubría la causa de su éxito.

-Seguí así –le dijo ella, dando por terminado el ensayo-. Procurá ser lo más natural posible.

Por una puerta del costado, apareció la jefa. En esos últimos días, se la notaba diferente. Le dijo que por suerte faltaba poco para terminar todo esto y que realmente le agradecía el esfuerzo que estaba realizando. Le llamó la atención el tono de voz cansado y humilde.

-Nos jugamos mucho, Nicolás –dijo con preocupación.

-Haré todo lo posible para que salga bien –le contestó para animarla.

-Sabía que podía confiar en vos... -le dijo sonriente-. ¡Tengo una noticia!

Le contó que su amiga de la productora había concretado una entrevista en la televisión. Era en un programa de mucha audiencia y la opinión de su conductora era tenida en cuenta por millares de personas.

-Me parece genial que vaya esa mujer -contestó, ingenuamente.

-Sí, pero la tenés que acompañar... -dijo la jefa con cierta preocupación esperando su reacción.

-¿Y Claude? -preguntó.

-¡No!... ese no -se apuró a responder.

-Y... ¿qué les digo? -preguntó con dudas, comprendiendo que no podía escapar de esa situación.

-Ah... de eso no te preocupes -dijo más tranquila- Sofía te va a ayudar.

Se acercó y por primera vez se despidió con un beso. No sabía si era para agradecerle el favor o para darle fuerza a ese atractivo chico.

Cuando quedaron solos se quejó:

-¡Estoy a punto de reventar!

-Vamos a la cantina -le ordenó la coach con una sonrisa.

Nicolás se puso a comer un sandwich enorme, a toda velocidad, mientras ella le acercaba un vaso de refresco. Estaba nervioso y se sentía acorralado.

-Tenés que decirle lo que pensás -le fue aconsejando la coach-. La conductora querrá hacerte preguntas para crear noticias pero no te dejes manejar por ella. Demostrá seguridad. No entres en lo que ella diga. Vos andá a lo tuyo y no te enredes con respuestas complicadas.

-¿Qué querés decir?

-Que seas natural. Hablale directamente a los ojos como si fuera una amiga. No mires a la cámara. No pienses en el público.

-Ah... ¡cómo si eso fuera fácil!...-se quejó.

-Tenete confianza... todo va a salir bien -le sonrió la coach-. Yo te voy a

acompañar.

Nicolás les contó a sus padres y amigos sobre la entrevista en la televisión. En el colegio no quiso decir nada, aunque Nacho estuvo mandando mails a sus compañeros. De todas formas, el mismo canal se encargó de anunciar la entrevista con anticipación.

-¡CÓMO QUE YO NO VOY A IR! –le gritó Julia al creativo.

-¡No me grites! –le contestó Claude desde el otro lado del celular.

-Tengo que salir en la televisión –le exigió.

-Es un asunto de la productora –le explicó para sacársela de encima.

-¡Yo soy una modelo profesional! –exclamó indignada.

-Sí querida, pero la que manda es ella.

-Nicolás es un idiota –le contestó con envidia.

-Y eso... ¿qué importa? –le contestó cortándole la llamada.

Fue a la agencia con bastante anticipación. Sofía le entregó la ropa que debía ponerse y juntos irían en coche al hotel a recoger a la amiga de la jefa Carlota. Mientras se cambiaba en el vestidor se escuchaban las quejas de Claude por algún problema con la imprenta.

Cuando salió vestido, se dirigió sonriente hacia donde estaba la coach. La camiseta oscura ajustada y el pantalón de línea juvenil y moderna resaltaban todo su potencial. El creativo pasó a su lado y lo miró de arriba abajo. Intentó hacer algún comentario, pero se fue preocupado a solucionar el diseño de las tarjetas.

Llegaron al hotel y tuvieron que esperar media hora hasta que la mujer estuviera lista. Bajó acompañada de una asistente que le sostenía la cartera y el abrigo. Su aspecto exterior estaba cuidadosamente estudiado. Atravesó el hall saludando a varias personas y subió en el coche sentándose al lado de Nicolás.

Al llegar al canal, los recibió amablemente la conductora y los hizo pasar a una salita; les ofreció algo para tomar pero solamente aceptó Nicolás. Las mujeres se adularon mutuamente. Hicieron comentarios sobre sus maravillosos vestidos y sus exclusivos accesorios, mientras disfrutaban de

viejos recuerdos.

Después de pasar por el camarín de maquillaje, se sentó al lado de la coach; sin saber por qué, comenzó a contarle recuerdos de su abuela.

Cuando faltaban cinco minutos para que comenzara el programa, una asistente los llevó al estudio de televisión y les indicó los asientos. Había cuatro sillones cómodos alrededor de una mesita. Un fondo panorámico, simulaba una especie de ventana de un edificio. Era el clásico escenario de programas de entrevistas. Los había visto haciendo *zapping*, aunque siempre los salteaba por aburridos. Pero ahora estaba sentado en uno de ellos.

La ex modelo estaba nerviosa acomodándose el cabello y el vestido y doblaba las piernas con inquietud. En seis ocasiones, había sacado el espejo de la cartera para retocarse el maquillaje.

Nicolás se sentía bastante cómodo; los sillones eran parecidos a los de su casa y no le importaban las arrugas del pantalón.

-No voy a poder rascarme –pensó divertido mirando a la cámara apagada.

La conductora se colocó frente a ellos leyendo unos papeles, mientras esperaba la señal de comienzo. Las luces eran intensas, las cámaras estaban listas y el equipo técnico se movía ultimando los detalles. Un asistente comenzó a contar en voz alta y levantó el pulgar para darle lugar al cámara. Se encendió la luz y la conductora comenzó a hablar.

Saludó al público como acostumbraba y describió las características de los nuevos diseños; explicó el desfile que se iba a desarrollar y la importancia que tenía para la ciudad. Se sentía orgullosa al presentar a sus dos invitados. Uno de ellos, era Silvina, una amiga personal, top model de fama internacional, productora del desfile, que aportaba toda su experiencia y prestigio. El otro invitado era Nicolás, un modelo teen que pretendía ser una revelación.

Como las luces lo encandilaban, no veía moverse a las cámaras de un lado para otro filmando primeros planos. Él estaba atento a las palabras de la conductora.

-Bienvenidos...Silvina...Nicolás –los saludó con una amplia sonrisa.

La ex modelo miró a la cámara y doblando un poco la cabeza comenzó a sonreír, mientras apoyaba sus manos en la falda.

-Hola- le contestó Nicolás a la conductora.

-Por lo que hemos visto en los medios, tu trayectoria es reciente - dirigiéndose a Nicolás-. Sin embargo, la aceptación es excelente. Quisiera que nos cuentes qué es para vos un modelo teen.

-Yo soy un flaco normal -le dijo con sinceridad.

-¡Es tan simpático! -Lo interrumpió Silvina mirando a la cámara-. Posee un talento natural... lo lleva en la sangre... desde el primer momento que lo conocí, comprendí que tenía ante mí, a un profesional del modelaje.

-Ser modelo juvenil es un don... es fuerza y vigor... -continuó dirigiéndose al público-. Energía positiva... vida en plenitud... Esto es lo que buscamos en las agencias.

-Por supuesto Silvina, me lo imaginaba... tus palabras son muy claras -confirmó la conductora y mirando a Nicolás le preguntó:

-Me imagino que muchas chicas te persiguen por todos lados... ¿cómo te sentís cuándo sos tan admirado?

-A todo el mundo le gusta que lo admiren pero no le doy mucha importancia... yo tengo mis amigos y amigas...

-¡Es tan humilde! -Lo volvió a interrumpir la ex modelo-. Recién está comenzando... pero después, uno se acostumbra a todo.

Su tono de voz demostraba dominio y vanidad.

-Te reconocen por donde vayas... te convertís en un referente y tu vida íntima es como una caja de cristal... la ve todo el mundo -dijo, entre sonrisas.

-Obvio querida -le contestó la conductora-. Es el precio que pagamos.

-Pero me gusta -contestó Silvina mirando directamente a la cámara.

A esas alturas, se preguntaba qué estaba haciendo allí. No tenía sentido seguir respondiendo y que le manipularan las respuestas. Tenía la cara roja por la rabia aunque el maquillaje lo disimulara.

-Me doy cuenta que vas a ser famoso siendo tan joven -le dijo la conductora, adulándolo-. Me gustaría que les transmitieras un mensaje a nuestros televidentes.

-Qué disfruten de sus amigos, del deporte y que no vivan de fantasías.

-¡Eso es muy sano! -le interrumpió nuevamente Silvina.

-NO... -la frenó-. No es sano... ¡ES IMPORTANTE!... Cuando vivís fantaseando te volvéis un payaso.

-¿Qué querés decir, Nicolás? -le preguntó intrigada, la conductora.

-Eso... que la vida es más simple de lo que ustedes están diciendo. La moda es genial y la ropa está buenísima pero cuando se meten en todo ese lío de las sensaciones, ambiciones, fama y deseos se complican sin sentido.

Se expresaba con seguridad; quería desahogarse y que lo entendieran.

-Ustedes hablan de recuerdos. Las fotos de ella -dijo mirando a Silvina- ya no aparecen en las revistas, ni tampoco la llaman para desfilas y sin embargo dice que su vida es una caja de cristal... ¡Eso son fantasías! Yo confío en la gente que me conoce de verdad y no solamente por las fotos. El día que mi vida se reduzca a una revista o a una marca estaré pirado -terminó diciendo.

Las cámaras no paraban de filmar primeros planos. Iban de los ojos azules de Nicolás a la cara de asombro de la conductora, pasando por la indignación de Silvina. Un juego de rostros que resultaba interesante para los espectadores. Mariana sólo disfrutaba con las palabras de su amigo.

-Es muy interesante tu postura -dijo la conductora-. Siendo tan joven y sin experiencia...

-Yo no soy ingenuo... Sé que mi facha atrae... Además voy al gimnasio porque me gusta. Pero una cosa es tener las cualidades para ser modelo y otra es manipular a los demás con estupideces. La coach siempre me dice "sé tú mismo" y por eso tengo que agradecerle mucho.

-Pero los jóvenes de hoy en día no piensan como vos -le dijo la conductora para continuar con el tema.

-Ves... ese es el problema de la gente grande... ¡Les encanta generalizar! Piensan que todos somos iguales... ¡Obvio que pensamos diferente!... No es fácil hacer siempre las cosas bien. Yo mismo me dejo llevar por mis caprichos y después tengo que reconocer que me equivoqué. Pero al mismo tiempo, nos gustan las cosas simples porque nos damos cuenta que no tiene sentido complicarse.

En ese momento le vinieron a la mente los recuerdos de su abuela. Podía ver con claridad el significado de sus pinturas y descubrir el sentido de las

pinceladas. Imágenes grabadas en su memoria que le transmitían seguridad y confianza. Al mismo tiempo, se acordó de Lucía y de su desengaño. Se dio cuenta que su corazón seguía lastimado y que le llevaría tiempo olvidarla.

Comprendió que era su oportunidad. Si ese programa lo veía mucha gente, quería dejar las cosas claras.

-Mirá... todo el mundo puede cometer errores pero a mí me revienta los que se justifican con boludeces. De algo estoy seguro... y es que aunque no sepamos bien qué hacer, por lo menos, llamamos a las cosas por su nombre. Con mis amigos hablamos mucho de todo esto y cuando encontramos un motivo serio, sabemos cambiar de actitud.

La conductora prefirió no seguir adelante. Sus años de experiencia le enseñaron cuándo el tema se le iba de control y comprendió que debía terminar la entrevista. Puso cara de estar de acuerdo con todo y los despidió sonriendo:

-Muchas gracias Nicolás por tu presencia. Gracias Silvina por acompañarnos esta noche.

Cuando se apagaron las cámaras, él se levantó satisfecho. Saludó amablemente a la confundida conductora y se fue a buscar a la coach que lo esperaba radiante. Sintió algunas palmaditas en la espalda y observó las sonrisas de los asistentes y de los cámaras pero estaba tan agotado que no pudo percibir el revuelo que había causado.

Le pidió a un asistente algo para tomar. Al cabo de un rato apareció Sofía y le dijo que mejor se fuera por su cuenta porque ella tenía que llevar a Silvina hasta el hotel.

-Es que... decía cada boludeces –le dijo preocupado.

-No te preocupes –le contestó la coach-. Yo la voy a calmar.

Nicolás salió a la calle y mientras esperaba el ómnibus le empezó a sonar el celular: sus amigos como siempre lo apoyaban.

Sofía subió al auto en silencio. Disfrutaba del momento pero no podía de ninguna manera manifestarlo. Lo mejor era pasar desapercibida y soportar con paciencia los gritos y los lamentos.

-¡JAMÁS ME SENTÍ TAN HUMILLADA! –rabiaba la ex modelo entre llantos de angustia.

-¡Tratarme de vieja a mí! –Exclamaba- que puedo ser su hermana... ¡Qué

atrevido!

Hermana de su madre –pensó la coach tratando de fijar la vista en la ruta para no reírse.

Nunca pensó que tanta gente hubiera mirado el programa. En el colegio se organizó una especie de campaña. Alumnos y compañeros que hasta ese momento le habían resultado indiferentes, le manifestaban abiertamente su apoyo y lo felicitaban. La directora del Instituto entró al salón de clase –cosa que nunca hacía- y lo alabó en público. Se dio cuenta que Lucía era la que más lo apoyaba; esgrimía argumentos tan sólidos y verdaderos que jamás se le hubieran ocurrido.

Le alegraba que no se hablara de su figura ni de sus fotos; estaban defendiendo su manera de pensar y que no se hubiera achicado en la televisión. El asunto del modelaje y de la ropa había quedado en un segundo plano. Lo importante era él y sus sentimientos.

Recibió cientos de correos electrónicos comentando la entrevista y al leerlos comprendió que muchísimas personas pensaban como él, aunque no se atrevían a decirlo abiertamente. Se sintió con fuerza... con energía positiva. Recordó las palabras que había escuchado decir a la ex modelo pero se dio cuenta que su significado era totalmente diferente.

Silvina llegó furiosa a la agencia. Había estado encerrada dos días en el hotel sin recibir ni responder llamadas de nadie. Entró gritando en la oficina de la jefa:

-¡VOY A DEMANDARLO!

-¿Por qué? –le preguntó con calma.

-¡Sos tarada! o ¿qué? –le contestó de mal modo-. Por daños y perjuicios.

-No es para tanto... -le dijo tratando de tranquilizarla.

-¡TE PARECE POCO... QUE ME TRATE DE VIEJA ADELANTE DE MILES DE PERSONAS! –explotó dando un golpe a la mesa.

-Calmate Silvina, no lo podés demandar... No tendría sentido.

-Decime ¿por qué? –le desafió.

-Porque es menor de edad... Porque es verdad que tus fotos no salen en las revistas... Porque hace veinte años que no pisás una pasarela... y porque recibimos cientos de mails elogiando a nuestro modelo y criticándote a vos. El cliente también llamó a nuestro ejecutivo de cuenta

para quejarse de la productora.

La mujer abrió mucho los ojos y se sentó frente a su amiga pensando en las palabras que acababa de escuchar.

-Yo te defendí -le dijo Carlota-. Me hice responsable de la decisión y no me voy a volver atrás a pesar de las presiones.

-¡No puedo seguir así! -le contestó Silvina, amargada- ¿No comprendés mi situación?

-Claro que te entiendo pero tenés que ubicarte.

-¡NO! -Gritó, ofendida- ¡ME VOY!

-Silvina... vos tenés una trayectoria conocida y la gente de los medios te valora -le contestó para hacerla recapacitar.

-¡Qué me importa! -Respondió- ¡VOS VISTE COMO QUEDÉ EN LA TELE!

¿Y qué hacemos con el desfile? -le preguntó Carlota en un tono más profesional.

-Qué se encargue Claude... ¡para eso lo traje! -le respondió en forma caprichosa.

-Si esa es tu decisión... hablaré con el gerente -le respondió, seriamente.

-¡Hacé lo que quieras! -le contestó mientras se levantaba y salía de la oficina sin saludarla.

La jefa estaba indignada por la actitud de su amiga pero al mismo se sintió aliviada. En la pantalla de su computadora seguían cayendo mails que demostraban sus razones. En cuanto al desfile -pensaba- no iba a tener tantos problemas; habían hecho tantos ensayos que se lo sabían de memoria. Levantó el teléfono y llamó al gerente para ponerlo al tanto de las últimas novedades. Del otro lado, se escucharon carcajadas.

Sofía llamó a Nicolás para explicarle que Silvina se había marchado y que Claude le había pedido una reunión urgente esa tarde.

-¿Quedó muy enojada? -le preguntó.

-No pasa nada... vení a las seis -le dijo la coach.

El creativo lo llevó al estudio; enseguida entró Sofía y a los pocos minutos apareció Julia con cara preocupada. La coach se sentó a su lado y le sonrió con afecto. Claude lo miraba con rencor y desprecio, aunque

manifestaba una envidia feroz. Comenzó diciendo que él, por circunstancias lamentables que no deseaba mencionar, iba a ser el principal responsable del desfile y que debían prestarle atención. Aunque hubieran ensayado, no se sentía satisfecho de su desempeño y que debían esforzarse. Criticó algunos detalles ridículos del hotel y se quejó de cuestiones sin importancia. Sofía estaba perdiendo la paciencia; no había nada que lo conformara y sus pretensiones se volvían cada vez más grotescas y sin sentido. Nicolás estaba tranquilo; los acontecimientos de los últimos días le habían enseñado muchas cosas, sobre todo se sentía seguro. Con intención de tranquilizarlo, le dijo:

-No te preocupes, Claude... pienso que todo va a salir bien.

-¡NO ME IMPORTA LO QUE PENSÁS! – le gritó- ¡VOS SOS UN PRIMITIVO!

Nicolás no pudo soportarlo. Se levantó, le agarró con fuerza de sus brazos y lo levantó de la silla. Mirándolo directamente a los ojos, con el puño cerrado, a punto de pegarle en la cara, le contestó con ironía y desprecio como nunca antes había hecho en su vida:

-SÍ... YA LO SÉ... pero yo estoy en la pasarela y vos... vas a estar siempre en el backstage.

Después de ver su cara de miedo, lo soltó. Largó una carcajada y se fue seguido por la coach.

Cuando se dirigía hacia la cantina, se encontró con la jefa Carlota que se acercó a saludarlo; lo besó con afecto y le dijo:

-Estamos recibiendo mails continuamente.

-Yo sólo dije lo que pensaba –le contestó tratando de defenderse.

-Espero que no armes más líos –le sonrió con picardía.

-Yo tampoco –respondió nervioso mirando a la coach.

-Bueno, Nicolás... todo está listo... nos vemos en el hotel –le dijo para despedirse.

Se sentaron en la cantina mientras Nicolás seguía insultando al creativo. Sofía, para tratar de calmarlo y distraerlo, le entregó las siete invitaciones numeradas que le había pedido; primera fila, en el lugar reservado a los invitados especiales. Estaban impresas en papel madera con diseños selváticos y florales. Junto al logo de la empresa aparecía su nombre.

- Seguro que fue idea de ese imbécil –exclamó.

-No te hagas drama... no vale la pena... ya falta poco –le dijo ella mientras le acercaba un vaso, entonces Nicolás le tomó de la mano y con una sonrisa le dijo:

-Sofi... gracias por todo.

Ella se sintió inquieta; retiró la mano y le contestó que todo estaba bien, que esa era su tarea y que debían irse porque ya era tarde.

Nicolás guardó las invitaciones en su mochila y después de despedirse, se subió rápido a su bicicleta para llegar a su casa, lo más pronto posible.

Mientras cenaban, les dio a sus padres las dos invitaciones. Ya lo habían comentado multitud de veces; desde que había aparecido en la televisión, era tema frecuente de conversación de su madre con sus amigas.

Después, llamó a sus amigos.

Ignacio la estaba esperando desde hacía días.

-¡Grande, Nico! -le agradeció-. Ahora tenés que prestarme alguna ropa. No puedo ir vestido de cualquier manera.

Entre risas, le abrió las puertas de su armario para que eligiera con total libertad.

-¿Me prestás la de la tele? –le preguntó su amigo mientras revolvía los estantes.

-¡Obvio, Nacho!... te la regalo. – Exclamó espontáneamente- ivos también saliste en la televisión! –continuó con picardía.

-No hace falta que me mientas, Nico –le contestó Nacho con una sonrisa sincera.

A Sebastián le dio dos invitaciones para que fuera con Inés. Como su amigo se puso un tanto solemne, le dijo:

-Espero que si te dan helado no seas pelotudo y te manches la cara como siempre.

-No, Nico –le contestó -. No pienso comer nada. Voy a tener las manos libres para aplaudirte con todo.

-¿Sabés que a Claude casi le rompo la cara? –le contó a su amigo.

Habían conversado entre ellos sobre el creativo; se habían reído juntos de sus pretensiones y lo habían criticado por la manera como trataba a la gente. Sobre todo les molestaba su arrogancia y su forma de hablar llena de fantasías ridículas y artificiales.

-Te dije que lo dejaras pasar –le reprochó su amigo.

-Va a tener que pensar mucho, antes de decir algo –le dijo convencido.

-Lucía llamó a Inés –comentó Sebastián, para cortar con el tema.

-¿Y? –preguntó sin entender el interés de su amigo.

-No sé... hablaron de cosas pasadas. Van a reunirse para conversar tranquilas.

-¿Y qué tiene de extraño?... fueron compañeras de clase, ¿no? –dijo con naturalidad.

-Estee... sí claro... tenés razón –le contestó sin intentar aclararle nada.

Luego llamó a Mariana para darle su invitación. Esta vez no podía llevarla en bicicleta –bromeó- pero en el coche de sus padres habría lugar.

-Allí estaré –contestó ella entusiasmada-. Esto, no me lo puedo perder.

No tenía ninguna linda fotografía de su abuela; de todas las que guardaba, no le gustaba ninguna, además, en estos últimos tiempos, estaba harto con el tema de las fotos.

Con orgullo escondido, hizo lo que había pensado. Se acercó con cuidado y pegó la última invitación en la parte de atrás del cuadro que le había regalado.

Lo miró despacio y descubrió, una vez más, el azul claro del cielo y el azul intenso del mar. Los rayos del sol iluminaban el fondo y trató de imaginar, con cariño, los posibles tesoros escondidos en las profundidades de cada una de las pinceladas.

Para distraerse, abrió su correo electrónico. Encontró uno, recién enviado por Sofía. Ella nunca le había escrito y además hacía apenas unas horas que habían estado conversando. Lo abrió con curiosidad.

*Nico:*

*Quizás te parezca un poco extraño este mail, pero quiero que sepas algo, antes del desfile y no me atreví a decírtelo cuando estuvimos en la cantina.*

*Cuando vi tus fotos por primera vez, me imaginé muchas cosas. Por eso te propuse para el casting. Poco a poco te fui conociendo y pude descubrir lo que realmente sos. El book, que la agencia promociona como algo sensacional, es totalmente ridículo si lo comparo con la realidad.*

*Gracias a vos, y sobre todo, a tu manera de pensar, fui aprendiendo a ver mi vida de una manera distinta. Estaba encerrada en mi mundo: luces, colores, moda y publicidad. Me siento un poco hueca y comprendo que hay cosas en la vida que no supe valorar. Vos hiciste darme cuenta.*

*Todavía me emociona verte llegar del brazo de Mariana. Tus respuestas sinceras y valientes en la tele, demostraron lo que llevás adentro. Me hubiera alegrado que le reventaras la cara a ese cretino pero por suerte te controlaste y lo supiste ubicar. Quizás seguís pensando que no servís para este trabajo, cuando en realidad, sos uno de los mejores.*

*No sólo eso es verdad, sino que sos la persona más valiosa, buena y afectuosa que conocí.*

*Sé que no te gusta que te presionen y que no querés llamar la atención pero también sé que valorás la sinceridad. Tengo la absoluta seguridad que triunfarás en el desfile y quiero ser la primera persona en decírtelo.*

*No hace falta que me digas nada cuando nos veamos en el hotel. Simplemente gracias y que sepas que siempre podrás contar conmigo.*

*Un beso,*

*Sofía*

Se sentía desconcertado: lo leyó despacio varias veces. Valoraba, efectivamente, su sinceridad pero no se le ocurría qué hacer.

En un arranque de impaciencia, llamó a Mariana:

-¿Podés venir al taller? – le pidió, con ansiedad-. Quiero contarte algo.

-¿Ahora? –le preguntó ella.

-Sí, ahora, es importante –le contestó.

-Bueno, dale... ya voy –le respondió sin pedirle explicaciones.

Imprimió el mail y se fue para el taller.

Apenas la vio entrar por la puerta, le pidió que se sentara,

-¿Qué pasa, Nico?... ¿Estás nervioso por el desfile? -le preguntó ella buscando una explicación por su actitud.

-No... escuchá. Tengo un mail que Sofía me acaba de mandar -le contestó.

-Dale, lee que te escucho -le dijo ella, tranquilamente.

Empezó a leerlo despacio para que comprendiera cada palabra. Salteó la frase que la nombraba y cuando llegó al episodio con Claude, Mariana lo interrumpió:

-¿Qué pasó?

-Nada... después te cuento. Escuchá.

Ella dejó que leyera hasta el final. Comprendió que era importante y aunque estuviera ansiosa por conocer los detalles, no quiso estropear la situación con comentarios prematuros. Cuando terminó, él le preguntó:

-¿Qué te parece?

-¡Qué buena chica, verdad! -le respondió.

-¿Qué hago? -le preguntó, esperando una solución.

-Nico...Nico... no tenés que hacer nada -le contestó con una sonrisa para tranquilizarlo-. Ella simplemente te agradece. Sin darte cuenta, la ayudaste. Tendrás que irte acostumbrando.

Le tomó las manos para calmarlo:

-Es lógico que pase esto... Vas a estar rodeado de personas y muchas te van a conocer de verdad... -le aseguró-. Así es como crecemos, además, cuando ayudamos a otros, somos felices.

-¿Sólo eso? -le preguntó-. Esperaba algo más salado.

-¿Te parece poco? -le respondió con seriedad-. Ya no sos un niño.

-Gracias -le contestó sinceramente-. No voy a decirte a quien me hacés recordar.

-No hace falta –le dijo ella orgullosa.

Mariana no intentó preguntarle qué había pasado con el creativo. Ya tendría tiempo para conversar. Ahora lo importante era el desfile, su triunfo como modelo y que nadie lo lastimara; ella estaría cerca.

Sentada en el sillón, volvió a sentir el perfume de la abuela. Se acomodó el pelo y se levantó. Mientras caminaba segura y sonriente, recordó las promesas hechas en ese taller.

Nicolás llegó al hotel con varias horas de anticipación como lo había ordenado Claude. A medida que pasaba el tiempo comenzó a ponerse nervioso. La actividad era increíble. Se quedó parado, viendo el ir y venir de personas que no conocía: maquilladoras, vestuaristas y peinadoras. El personal del hotel, el equipo técnico y los escenógrafos corrían de un lado para otro entre cables, escaleras y perchas con ropa. Los freelance escuchaban atentamente las indicaciones de Claude que apenas se le podía oír por su afonía.

Cuando el creativo vio llegar a Nicolás, levantó los ojos con desconcierto, pero esbozó una tímida sonrisa. Con un gesto respetuoso, le indicó que esperara y continuó atormentando a los que tenía adelante.

Sofía lo vio desde lejos y lo llamó. Le pidió que se reuniera con el grupo de chicos y chicas.

Como aún faltaba bastante tiempo para el comienzo del desfile, el salón del hotel estaba vacío. Mientras esperaba las indicaciones de la coach, pasó al escenario y caminó por la pasarela. Los escenógrafos estaban retocando el decorado, acomodando las abundantes ramas y flores. Nicolás se acordó de una película de perdidos en la jungla y se imaginó a un jabalí apareciendo entre la maleza. Conversó con el encargado de las luces sobre el resultado del último partido y después de recorrer con la mirada la cantidad enorme de asientos vacíos, volvió a entrar para reunirse con la coach.

Encontró a Julia en un rincón, sola y callada. Intentó darle conversación pero se dio cuenta que era inútil lograr que cambiara.

Los otros chicos se acercaron con curiosidad. Después de verlo en la televisión, querían conocerlo personalmente. Algunos eran naturales y sencillos pero otros demostraban tanta superioridad que a Nicolás le causaban rechazo.

Sobre una mesa estaban las notas y fotografías preparadas para la prensa. Varias freelance tomaron algunas y le pidieron un autógrafo.

Mirando con picardía a Sofía les contestó:

-Sorry...lo tengo prohibido.

Pusieron cara de malhumor. Una le respondió mal, lo trató de soberbio y le dijo que se hacía el interesante y otra puso cara de desilusión. Sofía les pidió que no tocaran nada y que se fueran a sentar.

Nicolás comenzó a conversar con el grupo de chicos. Fue saludando uno a uno con gesto amistoso; todos eran jóvenes y de aspecto agradable. Reconoció al que había participado en el casting; le sonrió con afecto pero él estaba ocupado arreglándose el pelo frente a un espejo.

Sigue siendo el mismo aparato de siempre –pensó-, y se fue con los otros.

En ese momento, pasó Claude, a toda velocidad, haciendo gestos con las manos para que fueran a prepararse. Faltaba poco para el comienzo y debía hacer la recorrida final.

Sofía, junto a un asistente, llevó a los chicos a otra sala. Allí, estaban los vestuaristas con todo organizado. Conocían de memoria la tarea; habían repetido hasta el cansancio las indicaciones del creativo y tenían preparadas las prendas que debía lucir cada modelo. El timing era perfecto. A pesar de la opinión contraria de Claude, Sofía había previsto un amplio vestidor para todos y les indicó que entraran a cambiarse.

Aquello parecía el gimnasio. Para calmar los nervios, Nicolás hacía bromas a los vestuaristas y se reía con los otros modelos. El chico del casting estaba en un rincón, aislado y serio.

Cuando salieron vestidos, un equipo de maquilladoras y peluqueros les hicieron los últimos retoques.

Claude iba desde el sector donde estaban las chicas hacia la zona de los chicos. Sus movimientos eran frenéticos y no dejaba pasar ningún detalle. Desde lejos, los miró atentamente. Estaban muy atractivos con sus trajes formales modernos y juveniles. Habló algo con el presentador, miró su reloj con nerviosismo y se fue nuevamente hacia donde estaban las chicas. Siempre en ese sector, se demoraban más.

-¿Estás nervioso? –le preguntó Sofía, hablándole al oído.

-Creo que estoy un poco asustado –le confesó Nicolás.

-No te preocupés, todo saldrá muy bien –le animó con cariño, y se fue al

sector de las chicas.

Cuando la vio llegar, Claude le pidió que lo ayudara porque no podía gritar; que las apurara y que las ordenara para dar comienzo al desfile.

En ese momento Sofía escuchó como Julia le gritaba a una peluquera. La insultaba de una manera totalmente desubicada. Cuando estaba a punto de decirle que se callara, vio acercarse a Claude con cara de rabia:

-¿Quién te crees que sos? -le gritó con su voz afónica.

-Es que casi me quema -se defendió, indignada.

¡Qué me importa!... Está trabajando y puede ser tu madre -le contestó-.  
¡Pedile perdón!

-Justo vos me venís a decir eso -le dijo Julia en tono desafiante.

Claude no quiso seguir discutiendo. Le sonrió a la peluquera como para pedirle disculpas y mirando a Julia con desprecio le dijo:

-Nena... vos sos pura cáscara.

Durante la espera, Nicolás ayudaba a los demás. Le acomodó la corbata a un chico distraído y a una chica nerviosa le ayudó a abrocharse la pulsera. A otra que estaba emocionada, le alcanzó un pañuelo de papel para secarse los ojos.

En el gran salón del hotel no cabía una persona más. Los invitados especiales conversaban entre ellos. La jefa Carlota iba saludándolos uno a uno procurando que estuvieran cómodos y bien atendidos; sus críticas eran implacables y sus comentarios favorables eran codiciados. La conductora del programa de televisión se sentó al lado de la jefa; la saludó con una amplia sonrisa y le pidió una nota en exclusiva al finalizar el desfile.

Entre los amigos de Nicolás y sus padres, había un asiento vacío.

Se apagaron las luces del salón y se iluminó la pasarela. El presentador dio la bienvenida y, luego de explicar las características de las prendas, dio comienzo al desfile.

Se escuchó una música fuerte, muy adecuada para ese momento.

Los modelos iban pasando de a uno, haciendo resaltar los detalles de los diseños formales. Los aplausos se escuchaban en toda la sala.

Cuando apareció Nicolás, las luces lo enfocaron directamente. Desfilaba muy tranquilo acordándose de las lecciones de Sofía. Al pasar frente a sus padres, les dirigió una sonrisa especial y cuando estuvo enfrente de sus amigos, les hizo una guiñada como diciendo "gracias a ustedes estoy aquí". El público lo aplaudió con entusiasmo. Realmente era un excelente modelo que hacía lucir las prendas que llevaba.

Nicolás no escuchaba los aplausos, estaba pendiente de la música que le marcaba el ritmo y el tiempo en la pasarela.

Durante el desfile, en el backstage, la actividad era delirante. Julia se quejaba histéricamente a Claude sobre detalles de las prendas pero él, se daba media vuelta y la dejaba gritando sola. En los distintos sectores se iba amontonando la ropa, aunque los vestuaristas, con las listas en la mano, trataban continuamente de ordenarla.

Cada vez que desfilaba Nicolás, los aplausos eran muy fuertes. Inés con delicadeza y cariño le describía a Mariana lo que iba sucediendo.

Cuando llegó el turno de las prendas de playa, los chicos se desvistieron y amontonaron toda la ropa en el vestidor. Hacía tanto calor que Nicolás pidió una toalla para secarse. Estaba como si recién hubiera salido de la ducha.

Un vestuarista le pidió que se quitara la cadena del cuello, tenía escritas las indicaciones precisas sobre lo que debía usar, pero él se negó. Cuando Sofía los vio, estaban discutiendo a gritos: Nicolás se había vuelto terco.

-¿Y eso qué es? -le preguntó, tratando de entender el conflicto.

-Es un anillo que no pienso sacarme -le contestó, con dureza.

La coach vio la determinación en sus ojos. Trataba de comprenderlo, aunque no encontraba razones de su actitud. Se daba cuenta de que no era un simple capricho pero no era momento de pedirles explicaciones frente a los demás.

Se acercó para mirarlo con atención y zanjó el asunto, diciendo:

-No hace falta que se lo quite, pienso que le queda bien, hace juego con sus ojos.

-Gracias, Sofi, –le contestó, más tranquilo-. Algún día te explicaré mis motivos. Y se fue a tomar algo para calmar su tremenda sed.

Cada vez que aparecía en la pasarela, el público aplaudía entusiasmado. Demostraba seguridad y actuaba con soltura. Durante uno de los recorridos, tomó tranquilamente, tres flores que adornaban la pasarela. Al pasar frente a su madre, le arrojó una, otra cayó sobre Mariana y la tercera la dejó caer sobre la silla vacía y continuó caminando con gracia y distinción.

Para finalizar, desfilaron todos los modelos juntos. Los aplausos retumbaron en el gran salón, pero las luces más intensas enfocaron a Nicolás que sonreía y saludaba con sencillez.

Cuando llegó al backstage, Sofía lo abrazó. Todo había resultado perfecto y era evidente que había triunfado como modelo. La alegría era generalizada, se felicitaban entre todos, las peinadoras, los vestuaristas, los escenógrafos y los freelance. En un rincón apartado, sin que nadie les prestara atención, Claude y Julia seguían discutiendo.

Apareció la jefa Carlota. Tenía el rostro colorado por la excitación del momento. Había trabajado con intensidad y los resultados habían sido excelentes. Saludó a cada uno de los modelos y les pidió que fueran a cambiarse. Luego llamó a un vestuarista que le entregó unas prendas para Nicolás:

-Tendrás que ponerte esto –le indicó, con amabilidad-. Me dijo la conductora que quiere hacerte otra nota.

-¿Otra vez? –preguntó, impaciente.

Mientras se vestía, llegó Mariana acompañada de sus padres. Estaba tan elegantemente vestida que podía pasar por una modelo más. En su mano tenía las dos flores que había arrojado desde la pasarela. Sus lentes oscuros con aros de color hacían juego con su vestido de fiesta. Como estaba del brazo de la madre, no necesitaba usar su bastón blanco. Lo tenía guardado en su bolso de mano.

Cuando salió del vestidor, su madre lo abrazó con orgullo, mientras su padre le sacudía su abundante pelo dorado.

Él le tomó la mano a Mariana.

-Lo hiciste muy bien –le dijo ella- la gente te aplaudía mucho.

En ese momento, apareció la conductora rodeada de los técnicos con las cámaras. Nicolás no se separó de Mariana. Se agarraba con fuerza de su mano.

La conductora se dirigió a la audiencia para explicar que se encontraba en el hotel donde se había realizado el desfile y que estaba junto a Nicolás.

Mariana, con naturalidad, movía la cabeza siguiendo la conversación.

Con el micrófono en la mano, siguió diciendo que desde la entrevista anterior, había recibido cientos de llamadas felicitando a este chico. Personalmente había recibido una lección y se sentía orgullosa de haberle hecho la nota. Esa noche durante el desfile, había demostrado con hechos que realmente era un excelente profesional.

-Tenemos que aprender de los jóvenes –terminó diciendo a la cámara.

Nicolás volvió a agradecer la ayuda de Sofía y de los compañeros de la agencia.

-Y vos, ¿sos una de sus admiradoras? –le preguntó la conductora a Mariana, acercándole el micrófono.

-Por supuesto –respondió, dirigiéndose directamente a la cámara.

-¿Y qué nos podés contar de Nicolás? –le preguntó, con la intención de crear una noticia.

-Es un excelente modelo y tiene por delante toda una carrera profesional –contestó Mariana-. Pero lo mejor de él, sólo lo vemos algunas personas.

-¿Y tú eres una de ellas? –le replicó.

-Sí, por supuesto, –contestó ella, sintiendo el perfume de las dos flores-. Yo soy muy observadora.

-Gracias –dijo la conductora para terminar la nota.

-Gracias a vos –respondió Nicolás, al mismo tiempo que apretaba con fuerza la mano de Mariana.

Ese verano...

A las seis de la tarde, el sol brillaba con fuerza y la temperatura seguía siendo muy agradable. En la playa, la gente se apiñaba para aprovechar al máximo el verano, tostándose al sol. Los niños jugaban con sus baldecitos haciendo construcciones con la arena; las parejas caminaban por la orilla y los deportistas, en una zona más apartada, se divertían jugando al vóley

y al fútbol-playa.

Nicolás disfrutaba muchísimo en la playa, aunque no soportaba estar sentado tomando sol. Le gustaba el mar y pasaba bastante tiempo en el agua. Mientras nadaba se sentía libre y despreocupado; recordaba los exámenes finales y la fiesta que siguió a la culminación del curso.

A la distancia, observaba a Mariana tomando sol en una reposera, conversando con Inés. Como Sebastián estaba jugando al fútbol-playa, ellas aprovechaban para contarse sus confidencias y charlar como íntimas amigas.

El agua fría le resultaba estimulante y al avanzar en cada brazada, se preparaba para enfrentar los nuevos desafíos. Ese verano iba a ser diferente a todos los anteriores. La campaña estaba siendo un éxito y en la agencia le habían programado todo tipo de eventos publicitarios. La jefa le había hablado de nuevos proyectos y Sofía le había pasado una agenda muy apretada. Aunque decidió seguir nadando tranquilamente y disfrutar el momento, sabía que esa misma noche tendría una presentación frente a unos empresarios extranjeros que veraneaban allí.

Al salir del mar, se acomodó el traje de baño de modelo exclusivo y sacudió la cabeza para escurrirse el agua salada. De espaldas a la arena, se quedó mirando el cielo luminoso. Mientras sus pies se hundían en la arena blanda de la orilla, se puso a estirar los brazos como acostumbraba hacer en el gimnasio

Cuando se dio vuelta se fijó que varias personas lo miraban; una mujer mayor le hizo un gesto amistoso y un grupo de chicas le sonrieron con timidez. Largó una carcajada cuando vio a Nacho con un traje de baño del mismo modelo, tratando de impresionar a dos chicas. Era evidente que estaban hablando sobre él. Los saludó con la mano pero no quiso acercarse a ellos.

En ese momento escuchó las risas de Inés y Sebastián. Mientras ella le hacía bromas a su amigo por estar cubierto de arena, Sebastián gritaba y corría divertido para zambullirse primero.

Nicolás comenzó a caminar despacio por la arena.

Cuando llegó a donde estaba Mariana, abrió la conservadora y buscó entre el hielo una lata de refresco y se la bebió de un solo trago.

-Los sándwiches están en la bolsa -le indicó Mariana.

Nicolás no necesitó hacer ningún comentario. Se frotó las manos para quitarse los restos de arena y después de elegir el más grande, se sentó a

su lado.

Mientras saboreó el primer mordisco, no pudo controlarse. Casi sin pensar, como si fuera una reacción inmediata, exclamó:

-¡Sos una fenómeno!

Mariana sonrió con la frase de su amigo. Extendió su mano para tocarle la cabeza mojada y despeinada y comenzó a imaginarse el movimiento de las olas y los rostros alegres de los niños jugando con la arena.

Nicolás siguió comiendo tranquilo... ella estaba a su lado.